

Paul Auster & J. M. Coetzee

Paul Auster & J. M. Coetzee

Aquí y ahora

Cartas 2008-2011

ePub r1.0

Título original: *Here and Now*

Paul Auster & J. M. Coetzee, 2012

Traducción: Benito Gómez & Javier Calvo

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.2

Querido Paul:

He estado pensando en las amistades, en cómo surgen, en por qué duran —algunas— tanto tiempo, más tiempo que los compromisos pasionales de los que a veces se considera (erróneamente) que son tibias imitaciones. Estaba a punto de escribirte una carta sobre todo esto, empezando por la observación de que, teniendo en cuenta lo importantes que son las amistades en la vida social, y lo mucho que significan para nosotros, particularmente durante la infancia, resulta sorprendente lo poco que se ha escrito sobre el tema.

Pero luego me he preguntado a mí mismo si esto es realmente cierto. De manera que antes de sentarme a escribir he ido a la biblioteca a hacer una comprobación rápida. Y, oh maravilla, no me podría haber equivocado más. En el catálogo de la biblioteca había montones de libros sobre el tema, veintenas, muchos de ellos bastante recientes. Cuando fui un poco más allá y les eché un vistazo a aquellos libros, sin embargo, recuperé algo de autoestima. A fin de cuentas yo había tenido razón, o por lo menos la había tenido a medias: la mayor parte de lo que aquellos libros decían de la amistad no tenía demasiado interés. Parece ser que la amistad sigue siendo en cierto modo un enigma: sabemos que es importante, pero no tenemos nada claro por qué la gente traba amistad y la conserva.

(¿Qué quiero decir cuando digo que lo escrito presenta poco interés? Compara la amistad con el amor. Sobre el amor se pueden decir cientos de cosas interesantes. Por ejemplo: los hombres se enamoran de mujeres que les recuerdan a su madre, o mejor dicho, que al mismo tiempo les recuerdan y no les recuerdan a su madre, que al mismo tiempo son y no son su madre. ¿Es cierto? Puede que sí y puede que no. ¿Interesante? Ciertamente. Ahora miremos la amistad. ¿A quiénes eligen los hombres como amigos? A otros hombres más o menos de la misma edad, con intereses parecidos, por ejemplo los libros. ¿Es cierto? Tal vez. ¿Interesante? Para nada.)

Déjame que te haga una lista de las pocas observaciones sobre la amistad que recogí durante mis visitas a la biblioteca y que me parecieron realmente interesantes.

Una. Dice Aristóteles que no se puede ser amigo de un objeto inanimado (*Ética*, capítulo 8). ¡Pues claro que no! ¿Quién ha dicho alguna vez que sí? Pese a todo, es interesante: de repente uno ve de dónde sacó su inspiración la filosofía lingüística moderna. Hace dos mil cuatrocientos años Aristóteles ya estaba demostrando que algo que parecían postulados filosóficos no podían ser más que reglas de la gramática. En la frase «Soy amigo de X» nos dice, «X tiene que ser el nombre de algo animado».

Dos. Se puede tener amigos y no querer verlos, dice Charles Lamb. Ciertamente, y también interesante: es otro sentido en el que los sentimientos de amistad se distinguen de los apegos eróticos.

Tres. Los amigos, o por lo menos las amistades masculinas en Occidente, no hablan de lo que sienten entre ellos. Compárese este fenómeno con la verborrea de los amantes. De momento, no muy interesante. Pero cuando el amigo se muere, sale la pena a raudales: «¡Ay, demasiado tarde!» (dice Montaigne de La Boétie, dice Milton de Edward King). (Pregunta: ¿acaso el amor es locuaz porque el deseo es por naturaleza ambivalente —Shakespeare, *Sonetos*—, mientras que la amistad es taciturna porque es algo sencillo y sin ambivalencias?)

Por fin, un comentario que hace Christopher Tietjens en *El final del desfile* de Ford Madox Ford: uno se acuesta con una mujer para estar en condiciones de hablar con ella. En otras palabras, hacer de una mujer tu amante no es más que un primer paso; el segundo, hacer de ella tu amiga, es el que importa; sin embargo, en la práctica hacerse amigo de una mujer con la que no te has acostado es imposible porque quedan en el aire demasiadas cosas sin decir.

Si realmente cuesta tanto decir algo interesante sobre la amistad, entonces se materializa otra idea: que a diferencia del amor o de la política, que no son nunca lo que parecen, la amistad sí es lo que parece. La amistad es transparente.

Las reflexiones más interesantes sobre la amistad vienen del mundo antiguo. ¿Y por qué? Pues porque en la Antigüedad la gente no consideraba la actitud filosófica como una actitud inherentemente escéptica, y por consiguiente no daban por sentado que la amistad tenía que ser algo distinto a lo que parecía ser; o bien, al revés, llegaron a la conclusión de que si la amistad era lo que parecía y nada más, entonces no podía ser tema para la filosofía.

Cordialmente,

John

29 de julio de 2008

Querido John:

Esa es una cuestión a la que he venido dando muchas vueltas a lo largo de los años. No diré que haya llegado a una postura coherente sobre la amistad, pero para contestar a tu carta (que ha desatado en mí un torbellino de ideas y recuerdos), quizá sea este el momento de intentarlo.

Para empezar, me limitaré a la amistad masculina, a la amistad entre hombres, entre niños.

1) Sí, hay amistades transparentes, sin ambivalencia (para emplear tus términos), pero no muchas, según mi experiencia. Eso quizá tenga algo que ver con otra de las palabras que utilizas: taciturno. Estás en lo cierto al decir que los amigos (al menos en Occidente) «no suelen hablar de sus sentimientos mutuos». Yo daría un paso más allá, añadiendo lo siguiente: los hombres no suelen hablar de sus sentimientos, y punto. Y si no sabes cómo se siente tu amigo, ni qué es lo que siente ni por qué, ¿puedes decir en serio que es tu amigo? Y sin embargo la amistad perdura, a menudo durante muchas décadas, en esa ambigua zona del no saber.

Al menos tres de mis novelas tratan directamente de la amistad entre hombres, son en cierto sentido historias sobre la amistad masculina —*La habitación cerrada*, *Leviatán* y *La noche del oráculo*—, y en cada caso, esa tierra de nadie del no saber que separa a los amigos se convierte en el escenario donde se representan los dramas.

Un ejemplo de la vida real. Durante los últimos veinticinco años, uno de mis amigos íntimos —quizá el más cercano que he tenido en mi vida adulta— es una de las personas menos charlatanas que he conocido nunca. Es mayor que yo (me lleva once años), pero tenemos mucho en común: ambos somos escritores, estamos estúpidamente obsesionados con los deportes, los dos casados desde hace mucho con mujeres excepcionales, y, lo que es más importante y difícil de definir, albergamos cierta sensación inexpresada pero compartida de cómo hay que vivir: una ética de la madurez. Y sin embargo, por mucho cariño que le tenga a esa persona, por dispuesto que esté a partirme el pecho por él en momentos difíciles, nuestras conversaciones son casi sin excepción insulsas y anodinas, enteramente triviales. Nos comunicamos emitiendo breves gruñidos, volviendo a una especie de lenguaje taquigráfico que a un extraño resultaría incomprensible. En cuanto a nuestro trabajo (la fuerza motriz de nuestras respectivas vidas), rara vez lo mencionamos.

Para demostrar lo reservado que es este hombre, ahí va una pequeña anécdota. Hace unos años, estaban a punto de aparecer las galeradas de una nueva novela suya. Le dije que tenía muchas ganas de leerlas (unas veces nos enviamos los manuscritos acabados, y otras esperamos a las pruebas de imprenta), y me contestó que muy pronto recibiría un ejemplar. Las galeradas llegaron por correo a la semana siguiente, abrí el paquete, hojeé el libro, y descubrí que me lo había dedicado a mí. Me emocioné, desde luego, y profundamente, además; pero el caso es que mi amigo nunca me había dicho una palabra de ello. Ni la más mínima insinuación, ni el más leve guiño premonitorio, nada.

¿Qué es lo que intento decir? Que conozco a ese hombre y no lo conozco. Que es mi amigo, mi amigo más querido, a pesar de ese no saber. Si mañana va y atraca un banco, me quedaría horrorizado. Por

otro lado, si me enterase de que engaña a su mujer, de que tiene una joven amante guardadita por ahí en un apartamento, me llevaría una decepción, pero no me horrorizaría. Todo es posible, y los hombres ocultan secretos, incluso a sus íntimos amigos. En el caso de la infidelidad conyugal de mi amigo, me sentiría decepcionado (porque habría defraudado a su mujer, alguien a quien tengo mucho cariño), pero también dolido (porque no habría confiado en mí, lo que significaría que su amistad no es tan íntima como yo pensaba).

(Una súbita y luminosa idea. Las mejores amistades, las más duraderas, se basan en la admiración. Ese es el sentimiento fundamental que relaciona a dos personas durante un prolongado período de tiempo. Se admira a alguien por lo que hace, por lo que es, por cómo se las arregla para andar por el mundo. Esa admiración lo ennoblece, lo realza ante tus ojos, lo eleva a una posición que, a tu juicio, es superior a la tuya. Y si esa persona también te admira a ti —y por tanto te ennoblece, te realza, te eleva a una posición que considera superior a la suya—, entonces os encontráis en condiciones de absoluta igualdad. Ambos dais más de lo que recibís, los dos recibís más de lo que dais, y en la reciprocidad de ese intercambio, florece la amistad. De los cuadernos de Joubert (1809): «No solo debe cultivarse el trato con los amigos, también hay que cultivar su amistad dentro de uno mismo: conservarla con esmero, cuidarla, regarla». Y de nuevo Joubert: «Siempre perdemos la amistad de aquellos que pierden nuestra estima».)

2) Niños. La infancia es el período más intenso de nuestra vida porque lo que solemos hacer entonces, lo hacemos por primera vez. Poco tengo que aportar a esto salvo un recuerdo, pero ese recuerdo parece poner de relieve el infinito valor que atribuimos a la amistad cuando somos jóvenes, e incluso muy jóvenes. Yo tenía cinco años. Billy, mi primer amigo, apareció en mi vida de una forma que ya no alcanzo a recordar. En mi memoria es un extraño y alborozado personaje de opiniones firmes y un talento bastante desarrollado para las travesuras (cosa que a mí me faltaba en grado sumo). Tenía un grave defecto del habla, y pronunciaba las palabras de manera tan confusa, se le atascaban tanto en la saliva que se le acumulaba en la boca, que nadie llegaba a entender lo que decía; salvo el pequeño Paul, que le servía de intérprete. Gran parte del tiempo que pasábamos juntos lo dedicábamos a deambular por nuestro barrio residencial de Nueva Jersey en busca de animalitos muertos —pájaros, sobre todo, pero también alguna rana o ardilla listada— para enterrarlos en el parterre que bordeaba mi casa. Ritos solemnes, cruces de madera hechas a mano, prohibido reírse. Billy aborrecía a las chicas, se negaba a rellenar las páginas de los cuadernos para colorear que mostraran representaciones de figuras femeninas, y como su color favorito era el verde, estaba convencido de que la sangre que corría por las venas de su oso de peluche era verde. *Ecce Billy*. Entonces, cuando teníamos seis años y medio o siete, se mudó con su familia a otra ciudad. Congoja, seguida de semanas, si no meses, de añoranza de mi amigo ausente. Por fin, mi madre cedió y me dio permiso para hacer la costosa llamada de teléfono a la nueva casa de Billy. El contenido de nuestra conversación se me ha borrado de la memoria, pero recuerdo mis sentimientos tan vívidamente como me acuerdo de lo que he tomado para desayunar esta mañana. Eran los mismos que más adelante tendría de adolescente al hablar por teléfono con la chica de quien me había enamorado.

En tu carta haces una distinción entre amistad y amor. Cuando somos pequeños, antes de que se inicie nuestra vida erótica, no hay diferencia. La amistad y el amor son una misma cosa.

3) La amistad y el amor no son la misma cosa. Hombres y mujeres. Diferencia entre matrimonio y amistad. Una última cita de Joubert (1801): «Solo debes elegir por esposa a la mujer que escogerías

como amigo, si fuera hombre».

Una formulación bastante absurda, supongo (¿cómo puede una mujer ser hombre?), pero se entiende lo que quiere decir, y en el fondo no se diferencia mucho de tu observación sobre *El final del desfile*, de Ford Madox Ford, y la caprichosa y divertida afirmación de que «uno se acuesta con una mujer para estar en condiciones de hablar con ella».

El matrimonio es sobre todo una conversación, y si marido y mujer no encuentran un modo de ser amigos, su unión tiene pocas posibilidades de subsistir. La amistad es un componente del matrimonio, pero el matrimonio es una discusión que no deja de evolucionar, una eterna obra inacabada, una continua exigencia de llegar al fondo de sí mismo y reinventarse en relación con el otro, mientras que la amistad pura y simple (es decir, la amistad fuera del matrimonio) tiende a ser más estática, más cortés, más superficial. Ansiamos la amistad porque somos seres sociables, nacidos de otros seres y destinados a vivir entre otros seres hasta el día de nuestra muerte, pero cuando se piensa en las peleas que a veces estallan incluso en el mejor de los matrimonios, los apasionados desacuerdos, los exaltados insultos, los portazos y platos rotos, se comprende enseguida que tal comportamiento sería intolerable dentro de los decorosos ámbitos de la amistad. La amistad significa buenas maneras, amabilidad, constancia en el afecto. Los amigos que se gritan rara vez continúan siéndolo. Los maridos y mujeres que se gritan suelen seguir casados; a veces felizmente casados.

¿Pueden ser amigos hombres y mujeres? Creo que sí. Con tal de que no exista atracción física en ninguna de las partes. Una vez que la sexualidad entra en escena, se acabó lo que se daba.

4) Continuará. Pero también es preciso tratar otros aspectos de la amistad: a) Amistades que decaen y mueren, b) Amistad entre personas que no comparten necesariamente intereses comunes (amigos del trabajo, del colegio, de la guerra), c) Círculos concéntricos de la amistad: el núcleo de íntimos, los menos íntimos pero bastante afines, los que viven lejos, los conocidos simpáticos, y así sucesivamente, d) Todos los demás puntos de tu carta que no se han tocado.

Con calurosos recuerdos desde la tórrida Nueva York,

Paul

12 de septiembre de 2008

Querido Paul:

Contesto a tu carta del 29 de julio; siento haber tardado tanto.

Dorothy ha estado de viaje por Europa (Suecia, Reino Unido), asistiendo a una serie de conferencias académicas. La última parte del viaje ha sido un poco pesadillesca: primero contrajo bronquitis y tuvo que cancelar sus planes de viaje por el Reino Unido; ayer, además, sufrió una caída que le está dificultando los desplazamientos. Tiene que volver a Australia la semana que viene.

La buena noticia es que me va a acompañar a Estoril. Los dos tenemos muchas ganas de ir, y también de volver a veros a ti y a Siri.

Cordialmente,

John

Querido Paul:

«Las mejores amistades, las más duraderas, se basan en la admiración», me escribes.

Yo me andaría con cuidado a la hora de aceptar esto como una ley general —me parece menos cierto para las mujeres que para los hombres—, aunque sí que estoy de acuerdo con el sentimiento que hay detrás. Platón habla de nuestro deseo de ser honrados por nuestros coetáneos como acicate para lograr la excelencia. En una era que sigue dominada por Darwin, Nietzsche y Freud, hay cierta tendencia a reducir ese deseo de ser honrado a algo menos idealista: la voluntad de poder, por ejemplo, o la pulsión de propagar los propios genes. Sin embargo, a mí me parece que identificar el deseo de ser estimado como una de las fuerzas primarias del alma produce ideas valiosas. Por ejemplo, puede explicar por qué los deportes atléticos —unas actividades que carecen de paralelo en el resto de la creación— son tan importantes para los seres humanos, y en particular para los hombres. Los hombres no corren más deprisa ni patean la pelota más lejos con la esperanza de que haya chicas guapas con genes de calidad que se quieran aparear con ellos, sino con la esperanza de que sus coetáneos, esos hombres con quienes se sienten vinculados por lazos de admiración mutua, los admiren. Lo mismo se puede decir, *mutatis mutandi*, de otros campos de la actividad humana.

También estoy de acuerdo con que no es fácil seguir considerando amigo/a a alguien después de que haya perdido el honor para nosotros. Tal vez esto ayude a explicar por qué sobreviven los códigos del honor en el seno de una serie de bandas criminales que por lo demás son amorales: la banda solo se puede mantener unida si los miembros se adhieren al código y no incurrir en el deshonor ante los demás.

Escribes sobre las amistades de infancia. Me he dado cuenta hace poco de lo fácil que nos resulta como padres, y sobre todo como padres de niños pequeños, decirles a nuestros hijos lo que pensamos de sus amistades: si aprobamos una amistad nueva o si vemos esa amistad como una «mala compañía». Si yo pudiera empezar de nuevo mi vida de padre, sería más circunspecto en este sentido. Resulta injusto para una criatura el obligarla a intentar adivinar qué tiene la nueva amistad que la hace poco atractiva para el padre o la madre. La mayor parte del tiempo, lo que hace que esa amistad resulte desagradable está completamente fuera del radar de la criatura: el esnobismo social, por ejemplo, o alguna historia que circula sobre los padres de la amistad. A veces es la misma cualidad que hace atractivo al nuevo amigo —el conocimiento mayor de las cuestiones sexuales, por ejemplo— lo que repele a los padres.

En cuanto a la amistad entre hombres y mujeres, sí que me resulta curioso que el orden habitual de los acontecimientos hoy día sea que primero el hombre y la mujer se hacen amantes y después amigos, en lugar de primero amigos y después amantes. Si esta organización es cierta, ¿acaso hemos de considerar que la amistad entre hombre y mujer es en cierto sentido más elevada que el amor erótico, una fase a la que ambos pueden acceder tras graduarse de la mera experiencia sexual del otro? Está claro que hay gente que piensa así: el curso del amor erótico es impredecible, dicen, no dura, se puede convertir de forma inesperada en su opuesto; la amistad, en cambio, es constante y duradera, puede estimular a los amigos para que se conviertan en mejores personas (tal como has dicho tú).

Creo que tenemos que resistirnos a aceptar esta afirmación con demasiada facilidad, así como las consecuencias que emanan de ella. Por ejemplo, existe la convención de que es insensato que un hombre y una mujer que llevan mucho tiempo siendo amigos («simples» amigos) den el paso de practicar el amor físico. Acostarse con un amigo es una experiencia insulsa, dice esa convención; los buenos amigos no tienen ese elemento de misterio que Eros exige. Pero ¿acaso es esto cierto? Lo más seguro es que el atractivo que presenta el incesto entre hermano y hermana consista precisamente en salir de lo demasiado conocido para adentrarse en el misterio de lo desconocido.

El incesto solía ser uno de los grandes temas de la literatura (Musil, Nabokov), pero parece que ya no lo es. Tal vez porque la idea del sexo como experiencia casi religiosa —y por consiguiente del incesto como desafío a los dioses— se ha esfumado.

Cordialmente,

John

Brooklyn,

22 de septiembre de 2008

Querido John:

Por favor, di a Dorothy que vaya con más cuidado. La bronquitis ya es mala de por sí, pero una caída es algo horrible. Espero (confío en) que no se haya roto ningún hueso. Siri y yo nos alegramos mucho de que pueda ir a Portugal en noviembre.

He estado de viaje; y estoy a punto de marcharme otra vez, dentro de un par de días. Ahora mismo no tengo tiempo para contestarte como es debido, pero prometo hacerlo en cuanto vuelva, a mediados de octubre.

Es curioso que hayas mencionado en tu carta el incesto entre hermanos. Tal cosa sucede en mi nuevo libro (y se trata con cierta extensión); y desde luego, la relación sexual es casi una experiencia religiosa para ambos personajes (para emplear tus términos). ¿Significa eso que estoy totalmente anticuado? Probablemente.

En cuanto a la admiración, me refería a la amistad entre hombres. Pero habrá más a mi vuelta...

Con un apretón de manos,

Paul

Querido John:

Me gustaría haber escrito antes, pero volví a Nueva York padeciendo un desagradable virus intestinal que me ha tenido en cama hasta esta mañana. Afortunadamente, he logrado salir de una pieza de diecisiete días de ajetreados viajes y caer enfermo solo en la noche final, cumplida ya la última de mis obligaciones. Un resultado previsible, sin duda. Vives a base de adrenalina pura y entonces, una vez que dejas de segregarla, comprendes que te has exigido demasiado. Estoy deseando tomarme un respiro en Portugal, un período de calma y serenidad, lo más parecido a unas vacaciones.

En tu última carta mencionabas los «deportes atléticos —unas actividades que carecen de paralelo en el resto de la creación—...», lo que me recordó las breves charlas sobre deportes que mantuvimos mientras íbamos en coche por Francia el verano pasado. ¿Te interesaría ahondar en este tema? He leído tus «[Cuatro] Notas sobre rugby» de hace treinta años. Exponen argumentos sólidos, que hacen reflexionar, pero si estás dispuesto a volver a visitar ese territorio, me gustaría mucho acompañarte. (Mi pequeña contribución al tema es *The Best Substitute for War*, en *Collected Prose*, un encargo de hace diez años del suplemento dominical del *New York Times* para un número sobre el milenio. Mi cometido: Escriba —muy brevemente— sobre el mejor deporte de los últimos mil años. Escogí el fútbol.)

Posibles puntos de discusión. 1) Deportes y agresión. 2) Participar personalmente en algún deporte en lugar de ver cómo lo practican otros. 3) Fenomenología —y misterios— de la afición. 4) Deportes individuales (tenis, golf, natación, tiro con arco, boxeo, atletismo) en contraposición a los deportes de equipo. 5) El lento e ineluctable declive del boxeo. Fenómeno paralelo: la universal indiferencia hacia las marcas de atletismo. Hace cuarenta, cincuenta años, el mundo entero esperaba con entusiasmo el primer salto de altura de dos metros y trece centímetros, el primer salto con pértiga de cuatro metros con ochenta y siete, la última milla por debajo de los cuatro minutos. ¿Por qué esa falta de interés ahora? 6) El deporte como drama, narración, suspense. 7) Deportes regidos por cronómetro (fútbol americano, rugby, baloncesto) en contraposición a deportes sin límite de tiempo (béisbol, críquet). 8) Deportes y mercantilismo. 9) Deportes y nacionalismo. 10) *Homo ludens*.

Con todo afecto,

Paul

Querida Siri^[1]:

¿Cómo estás? Yo todavía me estoy recuperando de la gripe que afectó al jurado en Portugal. Han sido unas semanas espantosas. Confío en que tú te libraras.

No hace falta que te diga lo divertido que fue pasar tanto tiempo con Paul y contigo.

Adjunto una carta que contiene la idea deslumbrante que os prometí a Paul y a ti en Cascais. ¿Puedo pedirte que la imprimas y se la pases a Paul? Estoy completamente a favor de las cartas a la antigua usanza con sellos y todo, pero en este caso me da la sensación de que llevo tanto tiempo fuera de combate que necesito aprovechar la energía de internet.

Con cariño,

John

* * *

CARTA A P. A.

Querido Paul:

A finales de 2008 ha pasado algo en el reino de las altas finanzas, como resultado de lo cual se nos dice que la mayoría de nosotros somos más pobres (es decir pobres en términos de dinero) que hace unos meses. Todavía no se ha explicado del todo lo sucedido, y tal vez ni siquiera se sepa con exactitud: está siendo objeto de discusión acalorada entre los expertos. Pero nadie pone en duda que algo ha pasado.

La cuestión es: ¿qué es lo que ha pasado? ¿Acaso ha sido algo real, o bien ha sido una de esas cosas imaginarias que tienen consecuencias reales, como aquella aparición de la Virgen que convirtió a Lourdes en un centro turístico floreciente?

Déjame hacerte una lista de acontecimientos reales que resultarían en que —como país y como sociedad, no solo como individuos aislados aquí y allá— pudiéramos despertarnos un día siendo repentinamente más pobres.

Una plaga de langostas podría devorar nuestras cosechas.

Podría haber una sequía que durara años y años.

Una peste podría masacrar nuestro ganado y nuestras aves de corral.

Un terremoto podría destruir carreteras y puentes, fábricas y casas...

Nuestro país podría ser invadido por un ejército extranjero, que saqueara nuestras ciudades, capturara nuestros tesoros escondidos, se llevara nuestros suministros de comida y nos convirtiera en

esclavos.

Podríamos vernos arrastrados a una guerra interminable en el extranjero, a la que tuviéramos que mandar a cientos de miles de jóvenes fuertes y sanos mientras invertíamos los recursos que nos quedaban en comprar armamento.

Una armada extranjera podría adueñarse de los mares, evitando que nuestras colonias nos mandaran cargamentos de comida y remesas de metales preciosos.

Por la gracia de Dios, en 2008 no sufrimos ninguna de esas calamidades. Nuestras ciudades siguen intactas, nuestras granjas siguen siendo productivas y nuestras tiendas están llenas de vituallas.

Entonces, ¿qué pasó que nos hizo más pobres?

La respuesta que nos han dado es que ciertos números han cambiado. Ciertos números que solían ser elevados de repente han descendido, y por esa razón somos más pobres.

Pero los números 0, 1, 2, ... 9 no son más que signos, igual que lo son las letras a, b, c, ... z. De manera que no ha podido ser el simple descenso de los números en sí mismo lo que nos ha hecho más pobres. El causante debe de ser algo que es significado por el descenso de los números.

Pero ¿qué ha sido exactamente? ¿Qué cosa expresada por los números más bajos nos ha hecho más pobres? La respuesta es: otra serie de números. Los números culpables representaban a otros números, y a su vez esos otros números representaban a otros números, y así sucesivamente.

¿Dónde termina esta regresión de series de significantes? ¿Dónde está la cosa en sí que significa, la plaga de langostas o la invasión extranjera? Yo no la veo por ninguna parte. El mundo está igual que antes. Solo han cambiado los números.

Si realmente no ha pasado nada, si los números no representan realidad alguna sino que únicamente se refieren a otros números, entonces ¿por qué, me pregunto, tenemos que aceptar el veredicto de que ahora somos más pobres y tenemos que empezar a comportarnos como si fuéramos más pobres? ¿Por qué no, pregunto yo, nos limitamos a tirar a la basura esa serie concreta de números, esos números que nos hacen infelices y que al fin y al cabo no reflejan realidad alguna, y nos inventamos unos números distintos por nosotros mismos, tal vez unos números que muestren que somos más ricos que antes, aunque lo mejor sería inventarnos unos números que nos muestren exactamente tal como somos, con nuestras despensas bien aprovisionadas y nuestros techos herméticos y nuestras tierras interiores llenas de fábricas y granjas bien productivas?

La respuesta que recibo a esta propuesta (a esta «ingenua propuesta») es una negación lastimera con la cabeza. Los números que nos hacen frente, los números que hemos heredado, se me dice, sí que describen las cosas como son; la lógica interna de la progresión de esos números, de los altos a los bajos, desde principios de 2008 hasta finales de año, describe un empobrecimiento que ha sucedido en realidad.

De manera que tenemos un pulso abierto. Por un lado, la gente como yo que no cree que haya sucedido nada y exige pruebas ostensibles de que sí. Por otro lado, los expertos, cuyo argumento es: «Lo que a ti te pasa es que no entiendes cómo funciona el sistema».

En el libro 7 de *La república*, Platón nos pide que nos imaginemos una sociedad en la que la gente se pasa las horas del día sentada en filas dentro de una cueva a oscuras, mirando fijamente unas pantallas en las que se están proyectando varias cosas. Ninguna de esas personas ha estado nunca

fuera de la cueva y ninguna conoce nada más que las proyecciones de sus pantallas. Todas aceptan sin cuestionamientos que lo que ven en las pantallas es lo único que hay que ver.

Un día, sucede que una de esas personas se pone de pie y sale de la cueva con pasos vacilantes. Como no está acostumbrada, la luz la deslumbra, pero sí que acierta a divisar vislumbres de árboles, flores y una multiplicidad de otras formas que no se parecen en nada a las proyecciones a las que está acostumbrada.

Protegiéndose los ojos de la luz, vuelve con su gente. «Resulta que este sitio donde vivimos es una cueva —les dice—, y fuera de la cueva hay cosas, y son bastante distintas de lo que hay dentro. Ahí fuera están pasando cosas de verdad.»

Sus compañeros se burlan de él. «Pobre tonto —dicen—, ¿es que eres incapaz de reconocer un sueño? La realidad es esto.» (Y señalan las pantallas.)

Todo está ya en Platón (427-348 a. C), hasta los mismos detalles de las espaldas encorvadas, las pantallas parpadeantes y la miopía.

Cordialmente,

John

PD: Me doy cuenta de que al proponer que inventemos una serie nueva y «buena» de números que reemplacen a los números viejos y «malos», y que instalemos estos números nuevos en todos los ordenadores del mundo, no estoy proponiendo nada menos que tirar a la basura el sistema económico viejo y malo y reemplazarlo por uno nuevo y bueno; en otras palabras, la inauguración de una justicia económica universal. Se trata de un proyecto que nuestros líderes actuales no tienen la capacidad ni la voluntad ni por supuesto el deseo de emprender.

Querido John:

Tu «Carta a P. A.» ha aparecido en el ordenador de Siri, que acaba de pasarme una impresión. No sé cuándo se escribió ni se envió, y si llevo días o semanas de retraso en contestar, discúlpame, por favor.

Antes de tratar lo de la caverna de Platón y el total hundimiento de la civilización tal como la conocemos, quisiera decirlo a Dorothy y a ti que fue un enorme placer pasar esos días en Portugal con vosotros. El sol, la conversación, las comidas, el pausado ritmo de las cosas: todo memorable. Sí, tuvimos que soportar algunas películas horribles, pero la oportunidad de ver un film magnífico fue una adecuada compensación por nuestro sufrimiento.

CARTA A J. C.

De lo que estamos hablando, creo yo, es de la capacidad de la ficción para influir en la realidad, y la suprema ficción de nuestro tiempo es el dinero. ¿Qué es el dinero sino unos despreciables trozos de papel? Si ese papel ha adquirido algún valor, es únicamente porque grandes cantidades de gente han decidido dárselo. El sistema funciona a base de fe. No de verdad ni realidad, sino de creencia colectiva.

Los números a que te refieres han surgido de esa creencia. Los números representan el papel, y en las transacciones financieras importantes (operaciones bursátiles y bancarias en contraposición, digamos, a la compra de comestibles), el papel ha desaparecido, convirtiéndose en números. Números que remiten a otros números, mientras nosotros nos vemos arrojados al reino de la pura abstracción. Por eso es acertada tu alusión a la caverna de Platón. Los números son las sombras que oscilan en la pared. O bien, como decía el padre de Siri: En el mundo hay dos clases de personas. Las que trabajan para ganar dinero, y las que hacen que el dinero trabaje para ellas.

Acabamos de entrar en una época en la que los números han empezado a asustarnos. Estoy de acuerdo contigo en que la crisis parece irreal, desvinculada de cualquier hecho concreto. Los bancos quiebran debido a insensatas y arriesgadas inversiones sobre el futuro coste de las hipotecas (números que remiten a otros números), rescates de miles y miles de millones de dólares, y de pronto la fe en el sistema (la creencia colectiva en la ficción que hemos creado) se tambalea. Ayer, tranquilidad; hoy, pánico generalizado.

Lamentablemente, ese pánico, que no tiene ni más ni menos base en la realidad que la calma de ayer, está produciendo resultados tangibles: el equivalente a tu plaga de langosta, la sequía, el terremoto, la peste.

Me refiero a la denominada crisis del crédito. A los bancos les da miedo prestar dinero a la gente. Imaginemos que eres dueño de una pequeña fábrica que produce sillones. Necesitas adquirir nueva maquinaria para que tu empresa siga funcionando, y como de momento careces de dinero para pagarla en efectivo, vas al banco y pides un crédito. El banco no te lo concede, y como tu empresa no puede mantenerse sin nuevos aparatos, te ves obligado a despedir a la mitad de tus operarios, a declararte en quiebra, a cerrar tus puertas para siempre.

Solo el mes pasado, más de medio millón de trabajadores han perdido su puesto de trabajo en

Estados Unidos. El pánico ha conducido a un creciente problema de desempleo, y la gente sin trabajo cae efectivamente en la pobreza; a pesar de que, en términos generales, tal como dices, tengamos la despensa bien provista.

La crisis únicamente se acabará cuando se disipe el pánico. Pero qué producirá el fin del pánico es un misterio para mí.

Tu idea de inventar una nueva serie de números podría ser un principio. Otra solución, que se me ocurrió el otro día, sería que los gobiernos empezaran a imprimir grandes cantidades de dinero y distribuyeran decenas de miles de dólares a todas las personas que habitan el planeta. Debe de haber algún fallo en mis cálculos (¿paso por alto la posibilidad de una inflación galopante?), pero, si no estoy equivocado, los rescates se financian precisamente de ese modo: imprimiendo más dinero.

Muchos recuerdos,

Paul

Querido John:

No fue hasta ayer, una semana después de enviada, cuando la nota explicativa que acompañaba a tu «Carta a P. A.» apareció en el ordenador de Siri. No sé cómo se las ha arreglado para no verla (somos una pareja imposible en lo que se refiere a la vida digital), y me alegró saber que disfrutaste de Portugal tanto como yo, aunque lamento enterarme de lo de tu gripe. (Yo pillé una bastante desagradable a principios de otoño y sé lo espantosos que pueden llegar a ser esos microbios.) Confío en que ya te hayas recuperado. La incisiva precisión de tu carta no podría ser obra de una persona enferma.

Tu referencia al festival de cine me ha recordado una curiosa historia que quisiera contarte. Se remonta a 1997, cuando fui miembro del jurado en Cannes. Resultó ser el quincuagésimo aniversario del festival, y los organizadores decidieron congregarse al mayor número posible de anteriores ganadores de premios para que posaran en una gran fotografía de grupo. Por la razón que fuese, se pidió a los miembros del jurado que también participasen; y así fue como acabé en aquella foto de más de un centenar de personas.

Estoy mirándola en este momento, y entre los directores que reconozco se encuentran Antonioni, Almodóvar, Wadja, John Boorman, David Lynch, Tim Burton, Jane Campion, Altman, Wenders, Polanski, Coppola, los hermanos Coen, Mike Leigh, Bertolucci y Scorsese. Los actores incluyen a Gina Lollobrigida (!), Lauren Bacall, Johnny Depp, Vittorio Gassman, Claudia Cardinale, Liv Ullmann, Charlotte Rampling, Bibi Andersson, Vanessa Redgrave, Irène Jacob, Helen Mirren, Jeanne Moreau y Anjelica Huston.

Antes de ocupar nuestros respectivos lugares para la foto, hubo un cóctel que duró alrededor de una hora. Creo que nunca he estado en una habitación más cargada de electricidad humana. Parecía como si cada uno de los presentes quisiera conocer a todos los demás y hablar con ellos, que la emoción generada por un encuentro así hubiera convertido a aquellas estrellas y leyendas en una masa de colegiales hiperactivos.

Me presentaron a una serie de personas, mantuve breves conversaciones con algunas de ellas, y entonces, en la tumultuosa vorágine me encontré estrechando la mano de Charlton Heston. De toda la gente que había en la estancia, era con quien menos me apetecía hablar. No solo consideraba que era mal actor (rígido, poco convincente, presuntuoso), sino que sus ideas políticas me resultaban abominables. Probablemente conocerás su vinculación a la Asociación Nacional del Rifle y sus hediondas declaraciones derechistas, que al parecer siempre han tenido gran eco en la prensa norteamericana. Pero ¿qué podía hacer? No era ni el momento ni el lugar de enfrentarme a él, y pronto me di cuenta de que estaba atrapado. Heston no tenía ni idea de quién era yo, desde luego, pero también él, contagiado por la electricidad del ambiente, estaba muy animado, y parecía que le gustaba hablar conmigo. Él hablaba y yo escuchaba, y durante los primeros diez o quince minutos rememoró sus anteriores visitas a Cannes, su larga carrera en el cine, lo maravillosa que encontraba aquella reunión, y lo humilde que se sentía en presencia de todas aquellas personas de talento tan excepcional. Pese a mis prejuicios en su contra, tuve que reconocer que en cierto sentido era «un tío muy majo».

El festival acabó unos días después, y yo me marché a casa, a Nueva York. Pasados dos o tres días, me fui a Chicago. Había prometido a mi editor norteamericano que asistiría a la celebración anual de la Book Expo para hacer una lectura de un libro mío que iba a aparecer en otoño. Llegué un sábado. Después de registrarme en el hotel, cogí un taxi hasta el McCormick Center; que es un sitio enorme, según descubrí, probablemente del tamaño de cincuenta hangares, y hasta el último centímetro del suelo lo ocupaban casetas de editoriales, cientos y cientos de expositores, miles quizá. Cuando por fin llegué al puesto de Henry Holt, tenía la vejiga a punto de reventar. Alguien me indicó cómo llegar al servicio de caballeros (a unos dos kilómetros y medio de distancia), y hacia allí me encaminé, recorriendo enérgicamente un pasillo tras otro, pasando frente a docenas y docenas de puestos de editoriales, y justo cuando me acercaba a mi destino, eché un vistazo a la derecha, y allí, sentado a una mesa y firmando libros, estaba Charlton Heston, el mismo Charlton Heston que había conocido en Cannes la semana anterior. La pancarta que había sobre su cabeza decía: Asociación Nacional del Rifle. Ni que decir tiene que no me detuve a intercambiar cortesías. Aquel «tío muy majo» estaba de nuevo en su elemento, y yo no tenía ningún deseo de hablar con él. A pesar de todo, me quedé pasmado. ¿Cuántas probabilidades había, me pregunté, de conocer a alguien en un festival francés de cine, y luego, solo unos días después, encontrarme otra vez con él en una feria del libro de Chicago?

Hice mi lectura y a la mañana siguiente, domingo, volví en avión a casa. Al otro día, lunes, había quedado para comer en Manhattan con la actriz francesa Juliette Binoche, que estaba pensando si aceptar un papel en la película que yo estaba preparando, *Lulu on the Bridge*. (Esa es otra historia, y demasiado complicada para entrar ahora en ella.) Llegué a su hotel a las doce un poco pasadas: un sitio pequeño, elegante y muy caro de la avenida Madison llamado The Mark. Me anuncié en el mostrador de recepción y me puse a deambular por el vestíbulo mientras esperaba a que bajara J. B. No había nadie más. Salvo por el empleado de la recepción y yo mismo, el vestíbulo estaba desierto. Al cabo de un minuto o así, se abrió la puerta del ascensor y salió un hombre: un anciano muy alto, un tanto encorvado, que caminaba con pasos lentos, arrastrando los pies. Empezó a avanzar en dirección a mí, y un instante después me di cuenta de que estaba mirando a... Charlton Heston.

Alzó la vista, tomó nota de mi presencia, y se detuvo. En sus ojos titiló el reconocimiento. Haciéndome un gesto admonitorio con el dedo y esbozando una sonrisa, me preguntó: «Yo le conozco de alguna parte, ¿verdad?».

«Nos conocimos en Cannes la semana pasada —le contesté—. Hablamos un poco antes de la sesión de la foto de grupo.»

«Ah, claro —repuso él, sonriendo de verdad ahora y alargando el brazo para estrecharme la mano—. Me alegro de volver a verlo.»

No me molesté en mencionar Chicago.

Me preguntó qué tal me iba. Muy bien, le dije, estupendamente. ¿Y usted, le pregunté a mi vez, qué tal está últimamente? Muy bien, contestó, perfectamente, y luego pasó arrastrando los pies por delante de mí y salió a la calle por las puertas giratorias.

¿Cómo debo interpretar esto, John? ¿Te pasan a ti estas cosas, o es solo a mí?

Paul

Querida Siri^[2]:

Tengo dos preguntas que haceros (dos favores que pediros), el primero a ti y el segundo a Paul. ¿Te importa comunicarle el segundo?

(1) Me he comprometido a escribir una reseña de la nueva edición de las cartas de Samuel Beckett entre 1929 y 1940. A mediados de los treinta, Beckett estaba haciendo terapia con Wilfred Bion. ¿Tengo razón al pensar que tú sabes bastante de Bion? ¿Hay algún buen libro o artículo que pueda leer y que me dé una idea de la visión que tenía Bion de la terapia?

(2) La edición en cuestión parece basarse en una distinción bastante clara entre la correspondencia literaria de Beckett y su correspondencia personal. Esta última brilla por su ausencia. Los editores también parecen decididos a no hablar para nada de la vida privada de Beckett. Una consecuencia es que el lector de las cartas no entiende por qué Beckett no para de viajar entre Dublin, París, Hamburgo y Londres (principalmente, sospecha uno, Eros es el acicate).

Los editores también se deshacen en agradecimientos hacia el sobrino de Beckett y los herederos legales.

Mi pregunta es: ¿has tratado para algo con Edward Beckett? ¿Hay alguna estrategia identificable detrás de la forma en que controla el patrimonio de Beckett?

Cordialmente,

John

Querido Paul:

La «crisis de las finanzas mundiales» de la que te escribí la última vez parece decidida a continuar durante el año nuevo. Llegado este punto, creo que debería abandonar mi rol de comentarista de la actualidad económica. Me viene a la cabeza Ezra Pound, cuyo trastorno se inició durante la depresión de los años treinta, cuando se convenció a sí mismo de que estaba percibiendo cosas sobre el funcionamiento de la economía que otra gente, empantanada en ficciones, estaba demasiado ciega para ver: no tardó en convertirse en lo que Gertrude Stein llamó «el intérprete del pueblo», el tío Ez.

En este hemisferio estamos en pleno verano, y yo me pasé casi todo el domingo sentado delante de la pantalla de un televisor (¡ecos de Wall Street!) presenciando el tercer día de un partido de críquet de cinco días entre las selecciones de Australia y Sudáfrica. Estaba absorto, estaba emocionalmente entregado, solo me despegué del partido a regañadientes. A fin de verlo, aparqué los dos o tres libros que estoy leyendo ahora mismo.

El críquet lleva siglos jugándose. Como pasa con todos los juegos, hay un número limitado de jugadas permitidas y un número limitado de resultados. Es muy probable que lo sucedido en Melbourne el domingo 28 de diciembre de 2008 repitiera en todos los sentidos relevantes lo sucedido en algún otro partido de críquet celebrado en otro lugar. A los treinta años de edad, cualquier espectador serio debe de tener ya momentos de *déjà vu*, y más que momentos, períodos extensos. Y está justificado: todo ya se ha hecho antes. En cambio, si un buen libro presenta alguna ventaja, es que nunca antes se ha escrito.

Así pues, ¿por qué desperdiciar el tiempo repanchingado delante de una pantalla de televisión mirando cómo juegan unos chavales? Pues precisamente, lo admito, porque *es* una pérdida de tiempo. Estoy teniendo una experiencia (aunque sea de segunda mano), pero no me reporta ningún beneficio que yo pueda detectar. No aprendo nada. Me voy con las manos vacías.

¿Acaso algo de todo esto te resulta familiar? ¿Acaso te suena de algo? ¿Acaso el deporte es como el pecado, y uno lo desapruueba pero sucumbe a él porque la carne es débil?

Tuyo,

John

Querido John:

Siri te escribirá aparte sobre Bion..., pero en cuanto al sobrino de Beckett, me temo que no tengo contacto directo con él. Sin embargo, hace unos años, cuando preparaba la Edición del Centenario, el editor de Grove Press me dijo que Edward estaba muy contento con el proyecto y le daba su aprobación incondicional. Si te apeteciera ponerte personalmente en comunicación con él, yo podría arreglarlo fácilmente por medio de mi editorial británica, Faber & Faber. Como sabrás, poseen los derechos de las obras dramáticas de Beckett desde hace años, pero últimamente, gracias a los esfuerzos de Stephen Page, el joven cacique de allí, han comprado su parte a John Calder, con lo que ahora tienen también los derechos de toda la prosa de Beckett. Seguro que Edward ha participado en esas negociaciones.

Por lo que yo sé, la actitud un tanto quisquillosa de Edward a lo largo de los años sobre dar autorización para representar o publicar obras de su tío tiende a respetar los deseos de S. B., imaginando cómo se habría comportado en cada caso el más bien cascarrabias S. B. de haber seguido aún con vida. Pero esa distinción entre correspondencia literaria y personal me parece que no tiene sentido. Hace años, una editora de las cartas de S. B. (profesora de la Universidad de Emory, si no me equivoco) se puso en contacto conmigo y le envié fotocopias de todas las notas y cartas que había recibido de Beckett. Según ella, tenían intención de publicar una correspondencia completa y se estaban preparando para lo que seguramente serían muchos años de trabajo. Finalmente, parece que han concluido el primer volumen.

¿Cuál es la editorial, y para quién estás escribiendo la crítica?

En cuanto a los viajes de Beckett, no estoy seguro de que el amor fuese el elemento motivador. La biografía de Knowlson constituye una buena fuente de información de sus idas y venidas. No tengo muy claras ahora muchas de las circunstancias, pero me parece que después de licenciarse en Trinity, Beckett fue primero a París con un lectorado. Estuvo allí un par de años, volvió luego a Dublin, donde se dedicó a la enseñanza durante un tiempo y empezó a desmoronarse. Su principal motivo para ir a Londres fue recibir tratamiento de Bion (creo). Los viajes a Alemania eran más que nada para ver obras de arte. La única mujer que conocía en aquel país era una tal Peggy Sinclair (hija de un pariente por matrimonio, su primer amor, que murió joven, de tuberculosis).

Me temo que nada de eso te servirá de mucho, pero puedes hojear el Knowlson para ver si los hechos concuerdan con mis recuerdos. Si no estoy equivocado, habla de Bion con cierta extensión.

¡Feliz año para Dorothy y para ti!

Paul

5 de enero de 2009

Querido Paul:

Gracias por corregirme sobre el sobrino de Beckett. Me dio la impresión de que los encargados de la nueva edición de las *Cartas* estaban trazando una distinción demasiado rígida entre lo literario y lo personal, y supuse —erróneamente— que los herederos podían estar detrás de ello.

La editorial es Cambridge. Mi reseña saldrá en la *NY Review of Books*.

Sobre Charlton Heston: a mí no me parece raro que, moviéndote en el mundo del cine, no pares de encontrarte con otra persona de ese mundo. Lo extraño es que esa persona sea Charlton Heston. La cosa empieza a parecerse a uno de los sueños del libro de sueños de Freud.

Cordialmente,

John

Paris, 10 de enero de 2009

Querido John:

Tu concisa e ingeniosa carta del 30/12 llegó justo dos horas antes de que saliera para el aeropuerto. Ahora estoy de nuevo en Europa, en un París helador, sentado en la habitación del hotel a las doce en punto del mediodía, incapaz de dormir la siesta que esperaba echarme para conjurar los efectos de una noche en vela. Perdona por el curioso papel y el sobre, disculpa la porquería de bolígrafo. Por la razón que sea, en París las habitaciones de hotel no están provistas de máquinas de escribir.

No sabes cómo me alegro de que hayamos dejado atrás nuestras cavilaciones sobre economía. No estoy muy preparado para hablar de ese tema. Ni que decir tiene que soy un firme creyente en la felicidad universal. Quisiera que todos los habitantes del planeta tuvieran un trabajo digno y satisfactorio, que ganaran lo suficiente para escapar a la amenaza de la pobreza, pero no tengo ni idea de cómo alcanzar esos laudables objetivos. Por tanto, pasaré en silencio sobre tales cuestiones.

Una última palabra sobre la larga historia de Charlton Heston. Sostienes que esos encuentros casuales fueron posibles porque ambos nos movíamos en un ambiente cinematográfico, viajando en el mismo círculo. Pero el caso es que solo el primer encuentro tuvo que ver con el cine. El segundo se produjo en una feria del libro de Chicago, y el tercero, en el vestíbulo de un hotel de Nueva York. De ahí mi confusión y perplejidad, la sensación de que tales encuentros eran enteramente inverosímiles: como si no fueran acontecimientos (tal como sugieres) de la vida real sino de un sueño.

La semana pasada volví a leer *Crimen y castigo* por tercera o cuarta vez. Me sorprendieron de pronto ciertas manipulaciones de la trama que se parecían a la historia de Charlton Heston. La gente más inverosímil acaba viviendo puerta con puerta. *Da la casualidad* de que el prometido de Dunya habita en el mismo edificio que la madrastra de Sonya. *Resulta* que el hombre que estuvo a punto de destrozarla (a Dunya) vive en el apartamento que está al lado del de Sonya. ¿Inverosímil? Sí, pero muy eficaz para crear el ambiente onírico y febril que da al libro su tremenda fuerza. Lo que pretendo decir, supongo, es que en el mundo real nos ocurren cosas que se parecen a la ficción. Y si la ficción resulta real, entonces quizá debamos reconsiderar nuestra definición de realidad...

VER DEPORTES EN LA TELE

Estoy de acuerdo contigo en que es una actividad inútil, una absoluta pérdida de tiempo. Y sin embargo, ¿cuántas horas de mi vida he perdido precisamente de ese modo?, ¿cuántas tardes he desperdiciado como tú has hecho el 28 de diciembre? La suma total será sin duda apabullante, y solo con pensar en ello me abochorno.

Hablas de pecado (en broma), pero el término adecuado quizá sea *placer culpable*, o tal vez solo *placer*. En mi caso, los deportes que me interesan y veo con frecuencia son aquellos que practicaba de pequeño. De ese modo se conoce y se entiende íntimamente el deporte, y por tanto es posible apreciar las hazañas, la destreza a menudo deslumbrante, de los profesionales. Me importa un pito el hockey sobre hielo, por ejemplo, porque nunca he jugado a eso y no lo entiendo de verdad. Además,

en mi caso, tiendo a centrarme en equipos específicos y a seguirlos. La vinculación personal se hace más profunda cuando los jugadores son personajes familiares, bien conocidos, y esa familiaridad *incrementa la propia capacidad de soportar el aburrimiento*, todos esos momentos deprimentes en que no sucede gran cosa.

No hay duda de que los deportes poseen un sólido elemento narrativo. Seguimos los giros y peripecias del encuentro con objeto de saber el resultado final. Pero no, no es exactamente lo mismo que leer un libro; al menos no la clase de libros que tú y yo tratamos de escribir. Aunque quizá tenga una relación más estrecha con la literatura de género. Piensa en los *thrillers* o en las novelas policiacas, por ejemplo,

[En este momento, visita inesperada de un amigo, que espera en el piso de abajo. Tengo que dejarlo, pero continuaré cuando vuelva...] *3 horas después:*

que siempre son el mismo libro, incesantemente repetido, miles de sutiles variaciones de la misma historia, y sin embargo el público siente un apetito insaciable por esas novelas. Como si cada una de ellas fuera la representación de un ritual.

El aspecto narrativo, sí, que hace que sigamos mirando hasta la última jugada, hasta el definitivo tictac del reloj, pero en general tiendo a pensar en los deportes como una especie de arte en vivo. Te quejas del carácter de *déjà vu* de tantos deportes y competiciones. Pero ¿acaso no ocurre lo mismo cuando asistes a un recital de tu sonata para piano de Beethoven favorita? Ya te conoces la pieza de memoria, pero quieres oír cómo la interpreta ese pianista en concreto. Hay pianistas y atletas pedestres, pero en cierto momento aparece uno que te quita el aliento.

Me pregunto si hay dos competiciones que sean exactamente iguales, jugada a jugada. Puede. Todos los copos de nieve parecen el mismo, pero el sentido común dice que cada uno es único. Más de seis mil millones de personas habitan este planeta, y se supone que las huellas dactilares de cada una son distintas de todas las demás. De los muchos cientos de partidos de béisbol que he presenciado — incluso miles, quizá—, en casi todos se ha producido un pequeño detalle o acontecimiento que no he visto en ningún otro.

Lo nuevo da placer, pero también lo da lo conocido. El placer de disfrutar de la comida que a uno le gusta, el placer de las relaciones sexuales. Por especial o compleja que pueda ser la vida erótica de alguien, un orgasmo es un orgasmo, y los esperamos con delectación debido al placer que nos han venido procurando en el pasado.

Sin embargo, uno se siente bastante estúpido después de pasarse el día entero frente a un aparato de televisión viendo cómo unos jóvenes se abalanzan unos contra otros. Los libros siguen sin leer sobre la mesa. No sabes adónde han ido a parar las horas, y, lo que es peor, tu equipo ha perdido. Eso es lo que digo desde París, sabiendo que cuando los Giants de Nueva York jueguen mañana un partido crucial en la eliminatoria de fútbol americano, no tendré ocasión de verlo; y es algo que lamento mucho.

Con un gran saludo desde el otro lado de océanos y continentes,

Paul

Querido Paul:

Parece que consideras el deporte una cuestión principalmente estética, y los placeres que experimenta el espectador del deporte unos placeres principalmente estéticos. Ese enfoque no me convence, por razones diversas. ¿Por qué el fútbol americano es un gran negocio, mientras que el ballet —cuyos atractivos estéticos son probablemente superiores— necesita que lo subvencionen? ¿Por qué no tiene ningún interés un evento «deportivo» entre robots? ¿Por qué los deportes interesan menos a las mujeres que a los hombres?

Lo que el enfoque estético pasa por alto es que los deportes satisfacen la necesidad de héroes. Se trata de una necesidad que es más apasionada entre los muchachos lo bastante jóvenes como para tener una vida de fantasía exuberante; sospecho que es el residuo de esta fantasía juvenil lo que alimenta el apego adulto a los deportes.

En la medida en que yo reacciono a la estética del deporte, reacciono a los momentos de gracia (la gracia: ¡qué palabra tan compleja!), a esos momentos o movimientos (otra palabra interesante) que no pueden ser objeto de planificación racional, sino que parecen descender sobre los jugadores mortales como una especie de bendición de lo alto, esos momentos en que todo sale bien, en que todo se coloca en su lugar, en que los espectadores ni siquiera quieren aplaudir, solo dar las gracias en silencio por haber estado ahí en calidad de testigos.

Y sin embargo, ¿qué atleta querría que lo elogiaran por su gracia en el terreno de juego? Hasta las atletas femeninas te mirarían mal. La gracia, la hermosura: términos afeminados.

Si miro en mi interior y me pregunto por qué en el crepúsculo de mi vida sigo dispuesto —a veces— a pasarme horas viendo el críquet por televisión, tengo que admitir que, por absurdo y nostálgico que parezca, lo sigo mirando en busca de momentos de heroísmo, momentos de nobleza. En otras palabras, la base de mi interés no es estética sino ética.

Es absurdo, porque el deporte profesional moderno carece de interés por la ética: responde a nuestra ansia de heroísmo dándonos únicamente el espectáculo del heroísmo. «Pedimos pan y tú nos diste piedras.»

La ubicuidad de la entrevista posterior al partido. El hombre que durante un par de horas amenazaba con dejarnos atrás, con ascender a ese reino —a un paso de la divinidad— donde residen los héroes, es obligado a retomar su simple estatus mortal, es decir, es ritualmente humillado. «Sí —le obligan a decir—. Nos ha costado mucho trabajo esta victoria, pero ha valido la pena. Ha sido un trabajo de equipo.»

Para convertirse en héroe uno no trabaja. Es decir, lo que se hace a modo de preparación para el combate heroico no es «trabajo», no pertenece a la cadena de la producción y el consumo. Los espartanos en las Termópilas lucharon juntos y murieron juntos; hasta el último de ellos fue un héroe, pero no fueron un «equipo» de héroes. Un equipo de héroes es un oxímoron.

Cordialmente,

John

2 de febrero de 2009

Querido John:

No creo que estemos en desacuerdo sobre esto. Mi carta de París era principalmente una respuesta a tus reflexiones sobre ver competiciones deportivas en televisión (asunto limitado, nada más que un pequeño subtema en la amplísima conversación sobre los deportes en general) y a la cuestión de que nosotros, hombres supuestamente hechos y derechos, decidamos desaprovechar toda la tarde del domingo siguiendo las actividades esencialmente insignificantes de unos jóvenes atletas en lejanos campos de juego. Un supuesto placer culpable, pero que muchas veces nos deja con una sensación de vacío y frustración cuando se acaba el partido.

Adoptando el punto de vista más amplio posible, se me ocurre que el tema de los deportes puede dividirse en dos categorías principales: activa y pasiva. Por una parte, la experiencia de participar personalmente en los deportes. Por otra, la de ver cómo los practican otros. Como parece que hemos empezado hablando de esta última categoría, de momento procuraré limitarme a esa parte del asunto.

El elemento ético a que te refieres es de fundamental importancia en los muy jóvenes. Veneras a tus dioses y deseas emularlos; toda contienda es asunto de vida o muerte. A mi avanzada edad, sin embargo, esos vínculos se han debilitado considerablemente, y suelo ver los partidos con una actitud mucho más distanciada, buscando «placeres estéticos» y no tratando de justificar mi propia existencia a través de actos ajenos. Para no cargar las tintas, dejemos de momento la aprobación del anciano. Volvamos al principio e intentemos recordar lo que nos ocurrió en el pasado remoto.

El empleo que haces de la palabra «heroico» es adecuado y sin duda crucial para entender la naturaleza de la obsesión, que inevitablemente comienza en los albores de la vida consciente. Pero ¿significa eso que debemos hablar de lo heroico en relación con la primera infancia? En el caso de los niños pequeños, creo yo, tiene que ver en buena parte con cierta idea de lo masculino, de identificación sexual, de prepararse para ser un hombre... y no una mujer.

Mientras criaba a dos hijos —chico y chica—, me fascinaba profundamente (y a veces me divertía mucho) ver cómo iba surgiendo su respectiva identidad sexual en torno a los tres años de edad. En ambos casos, empezó a través del exceso, mediante simulaciones sumamente exageradas de lo que supone ser hombre y de lo que significa ser mujer. Con el chico, todo giraba en torno a Superman, el Increíble Hulk y la incorporación de seres imaginarios que estaban dotados de una fuerza mágica, apabullante. Con la chica (que a los dos años preguntó si le iba a salir el pene y cuándo), se manifestó en zapatos de fiesta, tacones altos en miniatura, tutús, diademas de plástico y una obsesión por bailarinas de ballet y princesas de cuentos de hadas. Lo clásico, desde luego, pero como a los niños les lleva un tiempo comprender que son chicos o chicas, sus primeros pasos hacia la identificación sexual son necesariamente extremos, marcados por una fijación por los símbolos y distintivos externos de sus respectivos sexos. Una vez que la cuestión queda zanjada (¿en torno a los cinco años?), la chica que anteriormente insistía en llevar vestidos a todo trance se pondrá gustosamente ahora unos pantalones sin miedo a convertirse en un chico.

Como niño norteamericano a principios del decenio de 1950, empecé mis simulaciones de la vida masculina haciendo de vaquero. Una vez más, se trataba de los distintivos externos: botas, sombrero, revólveres ceñidos en su funda. Debido a que ningún vaquero que se preciara podría atender al nombre de Paul, siempre que me ataviaba con mi traje del Salvaje Oeste insistía en que mi madre me llamara «John»; y me negaba a contestarle siempre que se le olvidaba. (Por casualidad tú no habrás sido vaquero norteamericano, ¿verdad, John?)

Pero entonces —ya no recuerdo en qué momento, aunque seguramente fue entre los cuatro y los cinco años— una nueva pasión se apoderó de mí, una nueva serie de símbolos, un nuevo ámbito en el que afirmar mi masculinidad. Fútbol (en su reencarnación americana). Nunca había jugado un partido, apenas entendía las reglas, pero en alguna parte, de algún modo (¿a través de fotos de los periódicos, mediante partidos emitidos por televisión?), se me metió en la cabeza que aquellos jugadores de fútbol americano eran los auténticos héroes de la civilización moderna. Una vez más, se trataba de los distintivos externos. No es que quisiera jugar al fútbol americano tanto como vestirme de jugador, tener un equipo de fútbol, y mi madre, siempre indulgente, me concedió el deseo comprándome uno. Casco, hombreras y camiseta de dos colores, los pantalones especiales que llegaban a la rodilla, junto con un balón ovalado de cuero, lo que me permitió mirarme al espejo y *aparentar* que era un jugador de fútbol americano. Incluso hay fotografías que documentan las imaginarias hazañas de aquel niño ataviado con un equipo impecable que nunca estuvo realmente en un campo de juego, que jamás se llevó fuera de los dominios del pequeño apartamento con jardín en que el niño vivía con sus padres.

Más adelante, por supuesto, empecé a jugar al fútbol americano; y al béisbol también. Con fanática devoción, cabe añadir, y cuanto más interesado estaba en hacer esas cosas, más me atraía emular las actuaciones de los grandes, los profesionales. En Portugal, te conté lo de la audaz y casi descabellada carta que escribí a Otto Graham (el mejor *quarterback* de la época, la estrella del campeón Cleveland Browns) invitándolo a la fiesta de mi octavo cumpleaños..., y la cortés respuesta que recibí de él, en la que explicaba por qué no podía asistir. Desde que te la mencioné, he seguido dando vueltas a esa historia, buscando más detalles, tratando de llegar a un conocimiento más hondo de los motivos que me impulsaron entonces. Recuerdo ahora una nítida fantasía en la que Otto Graham venía a mi casa y nos íbamos los dos al jardín a lanzar el balón. Esa era la fiesta de cumpleaños. No había más invitados —ningún otro niño, ni siquiera mis padres—, nadie aparte de mi persona que pronto tendría ocho años y del inmortal O. G. Ahora veo, ahora sé con la más absoluta certeza, que esa fantasía representaba un deseo de crear un sustituto de la figura paterna. En la Norteamérica de mi joven imaginación, se suponía que los padres jugaban con sus hijos a lanzar el balón, pero el mío raras veces hizo eso conmigo, casi nunca estaba disponible en ninguno de los sentidos en que los padres deben estarlo para sus hijos, de modo que invité a un héroe del fútbol *a mi casa* con la vana esperanza de que me diera aquello que mi padre me había negado. ¿Son todos los héroes sustitutos de la figura paterna? ¿Es esa la razón por la cual los niños parecen tener mayor necesidad de héroes que las niñas? ¿No es toda esa obsesión por los deportes sino otro ejemplo del conflicto edípico que opera a nivel oculto? No estoy seguro. Pero la maniática intensidad de los entusiastas de los deportes —no de todos, pero en cualquier caso de un gran número de ellos— ha de surgir de alguna parte muy profunda del alma. En esto hay más cosas en juego que la diversión momentánea o el simple entretenimiento.

No pretendo sugerir que Freud sea el único que tiene algo que decir sobre el asunto, pero no cabe duda de que sí tiene algo que aportar a la conversación.

Caigo en la cuenta de que muchas veces respondo a tus observaciones con historias personales. Entiéndelo: no estoy interesado en mí mismo. Te estoy dando casos de estudio, historias sobre cualquiera.

Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Escribes sobre la fijación que siente el niño por los héroes deportivos y a continuación la distingues de la actitud madura que busca el elemento estético del espectáculo deportivo.

Coincido contigo en que ver deportes por televisión es en gran medida una pérdida de tiempo. Pero hay momentos que no son ninguna pérdida de tiempo, como por ejemplo los que tenían lugar de vez en cuando en la época dorada de Roger Federer. A la luz de lo que tú dices, examino esos momentos y los repaso en mi memoria; Federer haciendo una volea cruzada de revés, por ejemplo. Y me pregunto: ¿acaso es realmente la estética, o únicamente la estética, lo que da vida a esos momentos para mí?

A mí me parece que mientras presencio la jugada me pasan dos pensamientos por la cabeza: (1) si yo también me hubiera pasado la adolescencia practicando golpes de revés en lugar de lo que hice... entonces también habría podido hacer jugadas así y provocar que el mundo entero ahogara un grito de asombro. Y a continuación: (2) por mucho que me hubiera pasado la adolescencia entera practicando golpes de revés, jamás podría haber hecho esa jugada, mucho menos bajo el estrés de la competición y de forma voluntaria. Y por consiguiente: (3) acabo de ver algo que es al mismo tiempo humano y más que humano; acabo de ver algo que viene a ser el ideal humano materializado.

Lo que quiero reflejar en esta serie de réplicas es la forma en que la envidia levanta primero la cabeza y luego se ve sofocada. Uno empieza envidiando a Federer, de ahí pasa a admirarlo, y por fin termina ni envidiándolo ni admirándolo, sino exaltado ante la revelación de lo que puede hacer un ser humano, o por lo menos uno como él.

Y considero que eso se parece mucho a mi respuesta a las obras de arte a las que he dedicado mucho tiempo (de reflexión y análisis), hasta el punto de tener una buena idea de lo que contribuyó a su creación: puedo ver cómo se hicieron pero jamás las podría haber hecho yo, están fuera de mi alcance; pero fueron hechas por un hombre (de vez en cuando una mujer) como yo; ¡qué honor pertenecer a la especie de la que ese hombre (o de vez en cuando mujer) es representante!

Y llegado este punto ya no puedo distinguir lo ético de lo estético.

A modo de nota al pie a mis comentarios sobre la presente crisis de las finanzas, ¿puedo citar un comentario de George Soros que he encontrado? «El rasgo más sobresaliente de la actual crisis financiera es que no la ha causado un trauma externo... La crisis la ha generado el sistema mismo.» Soros reconoce vagamente que en realidad no ha pasado nada, que lo único que ha cambiado son los números.

Muy cordialmente,

John

16 de marzo de 2009

Querido John:

Al hilo de tu cita de George Soros, estas frases de las galeradas de un libro que recibí el otro día, escrito por un profesor amigo mío, Mark C. Taylor, que publicará la Columbia University Press: «A finales del decenio de 1970 surge una nueva forma de capitalismo: el capitalismo financiero. En sus anteriores formas (es decir, capitalismo industrial y consumista), la gente ganaba dinero comprando y vendiendo trabajo u objetos materiales. En el capitalismo financiero, en cambio, la riqueza se crea a base de señales que circulan, únicamente avaladas por otras señales, en una regresión que, a efectos prácticos, no tiene límites. Los mercados financieros se han convertido en un fraude muy perfeccionado, y quienes están al timón son una versión actualizada del artero Estafador de Melville...».

* * *

Un nuevo giro en la Crónica de Beckett que quizá te divierta. Hace un par de semanas recibí una invitación para asistir a un nuevo festival literario que deberá celebrarse en septiembre a las afueras de Dublin y dar —imagínate— la primera Conferencia Anual sobre Samuel Beckett. La idea me estuvo atormentando durante unos días, hasta que finalmente decidí aceptar la invitación. Espero no haber cometido un tremendo error. Desearía, en cierto modo, que pudiéramos hacerlo en tándem.

Sobre el tema, la semana pasada compré un ejemplar del primer volumen de las cartas de Beckett y he estado husmeando en él con una especie de sombría fascinación. Nunca he visto un libro de correspondencia con un aparato tan denso y engorroso. Ahora comprendo tus dudas y confusiones cuando te pidieron que hicieras la crítica. La distinción entre «obra» y «vida» ha creado un volumen en el que faltan demasiadas cosas, y eso me produce frustración y a veces (lo confieso) bastante aburrimiento. Estoy deseando leer tu artículo.

* * *

Podemos olvidarnos de los deportes si quieres, aunque pensaba extenderme bastante sobre la segunda parte de la cuestión (participar en algún deporte en lugar de ver cómo lo practican otros): los placeres de la competición, la intensa concentración que a veces te permite trascender la estrechez de tu propia conciencia, el concepto de pertenencia a un equipo, la necesidad de afrontar el fracaso, y muchos otros temas. Más adelante, quizá, me sentaré a escribir esa carta, aunque estemos inmersos en otra cosa. Es un tema que sigue interesándome considerablemente.

En cuanto a la exaltación de que hablas cuando ves a Federer en sus días de gloria, coincido plenamente contigo. Estupor ante el hecho de que otro ser humano sea capaz de lograr tales cosas, que nosotros (como especie) no seamos únicamente los gusanos que muchas veces parecemos ser sino que también podamos realizar milagros —en el tenis, la música, la poesía, la ciencia—, y esa

envidia y admiración se funden en un sentimiento de abrumadora alegría. Sí, estoy de acuerdo contigo, enteramente. Y ahí es donde se fusiona lo estético con lo ético. No dispongo de argumento en contra, porque muchas veces yo he tenido exactamente esa misma sensación. Con afectuosos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Antes de que me cuentes qué piensas de los placeres de la competición, quiero adelantarme con un comentario preventivo.

Cuando yo tenía veintipocos años estaba muy metido en el ajedrez. Llevaba años trabajando de sol a sol en la escritura de código máquina para ordenadores, y me dejaba absorber tanto por el proceso que a veces me parecía estar descendiendo a una locura en la que el cerebro era secuestrado por la lógica mecánica.

Tuve el buen juicio de abandonar los ordenadores y me mudé a Estados Unidos a hacer un posgrado. A bordo del barco que cruzaba el Atlántico (sí, en aquella época se podía viajar por mar si uno no tenía mucho dinero; ¡la travesía duraba cinco días!), me apunté a una competición de ajedrez y conseguí llegar a la última ronda, en la que mi oponente era un estudiante alemán de ingeniería llamado Robert.

Nuestra partida empezó a medianoche. Al amanecer seguíamos encorvados a ambos lados del tablero. A Robert le quedaba una pieza más, pero yo estaba convencido de tener la ventaja táctica. Los últimos espectadores que quedaban alrededor del tablero se marcharon: querían tener una buena vista de la Estatua de la Libertad. Robert y yo nos quedamos a solas.

—Te doy tablas —me ofreció Robert.

—Vale —dije yo.

Nos pusimos de pie, nos estrechamos la mano y guardamos el ajedrez. Él tenía una pieza más pero yo estaba mejor colocado: las tablas eran una buena solución, ¿verdad?

Atracamos. Yo estaba en la legendaria ciudad de Nueva York. Pero el ánimo de la partida se resistía a abandonarme, un estado de excitación cerebral, febril y ligeramente enfermo, como una inflamación real del cerebro. Mi entorno no me interesaba. Algo no paraba de zumbarme dentro.

Mi mujer y yo pasamos por Aduanas y llegamos a la estación de autobuses. Teníamos que coger autobuses distintos: ella se iba a Georgia a alojarse con unos amigos mientras yo iba a Austin a encontrar una casa donde vivir. Me despedí de ella distraídamente. Únicamente quería quedarme solo para poder repetir la partida de ajedrez sobre el papel y acallar la duda que me incordiaba. Me pasé todo el trayecto a Texas en el autobús Greyhound (¿dos días?, ¿tres días?) enfrascado en mis notas, con la corazonada de que no debería haber aceptado un empate, de que en tres o cuatro o cinco movimientos Robert el alemán se habría visto obligado a capitular.

Tendría que haber estado disfrutando de mis primeras visiones del Nuevo Mundo. Tendría que haber estado haciendo planes para la nueva vida que me aguardaba. Pero no, yo estaba completamente febril. Aunque en silencio, estaba enloquecido de furia. Era el loco de la última fila del autobús.

Aquel episodio es lo que me viene a la mente cuando tú me escribes sobre los placeres de la competición. Lo que yo asocio con la competición no es placer en absoluto, sino un estado de posesión en el que la mente se ofusca en una única meta absurda: derrotar a un desconocido por el que no sientes ningún interés, a quien no habías visto nunca y a quien no volverás a ver.

El recuerdo de experimentar aquella espantosa exultación, hace ya casi medio siglo, me ha inmunizado siempre contra el deseo de ser el ganador, de derrotar a algún oponente a cualquier precio y salir laureado. No he vuelto a jugar al ajedrez. He practicado deportes (tenis, criquet), he ido mucho en bicicleta, sí, pero en todo esto mi aspiración ha sido siempre hacerlo lo mejor que podía. Daba igual ganar o perder. Mi criterio para decidir si lo he hecho bien o no es completamente privado, y lo dirimo yo con lo que supongo que llamaría mi conciencia.

No me gustan las formas del deporte que imitan demasiado fielmente a la guerra, en las que lo único que importa es la victoria y la victoria se convierte en una cuestión de vida o muerte, puesto que la guerra carece de gracia. En el fondo de mi mente tengo una visión ideal —y tal vez inventada— de Japón, en la que uno se reprime de infligir la derrota a un oponente porque la derrota es algo vergonzoso y por tanto imponerla también es vergonzoso.

Cordialmente,

John

Querido John:

Me he pasado los últimos meses sumido en un estado de dolor y melancolía. Ha sido una temporada de muerte, una época de entierros, funerales y cartas de pésame, y aunque los titulares anuncian la desintegración de nuestro imperfecto y desigual mundo, esas pérdidas privadas me han conmovido mucho más que el caos que está arrasando el mundo en general.

El día de Navidad, el suicidio de la hija de veintitrés años de uno de mis más antiguos amigos. En febrero, el fallecimiento de una querida amiga que conocía desde los diecisiete años. Y el mes pasado, la absurda muerte de una vieja amiga de cuarenta y cinco años tras lo que parecía una caída sin importancia. Todas mujeres, todas desaparecidas antes de que pudieran vivir el tiempo que se nos ha concedido a la mayoría de nosotros. Me digo a mí mismo que debería guardarme mucho de sorprenderme, que así es la vida, que todos somos seres mortales y que nuestro fin puede acaecer en cualquier momento, pero esa perspectiva más amplia no me ofrece ni la más pequeña brizna de consuelo. Me da muchísima pena. Sencillamente no tiene remedio.

Tu historia del ajedrez —que también es una especie de relato de terror— ha hecho que vuelva a plantearme el significado que para mí tiene la palabra «competición».

(Hace años que no juego al ajedrez, por cierto, pero también yo tuve una época a los veintipocos años en la que ese juego me absorbía. Es sin duda el juego más obsesivo que ha inventado el hombre, el más perjudicial para la mente. Al cabo de un tiempo me encontré con que tenía pesadillas por la noche sobre movimientos de fichas... y decidí que debía dejar de jugar si no quería volverme loco.)

Cuando utilicé la expresión «placeres de la competición», creo que me refería a la sensación de liberación derivada de entregarse plenamente a un deporte, el beneficioso efecto, tanto físico como espiritual, producido por la absoluta concentración en una tarea concreta en un momento determinado, la impresión de «estar fuera de ti mismo», temporalmente liberado de la carga de la conciencia de la propia identidad. Ganar y perder son factores necesarios pero secundarios, la excusa que hace falta para realizar el máximo esfuerzo por jugar bien; porque sin el máximo esfuerzo no puede haber verdadero placer.

Siempre me ha aburrido el ejercicio por el ejercicio. Abdominales y flexiones, correr alrededor de la pista, «mantenerse en forma», levantar pesas, lanzar un balón de ejercicios no tienen el mismo efecto salutífero que produce la competición. Al tratar de ganar el partido que estás jugando, te olvidas de que corres y saltas, no te das cuenta de que verdaderamente realizas una buena dosis de ejercicio. Te pierdes en lo que estás haciendo, y por razones que no alcanzo a comprender del todo, eso parece procurar una intensa felicidad. Hay otras actividades humanas trascendentes, desde luego, la sexual es una de ellas, la artística otra, la experiencia del arte otra más, pero el caso es que la mente divaga durante las relaciones sexuales —¡que no siempre son trascendentes!—, la actividad artística (piensa: escribir novelas) está llena de dudas, pausas y tachaduras, y no siempre estamos en condiciones de prestar toda nuestra atención al soneto de Shakespeare que estamos leyendo o al oratorio de Bach que escuchamos. Si no estás plenamente en el partido que juegas, sin embargo, es que en realidad no lo estás jugando.

No debemos pasar por alto la cuestión de la fatiga. Si tu cuerpo se cansa en medio de un partido,

pierdes la concentración y tu deseo de ganar (es decir, la capacidad de realizar el máximo esfuerzo). Por eso a los deportes duros y exigentes en el ámbito competitivo juega gente joven, por eso la mayor parte de los atletas profesionales están acabados cuando llegan a los treinta y cinco años. Pero hay un evidente placer en tratar de sobrepasar tus límites reconocidos, de continuar realizando el máximo esfuerzo aunque hayas agotado tus recursos.

Recuerdo vívidamente mi última intentona por alcanzar la gloria deportiva. Hace más de veinte años, una vez a la semana jugaba en Central Park en la liga de sófbol de los editores de Nueva York como miembro del equipo de Viking-Penguin (tu editorial norteamericana, antes mía). Los equipos eran mixtos, los partidos, torpes y desordenados, pero aun cuando rondaba los cuarenta o ya los había cumplido, disfrutaba ejercitando de nuevo los viejos músculos desarrollados en el béisbol y (por temperamento y costumbre) siempre jugaba con ganas. Una tarde, ocupando mi posición en el campo (tercera base), el bateador lanzó por lo alto una bola fuera de los límites, muy a mi derecha. Cuando vi la trayectoria de la pelota, comprendí que no tenía posibilidad alguna de cogerla, pero (de nuevo por temperamento y costumbre) fui por ella de todos modos. Instando a mis ya no jóvenes piernas a que se movieran lo más rápidamente posible, corrí durante lo que me parecieron diez minutos, me di cuenta de que sí, quizá tuviera alguna posibilidad, y en el último momento, justo cuando la bola estaba a punto de tocar el suelo, me tiré cuan largo era, enganché la pelota con el último confin del guante, y caí en plancha sobre la hierba. No olvides que se trataba de una competición sin importancia, un partido amistoso entre joviales editores de libros, secretarias, recepcionistas y empleados de la sala de correos, y sin embargo puse toda mi voluntad en perseguir aquella pelota movido por el simple deseo de comprobar hasta dónde podía llegar, de ver si tenía capacidad para hacerlo. Me quedé sin aliento, claro está, me dolían las rodillas y los codos, pero me sentía feliz, tremenda y estúpidamente feliz.

Lo que viene a decir que estoy de acuerdo contigo. No se trata de ganar sino de hacerlo bien, de dar todo lo que puedas. Tu partida de ajedrez con el desconocido en el barco te llevó a enfrentarte con alguna parte demoníaca de ti mismo, y cuando viste en lo que te habías convertido, retrocediste asqueado. Yo nunca he tenido una revelación semejante. No creo, en realidad, que haya estado jamás tan ansioso de ganar una competición de cualquier tipo como tú con aquel alemán en 1965. ¿Tendrá eso algo que ver con la diferencia entre deportes de equipo y deportes individuales? Durante toda mi niñez y adolescencia jugué en equipos (principalmente de béisbol y baloncesto) pero rara vez competí en actividades individuales (correr, boxeo, tenis). De los centenares de partidos en los que participé, supondría que mis diversos equipos ganaron y perdieron aproximadamente en igual medida. Ganar siempre era más agradable que perder, desde luego, pero ni siquiera recuerdo sentirme devastado después de perder; salvo por las contadas ocasiones en que desperdiicé alguna jugada crucial y me consideraba responsable por haber defraudado a mis compañeros de equipo.

En los deportes individuales, sin embargo, imagino que el ego debe de estar comprometido de manera más apreciable; además de correr mayor riesgo. De ahí el hecho de repetir compulsivamente la partida de ajedrez en aquel horripilante viaje en autocar a Texas. Creías ser mejor jugador, demostraste luego que lo eras, y te maldijiste a ti mismo por haber aceptado unas tablas. Pero ¿qué ocurre cuando lo cierto es lo contrario, cuando sabes que no eres el mejor jugador?

Estoy pensando en el tenis, deporte al que nunca he dedicado mucho tiempo y que no se me da muy bien (horrible revés), pero al que de todos modos me gusta jugar. Mi padre, que vivía y respiraba para el tenis, cuya existencia misma se definía por su amor al tenis (durante muchos años, estuvo

levantándose a las seis de la mañana con objeto de jugar un par de horas antes de irse a trabajar), seguía siendo capaz de ganarme la mayoría de las veces cuando él tenía sesenta y tantos años y yo andaba por los veinte. Aunque sabía que probablemente no podía ganarle, cuando jugábamos siempre aplicaba el máximo esfuerzo y medía mis éxitos por el tiempo que podía mantener las voleas, por cómo notaba que iba mejorando mi juego, etcétera. Nunca me dolía perder. Por otro lado, he descubierto que algunas victorias son vanas, incluso desagradables. Hace unos quince o veinte años, jugué una vez al tenis con un amigo escritor, que resultó ser tan malo, tan trágicamente inepto, que no logró sacarme ni un solo punto. Ganar no me procuró placer alguno. Simplemente sentí pena de mi pobre y valiente adversario, que se había lanzado a lo más hondo de la piscina sin saber nadar.

El placer de la competición, por tanto, es más intenso cuando los contrincantes están muy igualados.

Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Gracias por enviarme *Invisible*, que he leído en dos largas sesiones. En dos tragos, por así decirlo.

En noviembre me contaste que en tu próximo libro habría incesto, pero no me di cuenta —debido a la complicación añadida que introduces, es decir, la cuestión de «dónde tiene lugar el acto del incesto: ¿en la cama, en la mente o en la escritura?»— de lo central que iba a ser el incesto dentro del libro.

Se trata de un tema interesante, el incesto, en el que no he pensado mucho de forma consciente hasta ahora (¿cómo puede alguien atreverse a negar, después de Freud, que ha pensado en él de forma inconsciente?). Me resulta curioso que, incluso en el habla popular, usemos el mismo término para referirnos al sexo entre hermano y hermana que al sexo entre padre e hija o entre madre e hijo (dejemos de lado de momento las diversas combinaciones homosexuales). Cuesta experimentar el mismo escalofrío de repugnancia ante el primero que ante los otros dos. Yo no tengo hermanas, pero me resulta demasiado fácil imaginarme lo atractivos que pueden resultarles los juegos sexuales a un hermano y una hermana de más o menos la misma edad: juegos sexuales que derivan en algo más que juegos sexuales, como en tu libro. En cambio, el sexo con tu propia descendencia parece un paso muy distinto. Lo normal, me parece a mí, sería que hubiéramos desarrollado términos distintos para dos actos moralmente tan distintos.

El año pasado hubo un caso en el sur rural de Australia en el que se denunció a una pareja de padre e hija que llevaban décadas viviendo como marido y mujer en circunstancias bastante aisladas. No me acuerdo de todos los detalles, pero el tribunal ordenó que fueran separados y al padre/marido se le impuso que no se acercara para nada a su hija/esposa, bajo amenaza de encarcelamiento. A mí me pareció un castigo cruel, debido a que la queja no había venido de ninguno de los miembros de la pareja, sino de los vecinos.

Tener relaciones sexuales con tus padres o con tus hijos debe de ser el último tabú sexual que sobrevive en nuestra sociedad. (Te predigo con total confianza que *Invisible* no será acogido con gritos de escándalo, lo cual confirmará mi idea de que el sexo entre hermano y hermana es aceptable, o por lo menos lo es hablar y escribir sobre el tema.) Ha llovido mucho desde los tiempos en que había que confinar las relaciones sexuales dentro de castas. Supongo que la llegada de la contracepción accesible marcó el final de los tabúes sexuales: el pánico a que la mujer pudiera dar a luz a un monstruo perdió la fuerza.

Creo que no se ha prestado suficiente atención al rol que el conocimiento de la cría de animales jugó en la creación de los tabúes sexuales y raciales: el conocimiento que dictaba qué especies podía permitirse que criaran con qué otras especies, o cuántos grados de separación tenía que haber dentro de una misma línea de sangre, evolucionó en el curso de un centenar de generaciones de cría de ganado.

En cualquier caso, hoy día parece que se acepta básicamente todo. La indignación moral que antes podía desplegarse hacia una amplia gama de actos sexuales tabú (¡el adulterio incluido!) se ha centrado en un solo fenómeno, a saber: los hombres adultos que tienen relaciones sexuales con criaturas, que supongo que es la manera que tenemos de ampliar la influencia del tabú del sexo entre el padre y su criatura.

Es interesante que cuando en rincones ignorantes del mundo (y sobre todo en rincones ignorantes del mundo musulmán) se castiga a las parejas adúlteras, lo que criticamos sea la ley que los castiga por no respetar sus derechos humanos. ¿En qué clase de mundo vivimos en el que la gente tiene *derecho* a romper un tabú? ¿De qué sirve tener un tabú (preguntaría tu byroniano Adam Walker) si no hay problema en violarlo?

Cordialmente,

John

Querido John:

Me alegro mucho de que te haya llegado *Invisible* y lo hayas devorado con esa rapidez.

No, tampoco me he detenido mucho a pensar en el tema del incesto; al menos mientras escribía la novela. A diferencia de ti, tengo una hermana, pero es casi cuatro años menor que yo, y la idea de embarcarme por ese camino nunca se me ha pasado por la cabeza. (Por otro lado, cuando tenía dieciocho o diecinueve años, una noche soñé que estaba haciendo el amor con mi madre. El sueño me dejó perplejo entonces y me sigue desconcertando ahora, pues parece echar por tierra la clásica ecuación freudiana: sublimación de deseos mediante símbolos crípticos e imágenes sesgadas, cada cosa representando algo diferente. Su teoría no tiene cabida en lo que experimenté. Según recuerdo, no me inquietó lo que estaba ocurriendo dentro del sueño, pero al despertarme me sentí horrorizado y asqueado.)

Horrorizado porque en el fondo supongo que acepto el tabú como algo inviolable. No solo el incesto entre padres e hijos, sino también entre hermanos. No sé si lo que de verdad ocurre en mi libro con Walker y Gwyn está abierto a interpretaciones, pero tenía que escribir esos pasajes desde una postura de absoluto convencimiento, y confieso que me resultó difícil: como si hubiera traspasado la cerca de alambre de espino entre la cordura y la oscuridad de la transgresión. Y sin embargo estoy plenamente de acuerdo contigo en que el libro no se recibirá con gritos de escándalo (¡al menos no por ese motivo!). En realidad, creo que ya tengo pruebas de eso. A principios de esta semana, Siri y yo hicimos una lectura conjunta en la Universidad de Brown, en Providence, a invitación de Robert Coover (un viejo amigo a quien no veíamos desde hacía tiempo). Leí algunos pasajes de la segunda parte (que incluía el «gran experimento» pero no el incesto en toda la extensión de la palabra de 1967), y aunque Siri me informó de que algunos estudiantes lanzaban nerviosas risitas a su espalda, cuando acabó la lectura ni una sola persona mencionó esos párrafos. «Interesante lectura», dijeron, o bien «Muy interesante, estoy deseando leer el libro», pero nada sobre el contenido de lo que acababan de oír.

Tus observaciones sobre la cría de animales me trajeron a la memoria un libro que traduje hace muchos años del antropólogo francés Pierre Clastres —*Crónica de los indios guayaquíes*—, un estudio excelente, maravillosamente escrito, sobre una pequeña tribu primitiva que vivía en las selvas de Sudamérica. En el grupo hay un homosexual, Krembegi, y esta es la asombrosa relación de con qué persona o personas puede acostarse... y por qué:

Las bases últimas de la vida social de los aché (guayaquíes) son las alianzas entre grupos familiares, relaciones que cobran forma y se llevan a cabo en intercambios matrimoniales, en el continuo canje de mujeres. La mujer existe con objeto de circular, de convertirse en esposa de un hombre que no sea su padre, ni su hermano ni su hijo. Es de ese modo como se hacen *picha*, aliados. Pero ¿puede «circular» un hombre, incluso un hombre que exista como mujer? ¿Cómo podría retribuirse, por ejemplo, la donación de Krembegi? Eso no resultaba siquiera imaginable, pues no era mujer sino homosexual. La ley principal de todas las sociedades es la prohibición del incesto. Como era *kyrypy-meno* (literalmente, alguien que tiene relaciones sexuales por el ano), Krembegi quedaba fuera de ese orden social. En su caso, la lógica del sistema social —o, lo que viene a ser lo mismo,

la lógica de su inversión— se llevó hasta el final: *las parejas de Krembegi eran sus propios hermanos*. «*Picha kybai* (que significa *kyrypy-meno*) *menoia*.» Un *kyrypy-meno* no hace el amor con sus aliados. Ese mandamiento es justo lo contrario de las normas que rigen las relaciones entre hombres y mujeres. La homosexualidad solo puede ser «incestuosa»; el hermano sodomiza a su hermano, y en esa metáfora del incesto se confirma y refuerza la certidumbre de que nunca puede haber incesto de verdad (entre hombre y mujer) sin que se destruya el cuerpo social.

Extraordinario, ¿no? Alentar el incesto con objeto de ahuyentarlo. Hace que te dé vueltas la cabeza...

En otro orden de cosas, quisiera felicitarte por tu artículo en la *New York Review* sobre la correspondencia de Beckett. Concienzudo, sensible y justo. A Siri le gustó en particular el espacio que dedicaste a Bion. A raíz de tu artículo y en previsión de la charla que he aceptado dar en Irlanda en septiembre próximo, he leído diligentemente el libro, aunque me ha costado, y ahora que he llegado al final, quisiera revisar las observaciones que te he formulado anteriormente. No es aburrido. Al contrario, lo que más me ha conmovido ha sido la lenta y penosa evolución de Beckett, que pasa de ser un capullo arrogante y sabelotodo a una persona como es debido. En una nota a una de sus últimas cartas (no tengo el libro delante, por lo que mi formulación podría ser inexacta) se cita una carta de Maria Jolas a su marido en la que dice algo así: Beckett está mejor ahora; lo que sugiere, en mi opinión, que personalmente nunca han sentido afecto por él pero que ahora están cambiando de opinión.

Y sí, las notas representan una empresa extraordinaria. Pero ¿realmente necesitamos que se nos diga que el verdadero nombre de Harpo Marx era Arthur?

Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Un apunte más sobre el deporte: la mayor parte de los grandes deportes —aquellos que atraen a masas de espectadores y despiertan pasiones multitudinarias— parecen haber sido elegidos y codificados de golpe alrededor de finales del siglo XIX y en Inglaterra. Lo que me llama la atención es lo difícil que resulta inventar y poner en marcha un deporte completamente nuevo (no solo la variante de uno antiguo), o tal vez debería decir poner en marcha un juego nuevo (los deportes son elegidos de entre el repertorio de los juegos). Los seres humanos son criaturas ingeniosas, y sin embargo da la impresión de que solo unos pocos de los muchos juegos posibles (hablo de juegos físicos, no juegos de la mente) resultan ser viables.

He estado leyendo el librito de Jacques Derrida sobre la lengua materna (*El monolingüismo del otro*, 1996). Parte del mismo es alta teoría, pero hay otra parte que es bastante autobiográfica y trata las relaciones de Derrida con el lenguaje en tanto que niño nacido en la comunidad franco-judía o judía francesa o judía francófona de la Argelia de los años treinta. (Él nos recuerda que a los ciudadanos franceses de ascendencia judía les quitó la ciudadanía Vichy, y que por tanto se pasaron muchos años sin tener un estado.)

Lo que me interesa es la afirmación que hace Derrida de que, aunque él es/era un francés monolingüe (monolingüe según su criterio; su inglés era excelente y estoy seguro de que también lo era su alemán, por no hablar de su griego), el francés no es/era su lengua materna. Cuando leí esto me di cuenta de que podría estar hablando de mí y de mi relación con el inglés; y un día más tarde me di cuenta también de que ni él ni yo somos excepcionales, que muchos escritores e intelectuales tienen una relación distante o interrogativa con el idioma en el que hablan o escriben, y que de hecho referirse al idioma que uno usa como lengua materna (*langue maternelle*) es algo que ha quedado claramente desfasado.

De manera que cuando Derrida escribe que, aunque él ama el idioma francés y es un purista de la corrección del francés, no es un idioma que le pertenezca, no es el «suyo», eso me recuerda a mi propia experiencia con el inglés, sobre todo durante la infancia. Para mí el inglés no era más que una de mis asignaturas de la escuela. En la secundaria la lista era inglés-afrikaans-latín-matemáticas-historia-geografía; y de esas el inglés era simplemente una asignatura que se me daba bien, igual que la geografía se me daba mal. Jamás se me ocurrió pensar que se me diera bien el inglés porque el inglés fuera «mi» idioma; ciertamente jamás se me ocurrió preguntarme cómo se le podía dar a uno mal el inglés si el inglés era su lengua materna (décadas más tarde, después de convertirme yo justamente en profesor de inglés y empezar a reflexionar un poco sobre la historia de mi disciplina, sí que me pregunté qué podía significar el hecho de convertir el inglés en asignatura académica en un país anglófono).

Por lo que recuerdo de mi forma de pensar en la infancia, el idioma inglés me parecía propiedad de los ingleses, una gente que vivía en Inglaterra pero que había mandado a algunos miembros de su tribu a vivir en Sudáfrica y también a gobernarla por un tiempo. Los ingleses inventaban las reglas del idioma inglés como les venía en gana, incluyendo las reglas prácticas (en qué situaciones había que usar qué locuciones del inglés); la gente como yo los seguíamos de lejos y obedecíamos las

instrucciones que nos daban. Que se te diera bien el inglés era algo igual de inexplicable que el que se te diera mal la geografía. Era un capricho del carácter, un mero rasgo de personalidad.

Cuando a los veintiún años me fui a vivir a Inglaterra, fui con una actitud hacia el idioma que ahora me resulta completamente extraña. Por un lado estaba bastante convencido de que usando como criterio los libros de texto, yo podía hablar el idioma, o por lo menos escribirlo, mejor que la mayoría de los nativos. Por otro lado, en cuanto abría la boca delataba mi condición de extranjero, es decir, de alguien que por definición no podía conocer el idioma igual de bien que los nativos.

Aquella paradoja la resolví diferenciando entre dos tipos de conocimiento. Me dije a mí mismo que yo sabía inglés del mismo modo que Erasmo sabía latín, gracias a los libros; en cambio, la gente que me rodeaba conocía el idioma «íntimamente». Era su lengua materna pero no era la mía; ellos la habían mamado con la leche materna y yo no.

Por supuesto, para un lingüista, y particularmente para un lingüista de la escuela chomskiana, mi actitud estaba completamente equivocada. El idioma que uno interioriza durante los primeros años, que son los más receptivos, es su idioma materno, y no hay más que hablar.

Tal como comenta Derrida, ¿cómo puede alguien considerar que un idioma es suyo? Al fin de cuentas es posible que el inglés no sea propiedad de los ingleses de Inglaterra, pero está claro que propiedad mía no es. El idioma siempre es el idioma del otro. Adentrarse en el idioma siempre es una violación de la propiedad. ¡Y la cosa es mucho peor si se te da lo bastante bien el inglés como para oír en cada frase que sale de tu pluma ecos de usos anteriores, recordatorios de quién poseyó esa expresión antes que tú!

Cordialmente,

John

Querido John:

Gracias por el fax de ayer. Me parece que por fin hemos dado con un sistema viable. Una carta lenta a través de los mares desde América a Australia y luego una rápida transmisión electrónica de papel desde una habitación en Adelaida a una estancia de una casa en Brooklyn.

La conversación sobre deportes bien podría tocar a su fin, pero la cuestión de por qué no han arraigado nuevos deportes en tantos años es buena, algo que, confieso francamente, nunca se me había ocurrido. Mencionas Inglaterra y las postrimerías del siglo XIX, pero también puede aplicarse lo mismo a Estados Unidos. El primer equipo de béisbol profesional se creó en 1869, el año en que Princeton y Rutgers jugaron el primer partido interuniversitario de fútbol americano. La única excepción que puedo mencionar es el baloncesto, que no se inventó hasta 1891 y no se popularizó hasta cuarenta años después, cuando una modificación de las normas suprimió el saque de centro después de cada canasta, acelerando el ritmo del juego. Ahora se juega al baloncesto en todos los rincones del mundo, y justo cuando a Inglaterra han dejado de pertenecerle el críquet y el fútbol, Estados Unidos ya no es dueño del baloncesto. Un buen ejemplo: hace dos o tres años, un equipo nacional norteamericano, con sueldo excesivo y demasiado confiado, perdió contra Grecia en la semifinal de la copa del mundo.

Pero en lo esencial tienes razón. Nada nuevo ha causado sensación desde hace generaciones. Cuando se piensa en lo rápidamente que diversas tecnologías han modificado la vida cotidiana (trenes, coches, aviones, películas, radios, televisores, ordenadores), la tozudez de los deportes resulta desconcertante a primera vista. Ha de haber una razón para ello, sin embargo, y la respuesta que se me ocurre es que, una vez codificados, los deportes dejan de ser invenciones y se convierten en instituciones. Las instituciones existen para perpetuarse a sí mismas, y el único modo de eliminarlas es mediante la revolución. Hay tanto en juego ahora en el deporte profesional, tanto dinero de por medio, tantos beneficios pueden lograrse alineando a un equipo triunfador, que la gente que controla el fútbol, el baloncesto y todos los demás deportes importantes es tan poderosa como los directivos de las más grandes empresas, o los jefes de gobierno. Sencillamente no hay espacio para introducir un deporte nuevo. El mercado está saturado, y los que ya existen se han convertido en monopolios que harán lo posible por aplastar a cualquier competidor advenedizo. Lo que no quiere decir que la gente no invente nuevos juegos (los niños lo hacen todos los días), pero los niños carecen de medios para poner en marcha empresas comerciales multimillonarias.

Hará unos veinte años, estaba viendo el informativo de la noche cuando dieron una noticia sobre alguna ciudad sureña cuya junta educativa —debido a dificultades presupuestarias, creo— había decidido prescindir de la enseñanza de lenguas extranjeras. Entrevistaron ante la cámara a una serie de ciudadanos de la localidad pidiéndoles su impresión sobre el cambio de situación, y un hombre dijo (y cito textualmente; sus palabras se cincelaron a fuego en mi cerebro y se me han quedado grabadas desde entonces): «A mí no me parece mal, no me plantea ningún problema. Si el inglés era suficientemente bueno para Jesucristo, también lo es para mí».

Por estúpido e inquietante que sea el comentario (y cómico también, desde luego), parece tocar un aspecto fundamental de la idea de lengua materna. Uno está tan imbuido de su propia lengua, la

percepción del mundo se halla tan profundamente moldeada por el idioma que uno habla, que a cualquiera que no hable como uno se le considera un bárbaro; o a la inversa, resulta inconcebible que el hijo de Dios haya hablado un idioma distinto del propio, porque él es el mundo, y el mundo solo existe en una sola lengua, que casualmente es la propia. Hace solo tres generaciones, mis bisabuelos hablaban ruso, polaco y yidis. El que yo me criara en un país angloparlante me parece un hecho enteramente contingente, una casualidad de la historia. La madre de mi padre —mi abuela demente y homicida— pasó toda la vida en Estados Unidos pero hablaba inglés con un acento tan marcado que me resultaba difícil entenderla. Lo único que la vi leer alguna vez fue el *Daily Forward*, un periódico publicado en yidis. Más interesante aún es el padre de Siri. Noruego-americano de tercera generación, nacido en 1922, se crio en una comunidad rural tan aislada —habitada principalmente por inmigrantes noruegos y sus descendientes—, que toda la vida habló con un inconfundible acento noruego. ¿Cuál era su lengua materna? La madre de Siri, nacida en Noruega, no vino a este país hasta cumplidos los treinta, y como *su* madre se fue a vivir a Minnesota con los Hustvedt cuando nació Siri (lo que significó que el noruego se convirtió provisionalmente en la lengua familiar), el primer idioma que habló mi mujer fue el noruego. ¿Cuál es su lengua materna? Es norteamericana, una escritora soberbia cuyo medio es la lengua inglesa, y sin embargo de vez en cuando comete algún pequeño desliz, sobre todo con las preposiciones (el elemento más desconcertante de cualquier idioma). Ha corrido mucha agua bajo el puente. Ha llovido mucho desde entonces. Las dos expresiones significan lo mismo: eso es cosa del pasado. Pero Siri es la única persona que dice: Ha llovido mucho sobre el puente.

Tú naciste en un país bilingüe, lo que complica considerablemente el asunto. Pero si de pequeño hablabas inglés en casa, entonces tu lengua materna es el inglés. Un inglés sudafricano, posteriormente atenuado por tus largas estancias en las tierras del inglés británico, americano y australiano. También hay un inglés irlandés, indio, caribeño y Dios sabe cuántos más. Igual que a los ingleses ya no les pertenece su críquet ni su fútbol, tampoco son dueños de su propio inglés. Ríete del concepto de «americano» si quieres, pero el caso es que cuando los franceses publican libros de escritores estadounidenses, en la portada dice: *traduit de l'américain*, y no *traduit de l'anglais*. Tengo muchos motivos de queja contra Norteamérica, pero el inglés en su encarnación americana no se encuentra entre ellos.

Por otro lado, a los que somos escritores —sin importar cuál sea nuestra lengua— nos deberían animar estas palabras de Groucho Marx: «Fuera de un perro, el mejor amigo del hombre es un libro. Dentro de un perro está muy oscuro para leer». Me refiero, por supuesto, al hermano de Harpo. Cuyo verdadero nombre era Julius.

Con afectuosos saludos para Dorothy y para ti,

Paul

Querido Paul:

Me cuentas que las páginas de créditos de las traducciones al francés de tus libros dicen: *Traduit de l'américain*. Las mías dicen: *Traduit de l'anglais (Sud-Africaine)*. Me gustaría que alguien señalara los momentos en que mi *anglais* se vuelve *sud-africaine*. A mí me parece un inglés purgado de marcas de origen nacional, y por eso mismo un poco falto de vida.

Creo que discrepo contigo en la cuestión de la lengua materna (aunque no puedo evitar fijarme en que sueles evitar esa expresión más bien cargada de sentimiento y en su lugar usas «primer idioma»). Estoy de acuerdo en que la *Weltanschauung* de uno la conforma el idioma en que uno habla y escribe con más facilidad, y hasta cierto punto, en que uno piensa. Sin embargo, no la conforma tan profundamente como para impedirle a uno el situarse lo bastante fuera de ese idioma como para examinarlo críticamente, sobre todo si uno habla o por lo menos entiende otro idioma. Es por eso por lo que digo que es posible tener un primer idioma y sin embargo no sentirse del todo cómodo con él: es, por así decirlo, tu lengua primaria, pero no tu lengua materna.

Este fenómeno está más extendido de lo que parece. En Europa, por ejemplo, antes de que llegaran los estados nación y el triunfo de los idiomas nacionales, el latín —que no era la lengua materna de nadie— era el medio de transmisión de la vida intelectual. La misma situación existe hoy día en África con relación al inglés y (en menor medida) al francés y al portugués. En Africa no es posible en la práctica ser un intelectual en tu lengua materna. En la India y en Pakistán, donde es la lengua natal solo de una minúscula minoría, el inglés es el medio de gran parte de la literatura y de toda la ciencia.

Tú señalas que el inglés americano o el inglés indio existen, e insinúas que estos «idiomas ingleses» tienen estatus de lengua materna en Estados Unidos y en la India respectivamente. Pero la verdad es que *sobre la página* (no hablo de *en el habla oral* o *en la calle*) estos idiomas solo se distinguen del inglés en aspectos triviales: alguna que otra locución o frase hecha aquí y allá, pero no en el vocabulario básico (que es lo que tiene un poder tan determinante sobre la epistemología del hablante) ni en la sintaxis (que es lo que dicta las formas del pensamiento).

Como te dije, me he puesto a pensar en la cuestión de la lengua materna después de leer a Derrida. Empecé a sentir mi propia situación de forma más aguda después de trasladarme a Australia, que — pese al hecho de que dentro de su territorio hay veintenas de idiomas aborígenes que siguen aferrándose a la vida y pese al hecho de que desde 1945 ha promovido una inmigración masiva desde el sur de Europa y Asia— es mucho más «inglesa» que la Sudáfrica donde nací. En Australia la vida pública es monolingüe. Y lo que es más importante, las relaciones con la realidad están mediadas de una forma notablemente no cuestionada por un solo idioma, el inglés.

El efecto que ha tenido en mí vivir en un entorno tan saturado del inglés ha sido peculiar: ha creado una distancia escéptica cada vez mayor entre yo y lo que yo llamaría en sentido amplio la *Weltanschauung* anglosajona, con sus plantillas inherentes que dictan cómo uno piensa, cómo uno siente las cosas, cómo se relaciona con los demás y todo eso.

Cordialmente,

Querido Paul:

El mes pasado visité tu país por primera vez en cinco años, para ver a mi hermano, que vive en Washington DC y ha estado enfermo.

Antes de embarcarme cavilé bastante sobre la cuestión de las primeras impresiones y de lo que yo iba a permitir que contara como primeras impresiones; en concreto, si iba a permitir a vuestro servicio de inmigración, recientemente rebautizado como servicio de Seguridad Doméstica, jugar algún rol a la hora de formarlas.

Porque, tal como sabes, tengo una larga y bastante penosa historia de relaciones con el servicio americano de inmigración, que no pienso repetir aquí. Y no estaba ansioso precisamente de volver a verme sumergido en esa relación y permitir que su mal humor afectara a mi estado de ánimo.

Llegado el momento, la entrevista con el servicio de inmigración del aeropuerto de Los Ángeles fue tan mal como yo me había temido. Me sacaron de la cola y me llevaron a un despacho apartado, donde me pasé una hora esperando mi turno entre las novias por encargo y los estudiantes con documentos de universidades turbias, antes de que me interrogara un funcionario con cara de póquer: ¿Quién era yo? ¿Había visitado Estados Unidos antes? Y en caso de que sí, ¿cuándo? El interrogatorio se prolongó y se prolongó, en círculos. «Si quiere decirme usted cuál es el problema —dije en un momento dado—, entonces tal vez se lo pueda resolver.» «Lo siento, señor —respondió el funcionario—. No estoy autorizado a divulgarlo.»

Al final me sellaron el pasaporte y me dejaron entrar. Sigo sin saber cuál era el problema. Tal vez yo fuera un caucasiano anciano a quien sacaron al azar de la cola de los recién llegados para demostrar que no solo acosan a los jóvenes «con pinta de ser de Oriente Próximo».

«No estoy autorizado a contarle cuál es el problema.» No puede ser muy divertido que te obliguen a repetir como un loro semejante jerigonza. Pero ¿quién quiere trabajar para una agencia donde los ascensos los consigues no gracias a la gente que has dejado entrar sino a la que has rechazado?

Pero yo iba a escribir sobre las primeras impresiones, no sobre los funcionarios de inmigración y sus frustraciones. Te iba a transmitir mis primeras impresiones de América después de una larga ausencia. Sin embargo, lo que me llama ahora la atención es lo banales que fueron esas primeras impresiones, y más en general, qué pocas cosas interesantes tengo que decir sobre los países extranjeros, a pesar de haberme pasado la vida viajando.

Francia, por ejemplo: después de haberme recorrido casi toda Francia en bicicleta, reconozco que no tengo nada que decir sobre ese país que resulte nuevo, novedoso o que valga la pena. Lo mismo me pasa con Inglaterra, donde he vivido durante años, o con América. Ya no hablemos de Sudáfrica, donde me formé y donde pasé casi toda mi vida profesional, ni de Australia, donde he vivido los últimos siete años. Recuerdos, muchos recuerdos. Imágenes, algunas bastante nítidas. Pero todas ellas atrapadas en su particularidad e imposibles de generalizar. Mis experiencias parecen estar circunscritas a mí, y no ser relevantes para nadie más.

Da la impresión de que sufro un tipo peculiar de ceguera. No es que no tenga curiosidad. Al contrario, allí donde voy tengo los ojos abiertos, me mantengo alerta en busca de señales. Pero las

señales que recojo parecen carecer de significado general. Y la posibilidad de convertir lo particular en general es la esencia del realismo, ¿verdad? Estoy pensando en el realismo entendido como forma de ver el mundo y registrarlo de tal manera que los detalles, aunque se capten en toda su particularidad, den la impresión de tener significado, de pertenecer a un sistema coherente.

¿Qué significa un fenómeno como este: una persona más o menos inteligente como yo, que vive en una época con facilidades para el viaje, pero que a medida que se acerca al final de su vida tiene que reconocer que su experiencia múltiple del mundo visible no constituye nada que valga la pena volver a contar, que lo mismo se podría haber pasado la vida dentro de una biblioteca?

¿O sucede acaso que he estado recogiendo las señales incorrectas? ¿Que las únicas señales que veo, por culpa de mi ceguera idiosincrática, son señales que me dicen que la vida es igual en todos los lugares del mundo, en vez de señales de la particularidad de cada minúscula parte de la creación?

Si el cronista de viajes nato está preternaturalmente atento a las señales de la diferencia, ¿acaso yo soy el cronista nato del antiviaje, atento únicamente a las señales de la monotonía?

Todo este asunto me desconcierta. Me digo a mí mismo: «Acabas de volver de visitar Estados Unidos, ¿qué impresiones te has llevado?». Y una y otra vez, eclipsando el resto de las imágenes, me viene el recuerdo de un joven con ropa anodina pedaleando en una bicicleta destartada, despreocupadamente, en dirección contraria, con el tráfico de frente, por una calle de Manhattan.

¿Qué significa esta imagen solitaria que eclipsa a las demás? ¿Por qué, cuando me digo a mí mismo *Cuenta tus impresiones* o *Evoca tus imágenes*, la única imagen que me viene es esta? ¿Hay alguna facultad absurda dentro de mí que intenta decirme que ese joven que conduce en dirección contraria dice algo sobre América en 2009?

Yo viajo, pero no escribo libros de viajes. Ni tú tampoco; o tal vez tú sí pero los publicas con seudónimo: Peter Westermann, Nicole Brebis. ¿Tienes primeras impresiones en las que confíes? Yo en las mías no confío para nada.

Cordialmente,

John

Querido Paul:

He estado pensando en nombres, en nombres que son adecuados y otros que no lo son. Yo me imagino que a ti también te interesan los nombres, aunque solo sea porque tienes que encontrar nombres oportunos y «adecuados» para tus personas imaginarias. No parece que a ninguno de los dos nos guste llamar a nuestros personajes A o B o Pim o Bom.

A mí me criaron con esa ortodoxia lingüística que dice que el significante es arbitrario, aunque por razones misteriosas los significantes de un idioma no funcionan como significantes de otro (*¡Socorro, me muero de sed!* no te lleva a ninguna parte en Mongolia). Se supone que esto es doblemente cierto con los nombres propios: se supone que no cambia absolutamente nada (no cambia nada práctico) el que una calle se llame calle Caléndula o calle Mandrágora o hasta calle Cincuenta y cinco.

En el ámbito de la poesía (entendida en el sentido más amplio), la doctrina de la arbitrariedad del significante nunca ha gozado de mucho crédito. En poesía las connotaciones de las palabras —las acumulaciones de significado cultural que las rodean— sí que importan. «Mandrágora», gracias a Keats, evoca éxtasis y muerte. «Calle Cincuenta y cinco», que a primera vista parece un nombre anónimo, lleva la connotación de anonimato.

A través de un acto supremo de poder poético, Franz Kafka le ha conferido a una letra del alfabeto fuerza alusiva (connotativa). El último libro de Roberto Calasso se titula simplemente *K*. Solo hay que mirar la cubierta para saber de qué trata.

Yo una vez llamé a un personaje K (Michael K) como intento de reclamar esa letra del alfabeto que Kafka se anexionó, pero no tuve mucho éxito.

Somos pocos los que escribimos novelas, pero la mayoría de nosotros, de un modo u otro, terminamos generando descendencia, y entonces la ley nos obliga a ponerles nombres a nuestros descendientes. Hay padres que aceptan este deber con alegría, y padres que lo aceptan con recelo. Hay padres que se sienten autorizados a inventarse los nombres que les den la gana, y padres que se sienten constreñidos (por la ley, la costumbre o la preocupación) a elegir un nombre de una lista.

Los padres recelosos intentan darle a su criatura un nombre neutral, que no tenga connotaciones, un nombre que no la avergüence en su vida posterior. Por ejemplo: Enid.

Pero hay un problema. Si le pones a demasiadas hijas Enid, el nombre Enid pasará a significar esa clase de criatura cuyos padres reaccionaron con recelo al deber de ponerle nombre a la niña, y por tanto le dieron el nombre más anónimo que pudieron. Así pues, «Enid» se convierte en una especie de fatalidad que espera a la criatura cuando se haga mayor: inseguridad, cautela, reparos.

O bien alguien que está muy lejos, y de quien no has oído hablar nunca, te fastidia el nombre. Te crías en el interior de Estados Unidos y todo va bien hasta que un día alguien te pregunta «¿No serás familia de Adolf Hitler?», y te tienes que cambiar el apellido en los registros por Hilter, Hiller o Smith.

Tu nombre es tu destino. Oidipous, pie hinchado. El único problema es que tu nombre solo dice tu destino de la misma manera que la sibila de Delfos: en forma de enigma. Solo cuando estés en el

lecho de muerte descubrirás lo que quería decir «Tamerlán» o «John Smith» o «K». Una revelación borgiana.

Cordialmente,

John

Querido John:

En primer lugar, permite que me lance inmediatamente sobre la calle Cincuenta y cinco, que «lleva la connotación de anonimato». Digamos que la calle Cincuenta y cinco en cuestión está situada, por casualidad, en Nueva York, en el distrito municipal de Manhattan, para ser exactos, sin indicaciones de si se trata de la parte este u oeste, pero en torno al centro de Manhattan en cualquier caso, y entonces cualquiera que viva en esta ciudad será capaz de conjurar vividas fotografías mentales y una avalancha de recuerdos personales sobre esa calle cuyo nombre no es una palabra sino un número anónimo. Tú escribes «calle Cincuenta y cinco», y yo pienso inmediatamente en el hotel St. Regis y en un encuentro erótico que tuve en él cuando era joven, en estar allí una tarde tomando el té con el escritor francés Edmond Jabès y su mujer y ver cómo entraba en la estancia Arthur Ashe con su blanco atuendo de tenis, en almorzar allí con Vanessa Redgrave y hablar del papel que iba a representar en mi película, *Lulu on the Bridge*. Los números cuentan historias, y detrás de la blanca pared de su anonimato son tan evocadores y están tan llenos de vida como los Campos Elíseos de París. Menciona a un neoyorquino las siguientes calles y en su mente se apiñarán las imágenes: calle Cuarenta y cinco (Greenwich Village), calle Catorce (las tiendas más baratas de la ciudad), calle Treinta y cuatro (Herald Square, Macy's, adornos iluminados de Navidad), calle Cuarenta y dos (Times Square, teatros «oficiales», la canción «Give my Regards to Broadway»), calle Cincuenta y nueve (el hotel Plaza y la gran entrada a Central Park), calle Ciento veinticinco (Harlem, el cine Apollo, la canción de Duke Ellington sobre el tren A). A solo dos manzanas de la calle Cincuenta y cinco, en la Cincuenta y siete Oeste, está el edificio en que mi abuelo tenía la oficina (intensos recuerdos de infancia, cuando iba de visita y me dejaban jugar con las máquinas de escribir y las calculadoras), que por casualidad es el mismo que durante muchos años albergó la *New York Review of Books* (vivos recuerdos de principios de la edad adulta, cuando me sentaba con Bob Silvers a hablar de los artículos que escribía para él); de modo que la simple mención de la calle Cincuenta y siete evoca en mí toda una arqueología de mi pasado, recuerdos dispuestos en estratos sobre otros recuerdos, el yacimiento primigenio.

Y sin embargo, como dices, el significante es arbitrario, y hasta que, o a menos que se llene de asociaciones personales, será imposible distinguirlo de otro significante. El otro día sin ir más lejos, cuando Siri y yo volvíamos de Nantucket (es decir, antes de haber leído tu carta), el taxista que nos traía del aeropuerto cogió un atajo por un barrio de Brooklyn que yo no conocía, y mientras circulábamos por Ocean Parkway, cruzamos veintiséis calles consecutivas nombradas con las letras del alfabeto, desde la avenida A a la avenida Z, y recuerdo que pensé en que aquello no significaba nada para mí, que a diferencia de la avenida A de Manhattan (el East Village), que conozco y con la que por tanto tengo una relación personal, la avenida A de Brooklyn es un absoluto cero a la izquierda. Empecé a considerar lo aburrido que sería vivir en una calle llamada avenida E o avenida L. Por otro lado, también pensé: la avenida K no estaría mal (por todos los motivos que mencionas), y otras letras interesantes o tolerables serían O, X y Z: la nada, lo desconocido y el final. Luego llegué a casa, que también se encuentra en una calle designada con un número, y leí tu fax sobre la calle K y la calle Cincuenta y cinco. Perfecta sincronización.

El primer libro publicado por George Oppen, el poeta estadounidense que tanto me gusta, se titulaba

Discrete Series (circa 1930): un término matemático, como seguramente sabrás, y el ejemplo que Oppen siempre daba para describir una serie discreta de 88 era el siguiente: 4, 14, 23, 34, 42, 59, 66, 72... A primera vista, un simple conjunto de cifras sin sentido, pero cuando descubres que tales números son en realidad las estaciones que recorren la línea de metro IRT de Manhattan, asumen la fuerza de experiencia vivida. Arbitrario, sí, pero con sentido al mismo tiempo.

Hace muchos años, cuando escribí mi breve novela *Fantasmas*, di a mis personajes nombres de colores: Negro, Blanco, Verde, Azul, Castaño, etcétera. Sí, quería dar a la historia un carácter abstracto, como de fábula, pero al mismo tiempo también pensaba en la irreductibilidad de los colores, en que el único modo que podemos conocer y entender lo que son los colores es experimentarlos, que describir «azul» o «verde» a un ciego es algo que está más allá de la capacidad del lenguaje, y que al igual que los colores son irreductibles e indescriptibles, las personas lo son también, y nunca podremos conocer ni entender algo de una persona hasta que «experimentemos» a esa persona, del mismo modo en que puede decirse que experimentamos los colores.

Crecemos con los nombres que nos han dado, los ponemos a prueba, lidiamos con ellos hasta que llegamos a aceptar que son los nombres que llevamos. ¿Recuerdas cómo practicabas tu firma cuando eras pequeño? No mucho después de que aprendan a escribir normalmente, los niños suelen pasar horas rellenando hojas de papel con su nombre. No es una empresa inútil. Sino un intento, en mi opinión, de convencernos de que nuestro nombre y nosotros somos una misma cosa, de asumir una identidad a ojos del mundo.

En algunas culturas, se da un nuevo nombre a las personas cuando alcanzan la pubertad, y a veces hasta un tercero cuando perpetran algún acto grandioso o ignominioso en la edad adulta.

Algunas personas, desde luego, cargan con nombres atroces, cómicos, profundamente desafortunados. El más lastimoso con que me he encontrado alguna vez fue el de un hombre que se casó con una pariente lejana: Elmer Deutlebaum. Imagínate ir por la vida llamándote Elmer Deutlebaum.

Movido por alguna incomprensible lealtad a la corona británica, mi abuelo, nacido en Canadá e hijo de inmigrantes judíos polacos, llamó Queenie a mi madre. Le costó muchos años acostumbrarse a él. Cuando tenía ocho o nueve años, después de mucho tiempo de sufrir las bromas de sus compañeras de clase, decidió cambiárselo a Estelle. No tan insulso como Enid, quizá, pero no precisamente una mejora. El experimento duró aproximadamente seis meses.

En este asunto no debemos olvidar a nuestro común antepasado, Adán. Según el Antiguo Testamento, Dios confirió a Adán la tarea de dar nombre a todas las cosas animadas e inanimadas. Tal como interpreta Milton en el *Paraíso perdido*, Adán —en su inocencia, en el estado de gracia en que vivía antes de que llegara a conocer el bien y el mal y fuera expulsado del Jardín del Edén— es capaz de desvelar la esencia de cada cosa o criatura que nombra, de revelar la verdad del mundo a través del lenguaje. A raíz de la caída, las palabras perdieron su relación con las cosas, y el lenguaje se convirtió en una serie de signos arbitrarios, ya sin conexión con Dios ni con una verdad universal.

Ni que decir tiene que me he pasado la vida explorando mi propio nombre y meditando sobre él, y mi gran esperanza es nacer de nuevo en la piel de un indio americano. Paul: en latín, pequeño, humilde. Auster: en latín, viento del Sur. Viento del Sur: un viejo eufemismo norteamericano que designa un bocinazo rectal. Por tanto volveré a este mundo llevando el orgulloso y enteramente apropiado nombre de Pequeña Ventosidad.

Escribe pronto.

Un abrazo,

Paul

Querido John:

Acabo de volver de Irlanda (ayer) con el inmenso alivio de haber dejado atrás la «Conferencia sobre Beckett». He cenado con Edward Beckett, el sobrino y albacea, nacido en 1943, flautista profesional y antiguo profesor de música, instalado en Londres desde hace muchos años, un hombre tímido, agradable, sencillo en cuestiones literarias, bienintencionado, serio, más apegado a su tío como pariente que como ídolo literario. Le gustó mi disertación, eso dijo varias veces, lo que en el fondo era todo lo que yo esperaba conseguir: no darme el batacazo delante de él y de los quinientos asistentes. Tras pasarme los cincuenta minutos de la conferencia aferrado al atril, con las rodillas agarrotadas por la tensión, al bajar del escenario tenía las piernas tan rígidas que apenas era capaz de moverme y casi me di —literalmente— el batacazo.

Piensen repetirlo todos los años. Te sugerí a ti para el año que viene y los organizadores se mostraron entusiasmados. Quizá tengas noticias tuyas dentro de unos meses. Es cosa tuya, desde luego, el aceptar o no, pero si lo haces, ten la seguridad de que te tratarán estupendamente.

Mientras estábamos allí, nos enteramos de que eres candidato al Booker Prize. Cruzamos los dedos en tu favor... y felicitaciones.

Y ahora, este angustioso dilema. Nos han invitado a una proyección de *Desgracia* el día 17 —una película que tengo muchas ganas de ver, a pesar de tus reservas—, pero resulta que tenemos un conflicto. Un compromiso previo, contraído hace muchos meses, y cuando sugerí romperlo para que pudiéramos asistir a la proyección en esa fecha, Siri me dijo que no volvería a dirigirme la palabra, que quizá hasta me mataría. No dudo de que hablaba en serio. En el *New York Times* de hoy, sin embargo, que publica una lista de los títulos nuevos de la próxima temporada, veo que la película se estrena el viernes. Iremos el próximo fin de semana, entonces. ¿Quieres que te recorte críticas de por aquí, o prefieres no saber nada? Un fuerte abrazo para Dorothy y para ti,

Paul

Querido Paul:

Me cuentas las asociaciones que tiene para ti el nombre «calle Cincuenta y cinco», y mencionas de paso las avenidas de la A la Z de Manhattan. A mí me viene inmediatamente a la cabeza el poema largo que escribió Galway Kinnell sobre la avenida C. Menuda gesta para un poeta: que un desconocido de la remota África, cuando oiga mencionar las avenidas bautizadas con las letras del alfabeto, se sienta de inmediato transportado (casi escribo «transpoetado») a la «avenida dejada de la mano de Dios que lleva la inicial de Cristo».

Supongo que es uno de los rasgos que definen a una gran ciudad: con el paso del tiempo, los nombres de sus distritos, barrios, calles y edificios se enredan tanto con la urdimbre local de poemas y relatos que hasta los lectores que nunca la han visitado pueden orientarse con los ojos vendados: coges la calle Cuarenta y dos hasta Baker Street y luego giras a la izquierda por la avenida Nevsky.

Ahora los años cincuenta y sesenta me parecen una edad de oro de la poesía americana, después de la cual todo empezó a decaer en silencio. ¿Me equivoco? ¿Me estoy perdiendo algo?

A los racionalistas los exaspera la forma en que las palabras, aunque sean las recién acuñadas, acumulan connotaciones que desdibujan sus rígidos límites denotativos. Uno de los grandes proyectos de la Royal Society, fundada en Inglaterra a finales del siglo XVII, fue establecer un lenguaje libre de asociaciones, un lenguaje adecuado para que lo usaran los filósofos y los científicos. El lenguaje que usan hoy día los herederos científicos de la Royal Society nos parece casi puro, pero solo por lo mucho que se basa en las palabras griegas, cuyas connotaciones ya se han perdido del todo (*electricidad* viene de *electrón*, pero ¿quién sabe ya qué evocaba esta palabra, que denota una aleación de metales preciosos, en la mente de Odiseo?).

(¿Y qué decir de mi propia reacción a la palabra *eléctrico*, que me fue corrompida para siempre por el paso de «el mocasín eléctrico de la condenación» de Emily Dickinson?)

Aunque Swift se burló del proyecto de la Royal Society, al ideal que perseguía no le faltaba nobleza. Nunca he entendido del todo por qué Beckett abandonó el inglés, pero sospecho que en parte fue porque le parecía un idioma demasiado cargado de asociaciones literarias. Conrad, si no recuerdo mal, arremetió contra la palabra inglesa *oak*, que él decía que no se podía utilizar sin evocar toda la historia de la navegación británica y el imperio británico.

No es infrecuente que los escritores, a medida que envejecen, se cansen de la llamada poesía del lenguaje y busquen un estilo más desnudo («el estilo tardío»). El ejemplo más famoso, supongo, es Tolstói, que en sus últimos años expresó su desaprobación moral de los poderes de seducción del arte y se limitó a contar historias que no estuvieran fuera de lugar en el aula de una escuela primaria. Un ejemplo más elevado nos lo da Bach, que en el momento de morir estaba trabajando en su *Arte de la fuga*, que es música pura en el sentido de que no está vinculada a ningún instrumento en particular.

Siendo esquemáticos, podemos pensar que la vida del artista está dividida en dos o quizá tres fases. En la primera encuentras, o te planteas a ti mismo, una gran pregunta. En la segunda te esfuerzas por contestarla. Y luego, si vives lo bastante, llegas a la tercera fase, en la que esa gran pregunta te empieza a aburrir y necesitas buscar otras cosas. Cordialmente,

29 de septiembre de 2009

Querido John:

Entramos a ver la película sin muchas expectativas (no solo por tus observaciones, sino porque trasladar novelas al cine es un asunto bastante resbaladizo) y salimos agradablemente sorprendidos, con la sensación de que el resultado no estaba nada mal. Sí, no era un papel para John M., pero su actuación es más sutil y menos afectada que muchas de las cosas tuyas que he visto en los últimos años; lo bastante buena, en cualquier caso, para no destrozar el clima de la obra. La hija nos pareció excelente: mucho más delgada y atractiva que el personaje de la novela, desde luego, pero es una película, y qué quieres, cuando lo principal en el cine son las mujeres bonitas. Dirección, fotografía, producción, decorados, exteriores: admirablemente realizados. Las críticas neoyorquinas que he leído son bastante favorables. El público sentado en el cine con nosotros estaba absorto, y dado lo malas que son en su mayor parte las películas de hoy día, daba gusto ver algo inteligente y bien estructurado. No, no tiene la fuerza del libro, pero intenta hacerle justicia, y si estuviera en tu lugar me sentiría razonablemente satisfecho, no traicionado en lo más mínimo. Para engrosar tu colección de objetos sin importancia, te adjunto nuestras entradas del Quad Theater, que está en la calle Trece, entre la Quinta y la Sexta Avenida, por si quieres presumir de ellas con tus amigos.

Hablas de la edad de oro de la poesía norteamericana en los años cincuenta y sesenta y de una suave decadencia después. Mi primera reacción fue decir «tonterías», pero ahora que he reflexionado un poco sobre el asunto, lamentablemente he de admitir que estoy de acuerdo contigo. La mayoría de los grandes modernistas seguía respirando por entonces (Stevens murió en 1954, pero Pound, Eliot y Williams vivieron hasta bien entrados los sesenta, con Williams en particular realizando sus mejores obras en esa época), los llamados objetivistas aún estaban florecientes (la siguiente generación, incluidos Zukofsky, Oppen y Reznikoff), Charles Olson se encontraba en pleno auge (cómo me gustaba Olson de joven), mientras la generación posterior (poetas nacidos en el decenio de 1920) estaba emergiendo: Kinnell, de quien haces mención, pero también Creeley, Ashbery, O'Hara, Merwin, Spicer, Ginsberg y otros muchos. Kinnell, Ashbery y Merwin aún siguen entre nosotros, pero ya son ancianos, ¿y qué ha ocurrido después de ellos? Hay varios poetas nacidos a finales de los años treinta y principios de los cuarenta cuya obra admiro y sigo ávidamente —entre ellos Michael Palmer (publicado por New Directions), Charles Simic (Harcourt) y Ron Padgett (Coffee House Press); por no hablar de Paul Muldoon, algo más joven (nacido en Irlanda del Norte, ahora ciudadano estadounidense)—, pero todos son amigos míos, he visto cómo evolucionaba su obra a lo largo de decenios, y esa relación personal quizá empaña mi juicio. Tendría curiosidad por saber lo que opinas de ellos, de cualquiera. También está Susan Howe (New Directions), muy admirada, muy debatida, pero aunque parezca extraño, el que considero su mejor libro es una obra en prosa, *My Emily Dickinson*, un texto asombrosamente brillante y original, en el espíritu de *Call Me Ishmael*, de Olson, o de *En la raíz de América*, de Williams: el poeta como crítico, la crítica como forma de la poesía, una maravilla. Pero no, ninguno de esos escritores es tan bueno como los gigantes del pasado reciente. Vivimos en una época de interminables seminarios de creación literaria, cursos universitarios de escritura (imagínate, licenciarse en escritura), hay más poetas por centímetro

cuadrado que nunca, más revistas de poesía, más libros de poemas (el noventa y nueve por ciento de ellos publicado por editoriales pequeñas, microscópicas), competiciones poéticas, poetas de *performance*, poesía vaquera; y sin embargo, pese a toda esa actividad, poco se ha escrito de importancia. Las apasionadas ideas que alimentaron las innovaciones de los primeros modernistas parecen haberse extinguido. Ya nadie cree que la poesía (o el arte) sea capaz de cambiar el mundo. Nadie tiene que cumplir una misión sagrada. Ahora hay poetas por todas partes, pero solo hablan entre ellos.

Tu referencia al «estilo tardío» me ha recordado que todavía no he leído el libro de Edward Said. Intentaré localizarlo en los próximos días. Tolstói es un buen ejemplo, pero ¿y Joyce? Me parece que al principio su estilo es tardío (según tu definición, o según la definición de Said) y a medida que pasa de un libro a otro se hace cada vez más elaborado, complejo, barroco, culminando en un libro final tan complicado que nadie es capaz de leerlo (lamentablemente). Pero Joyce murió a los cincuenta y nueve años, y quizá pueda argumentarse que no vivió lo suficiente para entrar en su etapa tardía. En cualquier caso, el suyo es el único nombre que me llama la atención para refutar esa teoría. No, tal vez Henry James también, cuyos últimos libros, dictados, están llenos de las frases más tortuosas de la literatura inglesa. Otros escritores, quizá la mayoría de los autores, me parecen bastante consecuentes de principio a fin: Fielding, Dickens, Nabokov, Conrad, Roth, Updike, colman los espacios en blanco. Beckett no, por supuesto, y en paralelo con el Bach tardío, piensa en el Matisse tardío y en sus escuetas y sinuosas figuras recortadas. Más despojadas, menos despojadas, lo mismo. Esas son las tres posibilidades; lo que equivale a decir que cada uno elige su propio camino. Goya dijo: «En pintura no hay normas». ¿Hay normas en la vida del artista?

Parece que se ha acabado el verano. Ya refresca, de pronto se siente un frío cortante. Siri se sumerge en su novela, y yo desocupado de nuevo.

Muchos recuerdos,

Paul

Querido John:

Me olvidé de mencionar a Robert Lowell. Olvidé a Elizabeth Bishop. A John Berryman. A Sylvia Plath. Me olvidé de Robert Duncan. De James Wright. De William Bronk. No tuve en cuenta a Larry Eigner. Olvidé a H. D. (m. en 1961), Mina Loy (m. en 1966), Marianne Moore (m. en 1972), Laura Riding (m. en 1991) y a Lorine Niedecker (m. en 1970). Por no hablar de Theodore Roethke, Muriel Rukeyser, Denise Levertov, James Schuyler, Richard Wilbur, Barbara Guest, Kenneth Koch y James Merrill. Sin duda sigo olvidándome de otros.

Ayer compré *Sobre el estilo tardío*, de Edward Said. He leído el primer ensayo (principalmente sobre Beethoven y Adorno) y he visto que la cuestión no es tan sencilla como pensaba en un principio. Seguiré con la lectura y más adelante te comunicaré mis observaciones.

Said, a propósito, fue el tutor de mi tesina en Columbia en 1969/70 y estuvimos en contacto, de forma intermitente pero afectuosa, hasta su muerte. El compilador del libro, Michael Wood, fue otro profesor mío, y sigue siendo un amigo. Ayer mismo, Siri lo vio en Princeton (donde enseña ahora) cuando dio una charla en su clase sobre la novela contemporánea. Dentro de dos semanas me toca ir a esa misma clase. No sé por qué te lo menciono; simplemente, supongo, porque ayer, cuando compré el libro, me asaltaron muchos recuerdos.

Con mis mejores deseos,

Paul

9 de octubre de 2009

Paul,
mira esto.

¿Qué se puede hacer?

John

22 de septiembre de 2009

A J. M. Coetzee, a/a Vintage Books

Querido señor Coetzee:

Me siento decepcionado y me parece una vergüenza que un escritor que disfruta de un prestigio como el suyo se rebaje a usar insultos antisemitas, y además de forma completamente gratuita.

Me refiero a su libro *Hombre lento*, capítulo 22, páginas 167 y 168. Su referencia a los «judíos» hecha de esa forma despectiva no añade nada valioso a la historia, y en mi opinión está de más.

Para mí, se ha echado a perder un libro interesante.

Atentamente,

[Nombre y dirección]

10 de octubre de 2009

Querido John:

¿Qué hacer? No hagas nada; o haz algo. Es decir, no hagas caso de la estúpida carta y no pienses más en ello. O si no, si estás tan profundamente irritado que te resulta imposible dejar de pensar en ello, envía una carta a esa inglesa y dile que has escrito una novela, no un panfleto sobre comportamiento ético, y que los comentarios desdeñosos sobre los judíos, por no hablar de antisemitismo declarado, forman parte del mundo en que vivimos, y que solo porque tu personaje dice lo que dice no significa que tú apruebes sus manifestaciones. Lección primera de «Cómo leer una novela». ¿Aprueban el asesinato los autores de novela criminal? Y tú, como vegetariano militante, ¿te revelas como un hipócrita si uno de tus personajes se come una hamburguesa? La carta de esa mujer es absurda, una idiotez. Pero la triste verdad es que todos los novelistas reciben misivas de ese tipo de cuando en cuando. Mi típica respuesta es arrugarlas y tirarlas a la papelera.

Imagino que ya habrás recibido mi última carta, junto con la ficha que incluye una lista de nombres de más poetas (desde entonces se me han ocurrido todavía más, muchos más). Te agradecería tus reflexiones sobre el concepto de estilo tardío de Adorno/Said, que, debo confesar, se me escapa un poco.

Espero que te encuentres bien.

Afectuosamente,

Paul

Querido Paul:

La semana pasada te puse copia de una carta que me había mandado una lectora de Inglaterra, acompañada de una nota bastante desesperada en la que yo te preguntaba: «¿Qué se puede hacer con esto?».

La carta señala un pasaje de mi novela *Hombre lento* en el que Marijana Jokiaë, la amante croata del héroe, hace un comentario antisemita dirigido a un tendero. El autor de la carta me acusa a mí, en tanto que escritor del libro, de antisemita.

Tú me escribiste de vuelta para señalar, con gran sensatez, que sí que hay cosas que pueden «hacerse» con esa carta. Se puede no hacer caso de ella, por ejemplo. O se la puede contestar explicando que los personajes de las novelas tienen un grado de independencia de sus autores, y —sobre todo en el caso de los personajes secundarios— no hablan necesariamente por ellos.

También me señalas que como escritor de cierta importancia debo esperar recibir toda clase de correspondencia de los lectores, incluidas cartas que no reflejan necesariamente una comprensión sofisticada de lo que la ficción es o hace.

Pero mi pregunta sigue en pie: *¿Qué se puede hacer con esto?* Porque —siendo el mundo como es, y sobre todo siendo el siglo XX como era— una acusación de antisemitismo, igual que una acusación de racismo, lo pone a uno a la defensiva. «¡Pero es que yo no lo soy!», te vienen ganas de exclamar, extendiendo las manos para enseñar que las tienes limpias.

La verdadera pregunta, sin embargo, no es quién tiene las manos limpias y quién no las tiene. La verdadera pregunta surge de ese momento en que te obligan a ponerte a la defensiva, y del sentimiento desolador que viene a continuación, esa sensación de que se ha evaporado la buena voluntad entre lector y escritor, esa buena voluntad sin la cual leer deja de ser un placer y escribir empieza a dar la sensación de ser un ejercicio impuesto y fatigoso. ¿Qué se puede hacer después de eso? ¿Para qué seguir cuando te están retorciendo las palabras en busca de desaires y herejías encubiertos? Es como estar otra vez entre puritanos.

Pero ya basta. Me preguntas qué pienso de lo que dijo Edward Said, tu antiguo profesor, sobre el estilo tardío. Confieso que no me acuerdo de gran cosa de lo que decía, salvo que me encontré a mí mismo alineándome tercamente con la noción anticuada del estilo tardío que él estaba atacando. En el caso de la literatura, el estilo tardío, para mí, arranca del ideal de un lenguaje sencillo, contenido y sin ornamentos y del énfasis en ciertas cuestiones de importancia real, incluyendo cuestiones sobre la vida y la muerte. Por supuesto, en cuanto dejas atrás ese punto de partida, ya es la escritura la que coge el volante y te lleva a donde quiere. Lo que te sale al final puede ser todo menos simple y todo menos contenido.

En tu última carta te dedicas a pasar lista de los poetas americanos de posguerra, los que dejaron su impronta después de 1945, y ciertamente es una lista muy distinguida. ¿Acaso hoy día hay gente así? Supongo que tengo que andarme con cuidado de no emitir una respuesta demasiado apresurada: los viejos somos notoriamente ciegos a las virtudes de los jóvenes. Pero sí que voy a decir que entre los lectores de hoy día veo a muy pocos que saquen la inspiración para su vida de lo que están diciendo

los poetas actuales. Mientras que creo que en los años sesenta y hasta cierto punto en los setenta mucha gente joven —ciertamente mucho de lo mejor de entre los jóvenes— se tomaba la poesía como la guía más fiable que existía para la vida. Me estoy refiriendo a gente joven de Estados Unidos, pero lo mismo sucedía en Europa; de hecho, donde más pasaba era en Europa del Este. Hoy día, ¿quién tiene el poder de dar forma al alma de los jóvenes tal como lo hicieron Brodsky o Herbert o Enzensberger o (de forma menos clara) Allen Ginsberg?

Me da la impresión de que a finales de los setenta o principios de los ochenta pasó algo que provocó que las artes perdieran su papel protagonista de nuestra vida interior. Estoy más que dispuesto a dar crédito a los diagnósticos de lo que pasó entre entonces y ahora que aluden a la política, la economía o la historia mundial. Sin embargo, me da la sensación de que ni escritores ni artistas consiguieron en general salir airoso del desafío que sufrió su rol protagonista, y que ese fracaso nos ha hecho a todos más pobres.

Cordialmente,

John

Querido John:

Solo para animarte un poco (si ese es el término adecuado que debe utilizarse en este contexto). La otra noche participé en un acto patrocinado por el PEN llamado «Afrontando la tortura», que documentaba los abusos del Gobierno de Estados Unidos bajo el mandato de Bush (te incluyo la cubierta del programa), y en su discurso de apertura, Anthony Appiah, el nuevo presidente del American PEN Center, citó un pasaje de *Diario de un mal año* —el de Sibelius y Guantánamo, de enorgullecerse y avergonzarse de la humanidad—, y me alegré (si ese es el término adecuado que debe utilizarse en este contexto) de saber que estabas con nosotros esa noche y de recibir la prueba de que hay gente por ahí que presta plena atención a tu obra: en contraposición, digamos, a la inglesa cuya carta te afectó de manera tan profunda y justificada.

Disculpa por la lentitud en responder a tu último fax..., fechado nueve días atrás. Lo cierto es que no encontraba nada pertinente que decir en respuesta a tu observación sobre que, desde finales de los años setenta o principios de los ochenta, las artes desempeñan un papel cada vez menor en nuestra vida interior. He rellenado varias páginas con mis diatribas y opiniones, pero no me satisfacen. Las encuentro superficiales y aburridas, y no me atrevo a transmitírtelas. Por otra parte: cuanto más considero la cuestión, más deprimido me pongo: abrumado por la sensación de que he estado escribiendo un obituario de mi propia época, de mi propia vida.

Algunos de los enfoques que he intentado aplicar son: 1) análisis del capitalismo triunfante; 2) victoria de la cultura popular sobre la alta cultura; 3) el derrumbe del comunismo, y con él el desmoronamiento del idealismo revolucionario, del concepto de que la sociedad puede reinventarse; 4) la muerte del modernismo.

Podrían encontrarse respuestas explorando estos temas, pero lo único que he encontrado es tristeza.

Pero tienes razón. Se ha perdido algo que antes estaba ahí. No sé si los culpables de tal pérdida son los propios artistas. Probablemente intervengan demasiados factores para que pueda echarse la culpa a alguien en particular. Una cosa es segura, sin embargo: la estupidez se ha incrementado en todos los frentes. Si se leen las cartas de soldados de la Guerra de Secesión norteamericana, resulta que muchas de ellas están mejor expresadas, son más cultas, más sensibles a los matices del lenguaje que las escritas hoy día por muchos profesores de inglés. ¿Mala calidad de la enseñanza? ¿Malos gobiernos que permiten la mala calidad de la enseñanza? ¿O simplemente demasiadas distracciones, demasiadas luces de neón, demasiadas pantallas de ordenador, demasiado ruido?

Mi único consuelo es que el arte sigue avanzando, a pesar de todo. Es una insaciable necesidad humana, y aun en estos tiempos sombríos, hay una innumerable cantidad de buenos escritores y artistas, incluso grandes escritores y artistas, y aunque el público que atiende a su obra se haya reducido, todavía hay bastante gente interesada en el arte y la literatura para que la empresa merezca la pena.

Lamento tener tan poco que decirte hoy Estoy con la depre. La próxima vez te diré más cosas, lo prometo. Con todo afecto,

Querido Paul:

¿Puedo regresar brevemente a nuestro debate sobre el deporte?

He estado leyendo un libro sobre la historia de la cuantificación, *Trust in Numbers* de Theodore M. Porter (1995). Porter busca demostrar que nuestra pasión por las cifras del binomio «datos y cifras» tiene un origen bastante reciente: él sitúa el nacimiento del espíritu cuantificador a mediados del siglo XVIII.

Se me ocurre que puede haber cierta conexión entre el surgimiento de los deportes de masas y el culto a los números. En otras palabras, que puede no ser casualidad que hoy día los deportes nos lleguen dentro de un envoltorio de números.

Fíjate por ejemplo en los distintos códigos del fútbol americano. Por lo que yo sé, el progenitor europeo del fútbol americano fue un combate anual que se celebraba entre los jóvenes de dos aldeas vecinas para ganar un determinado trofeo y llevárselo a casa. La forma del trofeo no importaba. Es posible que en su origen fuera una cabeza, humana o animal, pero normalmente era una vejiga o una pelota. Había muy pocas reglas (los «equipos» podían tener cualquier magnitud, el terreno de juego era la campiña entera, la competición consistía en correr y/o placar y/o pelear a brazo partido y probablemente también en sacar los ojos del contrario), y el partido terminaba cuando se marcaba el único tanto que podía marcarse.

No fue hasta mediados del siglo XIX cuando las reglas de semejantes combates se codificaron para convertirlos en un juego propiamente dicho. Y con esta codificación el juego empezó a adoptar su actual naturaleza numérica: número de jugadores, tamaño y demarcación del campo, duración del partido, criterios para el anotamiento de tantos, definición de la victoria, etcétera.

O piensa en los juegos de bates y pelotas. Tengo entendido que se originan en una forma de juego en la que un hombre tira piedras a otro y este otro se defiende con un escudo o un palo. Este juego se vuelve menos peligroso cuando el objetivo se redefine (en el críquet) como un objeto que el hombre del palo está defendiendo, y cuando se redefine todavía más (en el béisbol) como un objetivo abstracto del tamaño de un torso situado más o menos detrás del hombre del palo. Lo que los reformadores hacen con el juego resultante es añadirle un revestimiento numérico —la distancia entre ambos hombres, el tamaño y composición de la «pelota» (piedra), el tamaño del «bate» (palo), etcétera— y luego todo un nuevo sistema de recompensas numéricas abstractas por pegarle a la pelota (carreras) y castigos por abandonar tu puesto «de batear», etcétera.

No es hasta que los combates primitivos se han reformulado como recreaciones gobernadas por normas, y hasta que se le da a la victoria una definición numérica y abstracta, cuando se los acepta en la vida moderna.

El boxeo es un caso interesante. Sigue siendo lo más cercano en espíritu al combate primitivo. Aunque los cuantificadores han hecho lo que han podido para modernizarlo (añadiendo las puntuaciones por golpe, por ejemplo, al menos en el código amateur), sigue estando domesticado solo en parte, y por tanto flota un poco en los márgenes del deporte civilizado.

Se me ocurre también que hay cierta clase de niño que se siente atraído hacia deportes como el

béisbol o el criquet porque combinan la adoración al héroe que es común a todos los deportes («¡Ojalá mi padre fuera como X!»), con la variante «Ese hombre que dice ser mi padre no es mi padre de verdad, mi padre de verdad es X») con los sistemas socialmente sancionados de cuantificación que permiten a las mentes ágiles pero inmaduras eludir cuestiones difíciles como, por ejemplo, «¿Son los hombres que se hacen llamar Equipo A mejores que los hombres que se hacen llamar Equipo B?», o bien «¿Hay alguna manera de que la virtud colectiva del Equipo A pueda exceder la suma de las virtudes de sus miembros individuales?».

Estas reflexiones las suscitó la lectura de la entrevista que le concediste a Kevin Rabalais (aparecida en el periódico *The Australian* del fin de semana pasado), que incluía aquel cuento con moraleja sobre lo que le puede pasar a un chico que no se cuida de tener el lápiz listo en todo momento.

Gracias por tu carta del 23 de octubre. No puedo ofrecer ninguna respuesta mejor a la pregunta de por qué los artistas eran tan importantes para nuestras vidas hace cincuenta años pero ya no lo son.

En relación con la sensación que tienes de estar y tal vez haber estado durante tiempo escribiendo una necrológica de tu época y hasta de tu vida, déjame que te mencione lo que oí hace poco sobre un campo floreciente de la asistencia a enfermos terminales: la persona que agoniza es ayudada por un orientador formado profesionalmente para que registre sus reflexiones sobre su propia vida —los logros, pesares, reminiscencias y todo lo demás—, que luego son elegantemente empaquetadas (cedés, impresiones encuadernadas) y legadas a los familiares que lo sobreviven. Según el promotor del concepto, se ha demostrado que esa oportunidad de contar su historia así permite a los pacientes morir más en paz. Cordialmente,

John

Querido John:

Al día siguiente de enviarte mi última carta recibí el original de la traducción al inglés de la última novela de un amigo mío: enorme, una montaña de libro, tres o cuatro veces más extenso que nada que hayamos escrito cualquiera de los dos. Tiene una nueva traductora (su traductor anterior se ha jubilado), y como mi amigo considera que este es su libro más importante (lo es), y su comprensión del inglés es algo floja, hace unos meses me ofreció a leer la traducción y enviar observaciones a su editor norteamericano. Ayer concluí la tarea: un esfuerzo lento y laborioso a través de miles y miles de frases, perplejo de principio a fin por los numerosos errores de la traductora, llegando poco a poco a la conclusión (aún sin confirmar) de que el inglés no es su primera lengua. Los errores son en su mayor parte de poca importancia —«como» por «como si», «yo y él» por «él y yo», infinitivos con adverbio intercalado, adjetivos en función adverbial y una desesperante confusión entre verbos transitivos e intransitivos—, pero el efecto acumulativo es discordante, haciendo que el libro sea impublicable en su estado actual. Se harán correcciones, por supuesto, todo saldrá bien al final, pero a lo largo de mi trabajo no he dejado de recordar nuestras deliberaciones de hace unos meses sobre el concepto de «lengua materna» y el asunto realmente complejo de dominar una lengua, la cantidad de normas y principios que deben absorberse en la corriente sanguínea para estar en condiciones de «poseer» un idioma en concreto. El menor paso en falso revela un fracaso en entender el funcionamiento del sistema. Una sola metedura de pata, y empiezan a sonar los timbres de alarma. Parecido a lo que me pasó el otro día cuando llamé al servicio de taxis del barrio para que me llevaran a Manhattan. Di la dirección a la operadora de la central, que debió de consultarla en un mapa del ordenador, y luego me preguntó si estaba entre tal y tal calle y la calle Houston (pronunciándola «Hewston»), como la ciudad de Texas). Todo el mundo que vive en Nueva York sabe que se pronuncia «Howston», e inmediatamente le pregunté «Usted no es de Nueva York, ¿verdad?», y me contestó que no, en realidad acababa de mudarse aquí. Aquello me recordó ciertas escenas de las películas de guerra, de espías, en las cuales una alemana que se hace pasar por norteamericana, o a la inversa, se traiciona a sí misma con un pequeño desliz como ese: pronunciar Hewston en vez de Howston revelándose así como una impostora. Lo siguiente es el pelotón de ejecución. Todo un batallón salvajemente eliminado. Se pierde la guerra. ¡Qué complicado es el conocimiento de la lengua materna, qué sutil su funcionamiento!

* * *

Tu explicación de la manía de la Ilustración por cuantificar y promover los deportes organizados es ingeniosa. No sé qué conocimiento tienes del béisbol, pero habida cuenta de que has vivido algún tiempo en Estados Unidos, debes de tener con él al menos una relación pasajera. Como probablemente te habrás dado cuenta, es un deporte dominado por los números. Cada partido, cada jugada de cada partido se transforma inmediatamente en estadística, y como todos los datos quedan archivados, cada acción que se produce hoy en un partido se interpreta en el contexto de toda la historia del deporte.

Pocos norteamericanos recordarán quién era presidente en 1927, pero todo aficionado al béisbol

será capaz de decirte que en ese año Babe Ruth logró la marca de sesenta *homeruns*. Para que te hagas idea de esa obsesión casi talmúdica con los números, te adjunto fotocopia de una página de la *Baseball Encyclopedia*, que, entre otras cosas, incluye el historial de cada jugador que ha participado siquiera en un solo partido desde que se inventó este deporte. Observa que toda la carrera de Paddy Mayes consiste en solo cinco partidos, todos en 1911, mientras que Willie Mays, el legendario Willie Mays (el de la historia del lápiz ausente) jugó de 1951 a 1973 y apareció en 2.992 partidos. Cuantificación, desde luego. A los no iniciados, esas listas les parecerá una solemne tontería.

* * *

Mencionas que las normas del fútbol americano se codificaron a mediados del siglo XIX. Cuando preparaba mi breve artículo sobre el fútbol/fútbol americano hace más de diez años, descubrí que las normas básicas se introdujeron en una fecha tan temprana como 1801 —más cerca aún de mediados del siglo XVIII y del nacimiento del «espíritu cuantificador», lo que hizo posible la derrota de Napoleón «en los campos de juego de Eton». Pero tienes razón sobre las *actuales* normas del fútbol americano, que se redactaron en la Universidad de Cambridge en 1863. En cuanto a los juegos de bate y bola, me tropecé con esta teoría sobre los orígenes del cricket: derribar banquetas de ordeñar, de tres patas, con un objeto arrojadizo (¿piedra, pelota?) y luego, con el paso del tiempo, para hacer el juego más estimulante, la introducción de un palo para evitar que el objeto diera en la banqueta. Finalmente, la banqueta se convirtió en el rastrillo con los travesaños. ¿Verosímil? Quizá.

* * *

Haces referencia a mi entrevista con Kevin Rabalais para *The Australian*. A decir verdad, no recuerdo absolutamente nada de lo que dije. Tampoco soy capaz de acordarme de nada que haya dicho a algún entrevistador a lo largo de los años. Centenares de conversaciones de las que no queda ni una sílaba. Y sin embargo, con las conversaciones, digamos, normales, es decir, con Siri, contigo, con cualquiera de mis amigos, colegas o parientes, soy capaz de recordar la mayor parte de lo que se ha dicho. ¿Es una entrevista en cierto modo un acto que no vale nada, un episodio anormal, una conversación que no es una conversación? Incluso a lo largo de una entrevista, tiendo a olvidar lo que acabo de decir. Las palabras salen de mi boca y luego desaparecen para siempre. ¿Es la tensión de responder a la pregunta que ahora se me plantea lo que me hace olvidar la anterior? ¿Acaso el temor a decir alguna estupidez me inhibe la capacidad de recordar? ¿Es el tedio de hablar sobre mí mismo?

Cuando estuviste aquí el año pasado, mencionaste que habías dejado de conceder entrevistas. Pero ¿te ha ocurrido algo así en el pasado, o soy el único afligido por esa peculiar forma de amnesia?

En cualquier caso, si le conté a Kevin Rabalais la historia sobre el lápiz, debo haberle hablado de mi encuentro con Willie Mays cuando tenía ocho años. ¿Llegué a relatarle el epílogo..., algo que ocurrió hace menos de tres años? Si no es así, dímelo, y te lo describiré en la próxima carta, porque es una historia extraña y conmovedora, que vale la pena contar.

* * *

Sobre el tema de la memoria, anoche nos pasó una cosa que nos ha dejado bastante pasmados a los dos. Hace unos veinticinco años, Siri y yo vimos una película en el canal público de televisión, una oscura comedia dramática de 1933 sobre la Depresión interpretada por Claudette Colbert, *Three-Cornered Moon*. Los dos considerábamos que estaba maravillosamente realizada, y durante este último cuarto de siglo nos referíamos a ella como a un tesoro perdido, una de las mejores películas de la época. La semana pasada vi que habían editado la película en DVD y pedí un ejemplar, que llegó ayer. Después de cenar, lo pusimos impacientes, y entonces, con gran decepción, con gran desilusión mutua e individual, descubrimos que es un film sin nada extraordinario, como mucho mediocre. ¿Cómo podíamos habernos equivocado tanto en nuestra apreciación? Aún más importante, ambos recordábamos mal los aspectos fundamentales de la trama; aunque de diferente manera. Siri creía que Claudette Colbert tenía tres hermanas, cuando en realidad son tres hermanos. Yo pensaba que Colbert había salvado a la familia de la ruina saliendo a buscar trabajo, cuando de hecho lo pierde al cabo de solo dos semanas.

¿Cómo interpretar todo esto?

Me parece que la memoria quizá sea algo que podríamos investigar. O bien, si resulta un tema demasiado amplio, las decepciones de la memoria.

Con los más afectuosos recuerdos,

Paul

Querido John:

Esto, de la sección de deportes del *Times* de hoy domingo, espero que te divierta (al socaire de tu última carta), sobre todo la siguiente afirmación: «... el futuro del deporte está en los números». Las estadísticas de que hablan ahí no superan en profundidad —ni en alcance— a las listas que te envié el otro día. Nos estamos acercando cada vez más al ámbito de la pura física teórica.

Por otro lado, aun cuando todo lo que hacen pueda traducirse a números, los jugadores no son robots. Como atestigua la preciosa foto de 1946 de Ted Williams y Stan Musial: dos de los grandes de todos los tiempos.

Pensando en ti...

Que te vaya bien,

Paul

Querido Paul:

Me preguntas si alguna vez he tenido la experiencia de conceder una entrevista y luego no he conseguido recordar lo que dije en ella. Pues no exactamente. Pero a menudo he sentido un aburrimiento opresivo al escucharme a mí mismo fanfarronear con los entrevistadores. En mi opinión, una verdadera conversación solo tiene lugar cuando discurre alguna clase de corriente entre los interlocutores. Y esa corriente casi nunca discurre durante las entrevistas.

Estaré encantado de conversar sobre la memoria contigo en algún momento del futuro, si nos acordamos de volver sobre el tema. En el presente, el aspecto de la memoria que más me preocupa es el despiste. Me vigilo a mí mismo con ojos de águila, en busca de la primera señal de que, a medida que se termina mi septuagésima década en el mundo, estoy perdiendo la cabeza. Todavía no se han presentado señales, por lo menos ninguna que yo reconozca como señal.

Gracias por las páginas de estadísticas sobre béisbol. Todas me recuerdan mucho a las páginas del Almanaque del Criquet, también conocido como el Wisden's, que recoge las estadísticas mundiales de criquet año a año.

He estado pensando en la comida: en la comida y en los tabúes alimentarios. Que Franz Kafka era vegetariano ya hace mucho tiempo que lo sé. Hasta hace poco, sin embargo, no he sabido que eso causó gran disensión en la casa de sus padres: una disensión que tal vez al mismo Kafka no le importaba fomentar. Ahora ha llegado a mis manos el libro de Ernst Pawel sobre Kafka^[4]. Pawel no solo se toma demasiado en serio la actitud de Kafka hacia la comida —tal como supongo que debe de hacer cualquiera que haya leído «Un artista del hambre»—, sino que también la ve en relación con la práctica dietaria judía (véase el pasaje que cito más abajo).

Me parece a mí que circulan a nuestro alrededor dos discursos sobre la comida, y que resulta sorprendente el poco contacto que hay entre ellos. Uno de ellos es el discurso de los restaurantes y la gastronomía, que se ha expandido enormemente, hasta el punto de que hay revistas enteras dedicadas a él. El otro es el discurso de la patología alimentaria, que incluye aflicciones psicopatológicas como la anorexia y la bulimia, y más en general la propagación de la obesidad.

La cuestión que no consigo quitarme de la cabeza es la siguiente. ¿Acaso es cierto que hay una minoría de la población (aunque tal vez en algunos países sea una minoría inquietantemente grande) que, para usar el eufemismo actual, «tienen problemas» con la comida, igual que los tenía Kafka, a diferencia de una mayoría en cuya vida la comida no tiene un significado particularmente profundo, y para quienes no es más que un nutriente corporal y tal vez una fuente de placer transitorio, pero nada más? ¿No es posible que dividir a la población en estos dos toscos grupos sea lo mismo que dividir a la gente en aquellos que «tienen problemas» con sus padres y aquellos que no? ¿Y acaso no tenemos todos «problemas» con nuestros padres, aunque de distinto tipo y en grados distintos? (Planteo estas preguntas con el espectro de Freud flotando a mi lado.) ¿A cuántos de nosotros nos concedería el alta médica un investigador como Pawel?

Nos gusta pensar que hubo un tiempo —no hace mucho— en que la comida escaseaba tanto que solo unos cuantos privilegiados podían permitirse elegir lo que comían, y por tanto «tener problemas». Al

vulgo, que presumiblemente incluía a tus antepasados y a los míos, lo único que le importaba era conseguir suficiente comida; si tenías la fortuna de engordar un poco, ya era razón para felicitarte a ti mismo y para que te envidiara una parte de tus vecinos.

Según esta versión de la historia social, no puede hacer mucho tiempo —digamos que como máximo cincuenta o cien años— que se han desarrollado a gran escala las relaciones problemáticas con lo que comemos o lo que dejamos de comer.

Pero yo me pregunto si esta versión es cierta. Me pregunto si no será posible tener relaciones problemáticas con la comida también en condiciones de escasez. ¿Qué sentido tiene, al fin y al cabo, el fenómeno del ayuno, contemplado por todas las religiones? (O sea, ¿qué sentido tiene más allá del que ofrecen las religiones mismas, como la purificación del espíritu, la mortificación de la carne, etcétera?) No es que no se pueda responder a la pregunta de si también la gente pobre o inculta tiene relaciones problemáticas con la comida: hay miles de millones de personas que viven en condiciones de escasez por todo el mundo, solo tenemos que preguntárselo. Pero ¿acaso alguien está explorando los significados más profundos que tiene la comida en su vida? Que yo sepa, no.

Hay un comentario que hace Freud de pasada y que a mí me parece relevante en relación con esto. Lo que distingue la vida erótica de la gente de la Antigüedad de la vida erótica de hoy día, dice Freud, es que en la Antigüedad la atención se concentraba en el impulso erótico, mientras que hoy se concentra en el objeto erótico. Aplíquese esto a la escritura gastronómica. ¿Qué comportaría desplazar la atención de los atractivos relativos de los platos X e Y del menú para concentrarse en la cuestión de qué tengo yo que me lleva a elegir X en lugar de Y? ¿Acaso es realmente cierto que el placer gestatorio no se puede analizar, que carece de historia, que carece de dimensión psíquica (me refiero a dimensión psíquica en la vida del sujeto individual)? ¿De verdad aceptamos que debería haber una prohibición de semejantes análisis (una prohibición aguafiestas)?

Una de las explicaciones de los tabúes alimentarios que plantean los antropólogos es que el tabú define a un grupo propio por oposición a un grupo ajeno, y por tanto constituye una especie de pegamento que mantiene unido al grupo propio. Según esta explicación, el contenido del tabú tiene una importancia secundaria (animales marinos que no tengan escamas, leche de vaca). Sin embargo, esto a mí me parece demasiado abstracto. Un occidental que vea el cadáver de un animal colgado de un tenderete de una calle de Vietnam y pregunte qué es y se entere de que es un perro, sentirá un momento de auténtica repulsión, imagino, y hasta de náusea. El que le digan que su repulsión está culturalmente condicionada no la va a mitigar. No va a hacer que los vietnamitas que lo rodean, sonriendo y haciendo broma sobre su reacción, le resulten menos —¿cómo decirlo?— odiosos.

Regresemos a Kafka sentado a la mesa de Hermann Kafka. Gracias a Pawel, tenemos cierta idea de qué imagen debía de tener de Franz un burgués sensato como Hermann. Pero ¿qué imagen de Hermann tenía Franz?

Cordialmente,

John

Querido John:

Solté una sonora carcajada cuando leí que estabas dispuesto a hablar de la memoria conmigo: «en algún momento del futuro, si nos acordamos de volver sobre el tema». En la siguiente frase de tu carta te refieres al despiste, y luego, en la que sigue a esa, dices que te acercas al final de tu septuagésima *década* en la tierra: ¡lo que significaría que tienes setecientos años! Un desliz, desde luego, de los que todos cometemos alguna vez, incluso cuando somos jóvenes, aun si por lo general no somos proclives a la distracción, pero cómico en cierto modo cuando se produce en una conversación sobre el despiste.

Para un hombre de tu avanzada edad, debo decir que la última vez que te vi tenías aspecto de encontrarte en excelente forma.

* * *

Seguro que recuerdas la película rusa que tanto nos gustó a todos el año pasado en el festival, *Wild Field*. Aún no tiene distribuidora en Estados Unidos, y como me parece una injusticia, hace poco llamé a un conocido mío, conservador del Museo de Arte Moderno en el departamento de cinematografía (uno de los encargados de seleccionar la composición del Festival de Nuevos Directores/Nuevos Films que se celebra aquí en primavera), y lo invité a casa a ver el DVD. Respondió entusiasmado y dijo que haría todo lo que estuviera en su mano para que se proyectara la película. Excelente noticia. Entonces, justo al día siguiente, llamó para decirme que una colega suya del departamento de cinematografía se encuentra actualmente en Georgia (el país, no el estado) con objeto de organizar un festival de cine georgiano para el museo y que ella también acababa de ver *Wild Field* y estaba igualmente impresionada y entusiasmada. Otra buena noticia, sí, pero entonces vino el palo. Parece que el director —el mismo individuo de cuarenta y nueve años que conocimos en Estoril, que se expresaba tan bien y se mostró tan encantador durante el coloquio posterior a la proyección de su película— ha muerto hace menos de un mes. Mi amigo no pudo darme más detalles. Una pena. Lo último que esperaba escuchar. Pensé que Dorothy y tú debíais saberlo...

* * *

En tu anterior carta, mencionabas la entrevista que hice con *The Australian* y la historia del lápiz que no recordaba haberle contado al periodista. Prometí contarte la continuación si aún no lo había hecho. Como no dices nada en tu última carta, supongo que no te lo he contado.

La primera parte viene en las páginas 271-272 de mi *Collected Prose*, quinto relato de una secuencia de historias reales: «¿Para qué escribir?» Después de haber asimilado ese momento de amargura infantil, ahora esto:

En enero de 2007, Siri y yo nos escapamos del frío de Nueva York para asistir a un festival literario en Key West, Florida. Entre las escritoras que allí había estaba Amy Tan, a quien había visto un par de veces en los noventa y que conocí a través de un amigo común, el director de cine Wayne Wang.

Años antes, Wayne me había contado una anécdota interesante sobre Amy, que incluí en otra serie de historias verdaderas, «Parte de accidente» (página 273 de *Collected Prose*). Al verla de nuevo, me di cuenta de que había olvidado enviarle un ejemplar del libro en el que se había publicado el relato, de modo que le compré uno en Key West. Leyó la historia sobre sí misma en el vuelo de vuelta a su casa, en San Francisco, así como las demás narraciones del libro, incluido la que trataba de Willie Mays. Resultó que el jugador de béisbol ya retirado, que por entonces tenía setenta y seis años, vivía en una ciudad cercana a San Francisco y daba la casualidad de que dos amigos de Amy eran vecinos suyos, puerta con puerta. Amy los llamó nada más entrar en su casa, les dijo que fueran a comprar un ejemplar de mi libro y luego llamaran a casa de Willie Mays y le leyeran la historia que yo había escrito sobre nuestro encuentro en 1955. Según los amigos de Amy, a Willie se le llenaron los ojos de lágrimas mientras escuchaba el relato, y luego se quedó unos minutos sacudiendo la cabeza, repitiendo una y otra vez: «Cincuenta y dos años, cincuenta y dos años...».

Amy llamó a Siri para contárselo, pero a mí no me dijeron nada. A la semana siguiente, que era cuando yo cumplía sesenta años, la amable Amy Tan vino a Nueva York, nos invitó a cenar, y me regaló una pelota de béisbol firmada por Willie Mays. El viejo finalmente consiguió lo que el niño había ansiado tan desesperadamente. Ya no lo quería, por supuesto, pero eso no tenía nada que ver. Al menos, le conmovió el hecho de que Willie se hubiera emocionado.

* * *

Vacilo en imponerte más escritos antiguos míos, pero si verdaderamente tienes a mano mi *Collected Prose*, quizá te gustaría echar una mirada a *Pages for Kafka* (página 303), *El arte del hambre* (317) y *New York Babel* (325). Son textos antiguos, escritos a los veintitantos años, pero están directamente relacionados con algunas de las cuestiones que suscitas con respecto a Kafka y la comida.

Recuerdo haber comprado el libro de Pawel cuando se publicó (¡en 1984! No parece posible que haya pasado tanto tiempo) y pensar que era con mucho el mejor libro sobre Kafka que había leído. Dudo que lo haya superado cualquier biografía posterior. El pasaje al que te refieres al final de la carta es a la vez escalofriante y perspicaz, un análisis de la misma compulsión al autosabotaje que yo trataba de evocar en mi breve y muy abstracto ensayo juvenil. Kafka es un ejemplo extremo de martirio alimentario, pero convengo contigo en que casi todos tenemos «cuestiones» con la comida, no necesariamente las patologías alimentarias a que haces referencia, sino, digamos, «relaciones complicadas» con lo que nos llevamos a la boca. Por la misma razón que citas al referirte a Freud: seguramente hay un elemento psicológico que explicaría por qué nos atrae X en el menú y no Y. ¿Se remonta todo ello a recuerdos ocultos de la infancia? Probablemente.

Creo que aciertas en todos tus planteamientos, y no me siento inclinado a discutir ninguno, pero quizá nos convendría considerar la función social de la comida, los rituales de los días de fiesta (los mismos platos servidos todos los años en Navidad, Acción de Gracias, Pascua), el concepto mismo de comer a ciertas horas. ¿Por qué no comer simplemente cuando tenemos hambre, cuando el estómago nos pide alimento? ¿Quién dispuso que el día se divida en desayuno, almuerzo y cena? Leyendo sobre la costumbre de Kafka de comer solo, se me ocurrió que a la mayoría no nos gusta comer solos, que casi todo el mundo come en compañía (parejas, amigos, familias, niños en el comedor del colegio) y que las comidas constituyen por lo general una ocasión de entablar conversación. Entra comida en la boca, salen palabras de ella.

Durante la primera mitad de mi vida, no quise saber nada de ceremonias de ningún tipo. Celebraciones de cumpleaños, festividades nacionales y religiosas, fiestas de aniversario, todas me dejaban frío y las evitaba lo mejor que podía. Entonces, hace veintinueve años, entré de puntillas en el clan Hustvedt y descubrí los intrincados protocolos de la Navidad noruega. Siri y sus tres hermanas son gente seria, laica, libre de convencionalismos, y sin embargo, bajo la orientación de sus padres, igualmente laicos, demuestran los seis una fe absoluta e inquebrantable en la importancia de mantener esa tradición. Está el árbol, desde luego, y la entrega de regalos, pero el meollo de la tradición reside en la cena de Navidad, que nunca cambia. Todo elemento del menú es exactamente el mismo de un año para otro, y acaba con un postre de arroz con leche rociado con sirope de frambuesa, en una de cuyas raciones se oculta una almendra mágica (que pone la madre de Siri): la persona que tenga la almendra en su plato recibe un premio, que resulta ser más comida: una gran tableta de chocolate. La primera vez que asistí a una de esas cenas de Navidad, no supe qué pensar. Me parecía absurdo que seis personas inteligentes se dedicaran a aquellos rituales infantiles, pero al mismo tiempo la felicidad y solidaridad entre los seis participantes causaba impresión. En toda mi vida había visto una familia tan armoniosa, tan estrechamente entretrejida.

Con el paso de los años, el clan fue creciendo. Las hermanas se fueron casando y teniendo hijos, y cuando la familia alcanzó su mayor número de miembros (antes del fallecimiento del padre de Siri), había diecinueve personas sentadas en torno a la mesa de la cena de Navidad. La nueva generación ha abrazado la tradición con el mismo entusiasmo que los mayores, y ni un solo niño se ha quejado de comer lo mismo todos los años. La repetición del menú parece darles confianza, y con otra Navidad acechando en la próxima semana, confieso que yo mismo, el escéptico de entonces, estoy descuido que llegue ese día.

* * *

Gracias por las afectuosas palabras que dirigiste por correo electrónico a Siri sobre el ataque woodiano a mi obra, mi vida y todo lo que yo represente para él, sea lo que sea. No lo he leído. He dejado de leer críticas sobre mis libros, ya sean buenas o malas, pero otros me han contado lo suficiente como para que me sienta asaltado por un desconocido. Si te dan un puñetazo, te sientes impulsado a devolverlo. En esta situación, eso no está permitido —lo que es sumamente frustrante—, pero el escozor se ha atenuado con el paso del tiempo. Por lo demás, la respuesta de mi editora, Frances Coady, a quien conociste en Australia en 2008 (la mujer de Peter Carey), se ha mostrado uniformemente positiva y está a punto de reimprimir el libro por cuarta vez en seis semanas. Así que no debo quejarme, y menos por culpa de un individuo cuyo nombre sugiere que algún día lo devorarán las termitas. Con un sonoro jo, jo, jo,

Paul

Querido Paul:

La imagen que pintas de las comidas en la casa de los Hustvedt es muy interesante.

En la versión paradigmática de la mesa familiar parece haber tres fases. En la primera te gradúas de la infancia para obtener un sitio a la mesa, donde te pasas varios años observando con cautela cómo se comporta la gente mayor que tú. En la segunda te empiezas a rebelar contra el orden de la mesa, contra los «modales a la mesa», que ahora te parece que encarnan todo lo que tienen de falso y de hipócrita la sociedad y la familia en particular. Tu rebelión puede llegar al punto de que te lleves un plato de comida al dormitorio y te lo comas ahí, o bien cojas la comida directamente de la nevera. Luego, en la tercera fase —la fase que tú describes— vuelves a descubrir la mesa como lugar de integración, y hasta empiezas a defender los valores de la mesa en contra de sus miembros más jóvenes y rebeldes.

Lo que me interesa son las costumbres que se han desarrollado alrededor de la mesa. Así pues, pese al hecho de que la mesa es precisamente un lugar al que llevas tus apetitos animales para satisfacerlos, el protocolo dicta que hay que refrenar el apetito y —por lo menos formalmente— ceder el paso a los apetitos ajenos. («¡Por favor, después de ti!») Además, saciar los propios apetitos en silencio atenta contra los «buenos modales»: la mesa de la cena se convierte en una especie de cónclave donde se airean los asuntos familiares del tipo más superficial. En estas conversaciones familiares, la primera norma es que no hay que dar rienda suelta a las pasiones, por mucho que bullan bajo la superficie. (Esto es, por supuesto, lo que a los niños que se acercan a la edad de rebelarse les resulta más insufrible de las comidas familiares: lo que tienen de representación.)

Tal vez haya otra fase en el paradigma. Los hijos ya han abandonado el nido y el padre y la madre se han quedado solos a ambos lados de la mesa. ¿Acaso hablarán entre ellos (obedeciendo, sin embargo, la norma que prohíbe el habla apasionada) o bien incurrirán en un silencio que se irá extendiendo, y enquistando, año tras año?

Debería mencionar que yo también he sido objeto de las atenciones del crítico al que mencionas. Eso le deja a uno en una situación peculiar. Dejando de lado la cuestión de la animosidad por parte del crítico, puede que haya datos erróneos en la reseña, o malinterpretaciones elementales. ¿Tiene uno que reaccionar? ¿Tiene uno que escribirle una carta al director, o replicar a la crítica injusta? Al fin y al cabo, a los directores de periódicos les encanta esa clase de reacciones: no hay nada que les guste más a los lectores que una buena rencilla literaria en la sección de cartas.

El escritor sabio se andará con cuidado en este sentido. Ha de saber que mostrarse irritado, ya no digamos escandalizado o (¡Dios no lo quiera!) dolido será fatal: lo convertirá en el hazmerreír de todos. Sabiendo esto, el crítico se envalentona más. Se vuelve como ese niño que le tira guijarros al gorila del zoo, sabiendo que lo protegen los barrotes.

Muy cordialmente,

John

Querido John:

La otra semana, en la cena de Navidad, pregunté a los miembros más jóvenes de la familia (de siete, diez y quince años) si encontraban molesto el hecho de verse obligados a comer lo mismo todos los años —sin variación alguna— y todos contestaron que les encantaba, que la repetición era lo que hacía esa cena tan agradable y que todos los años la esperaban con gran entusiasmo.

El consuelo del ritual. Un rito en el que la religión no desempeña papel alguno. El consuelo de la liturgia familiar.

Siri, que hizo la cena en nuestra casa, se olvidó de preparar una de las tradicionales ofrendas: lombarda hervida, que, me atrevería a afirmar, nadie del clan Hustvedt come salvo en Navidad. Cuando al fin se notó la ausencia de ese plato, se oyó un lamento general en torno a la mesa. Siri se disculpó por su olvido y prometió estar más atenta al año que viene.

Parecería que hasta el último detalle tiene su importancia.

* * *

Críticos. Tienes razón: para un novelista sería fatal responder públicamente a una crítica malintencionada. En los últimos años, sin embargo, me he enterado de dos incidentes de ese tipo: ninguno de ellos consistente en un intercambio de cartas. El octogenario Norman Mailer dando un puñetazo en el estómago a un crítico por hacerle una crítica desfavorable.

Y Richard Ford escupiendo en la cara a un novelista más joven que había escrito un vomitivo artículo, de mala fe, sobre su último libro. Mis simpatías estaban con el que dio el puñetazo y con quien lanzó el escupitajo: probablemente porque tengo demasiados buenos modales para escupir o dar un puñetazo, por muchas ganas que haya tenido alguna vez de hacerlo.

Hace veinte años se me presentó la ocasión, pero fui incapaz de aprovecharla. Un crítico literario del *Los Ángeles Times* (que previamente había trabajado como crítico teatral en el *New York Times*) escribió una reseña sumamente hostil de *El palacio de la luna*. No simplemente una reseña negativa, sino una total y absoluta agresión. Más o menos un año después, el director de la sección de opinión del *New York Times* me encargó que escribiera un relato de Navidad: mi único encargo, mi único relato breve, que evolucionó y unos años después se convirtió en el film *Smoke*. Fue la primera obra de ficción que publicó el *Times* (sin contar, por supuesto, las noticias erróneas que han publicado), y el director estaba orgulloso de sí mismo por habersele ocurrido la idea, complacido por los resultados y los comentarios favorables de los lectores, de manera que me invitó a almorzar como forma de agradecer mis esfuerzos. Fuimos a un restaurante próximo al edificio del *Times*, un local frecuentado por empleados del periódico, y cuando acabamos de almorzar y nos disponíamos a marcharnos, vio al crítico del *L. A. Times*, su antiguo colega de Nueva York. «Mira —me dijo—, ahí está X. Vamos a acercarnos a saludarlo.» No tuve tiempo de advertirle que X había escrito una desagradable crítica de mi novela y que no tenía deseo alguno de conocerlo. Cuando el director de la sección de opinión le anunció mi nombre, vi que a X se le ponía la cara blanca, vi miedo en sus ojos. Tenía el aspecto de quien espera un puñetazo, y confieso que por un instante estuve tentado de

complacerlo. Pero solo por un momento. Me pareció mucho mejor hacer como si no tuviese idea de quién era, jamás hubiese escuchado su nombre, nunca hubiera leído la crítica, y por tanto le estreché cortésmente la mano y le dije que me alegraba de conocerlo. Pareció a la vez asombrado y aliviado —no iba a recibir un puñetazo, después de todo—, y en esos breves momentos tuve una extraña sensación de poder (que nunca había sentido antes, ni he sentido después), sabiendo que tenía control absoluto sobre el destino de aquel hombre, que estaba enteramente en mis manos. Me había comportado estupendamente, pensé, y salí del restaurante regodeándome en mi victoria moral.

Bueno, pues ahora no estoy tan seguro de que hiciera lo más conveniente. Pasaron años, muchos, y finalmente X volvió al *New York Times* para hacer alguna que otra crítica de libros. Como mencionaba en mi última carta, he dejado de leer críticas de mi obra, pero el año pasado (otoño de 2008) abrí mi ejemplar matinal del *Times* para leerlo mientras desayunaba, y allí, para mi sorpresa, había una crítica de *Un hombre en la oscuridad* firmada por X. Nadie me había advertido de que la crítica iba a publicarse aquel día en concreto, y con el artículo justo delante de mis ojos, mi determinación flaqueó, y lo leí a pesar de mí mismo. Otro virulento ataque a cargo del individuo a quien probablemente tendría que haber dado un puñetazo veinte años antes. Una frase se me ha quedado grabada y nunca se borrará de mi mente: «Paul Auster no cree en los valores tradicionales de la ficción». ¿Qué demonios significa eso? Suena a algo que diría un político de derechas en campaña electoral.

* * *

En alguna parte, de algún modo, he llegado a saber que nuestros cumpleaños caen dentro de la misma semana. El mío es el tres de febrero, y el tuyo, según creo, el nueve. Si no me equivoco, un hito importante acecha en tu inmediato futuro, y te envío mis mejores y más afectuosos deseos desde el otro lado de los mares.

Sospecho que no eres de los que dan mucha importancia a esas cosas, pero me pregunto si Dorothy te está arrastrando a una especie de celebración, o si dejarás que pase el día sin alboroto alguno. No se trata de una pregunta personal. Me interesa saber por qué algunos somos activos partidarios de celebraciones y rituales (p. ej., Siri y la Navidad), y otros no.

Hace unos días que hemos regresado de España y Francia, y más o menos nos hemos vuelto a adaptar al horario de Nueva York. Mucho frío allí, mucho frío aquí, y, según parece, mucho frío en Australia también. Ya estoy deseando que llegue la primavera. Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Sé que no eres un habitual de los salones literarios, pero sí que vives en una metrópoli cultural y por tanto estás condenado a cruzarte de vez en cuando con la gente que reseña tus libros. Yo, por otro lado, corro un riesgo muy pequeño de encontrarme con la clase de persona que se gana la vida diciendo cosas ingeniosas a expensas de los demás, y por consiguiente, a diferencia de ti, nunca he tenido que refrenarme de pegar un puñetazo a uno de ellos en la nariz.

Siendo tan susceptible como soy, al menos en mis asuntos cotidianos, siempre me ha desconcertado el hecho de no tomarme fatal las malas críticas. Me desconcierta ese hecho, pero no lo bastante como para hacerme indagar a qué se debe, no vaya a ser que de pronto pierda ese caparazón tan útil.

La incapacidad de molestarme por lo que dicen de mí los demás, y al contrario, la incapacidad de simpatizar del todo con la gente que se molesta, es, me temo, la debilidad fundamental del libro que publiqué en 1996 bajo el título *Contra la censura*. ¿Por qué se ofende la gente con los insultos a su religión (o a su país o a su raza o a sus criterios morales)?, me pregunto en él. ¿Por qué no se limitan a encogerse de hombros y seguir con su vida?

La respuesta que darían muchos de ellos (la mayoría) es: porque no puedo. Porque está siendo atacada la noción que tengo de mí mismo. Porque no ofenderme me dejaría con la sensación de estar siendo humillado.

Estoy seguro de que en casos excepcionales hay una pizca de verdad irreductible en una reacción como esta. Pero mi instinto, y mi preferencia, tanto ahora como cuando escribí *Contra la censura*, ha sido considerar que esa reacción es la tapadera de un impulso de respuesta que la parte ofendida casi nunca quiere confesar: el espíritu beligerante, las ganas de una buena trifulca.

Una razón que hace posible que no me haga mella lo que dicen los críticos es que jamás he tenido que depender de mis libros para ganarme la vida. Hasta que me retiré de la enseñanza, no hace mucho, tenía un sueldo académico que me daba para vivir holgadamente. Me podrían haber zurrado todos los críticos del planeta, las ventas de mis libros podrían haber caído hasta cero, y no me habría muerto de hambre. La parte más fea del mundo de las letras —las animadversiones, las lisonjas, las puñaladas por la espalda y esas cosas— vienen de una necesidad a veces desesperada de ganarse precariamente la vida.

En todo caso, felicidades por tu paciencia, y un abucheo para el crítico en cuestión por no aprender la nobleza de tu ejemplo.

Sí, ya he cumplido setenta años, gracias por tus felicitaciones. Cuando tenga un momento me miraré en el espejo para ver si he entrado en la sexta de las edades shakespearianas o bien, *horribile dictu*, en la séptima. Rezo porque no sea más que la sexta, la edad del blando pantalón con pantuflas, las espinillas descarnadas y la voz temblorosa, y no la última, el regreso a la infancia, sin dientes y etcétera.

Cordialmente,

John

Querido John:

Por motivos que no llego a entender del todo (posiblemente porque estás muy lejos y nuestros encuentros son muy infrecuentes), muchas veces me sorprendo queriendo *darle cosas*. El paquete de libros del mes pasado, por ejemplo, y ahora el DVD que te adjunto de la edición italiana de *Alcanzar las nubes*. El film trata del mismo hombre, Philippe Petit, cuyo libro traduje hace años y que te incluía en el paquete. El año pasado me entrevistaron para el DVD en el vestíbulo de un hotel de Milán, y ahora me han enviado diez ejemplares. Con nueve de sobra, uno de ellos es para ti.

No sé si ya habrás visto la película, que se estrenó en 2008 y causó cierta sensación (Premio de la Academia al mejor documental), pero si no la has visto, es muy posible que no tengas ni idea de quién es Philippe Petit. Muy famoso, es quien caminó por la cuerda floja entre las torres del World Trade Center en 1974.

Si ves la entrevista que hice para el DVD, te enterarás de mi relación con Philippe; de modo que no hay necesidad de que te lo repita ahora. También está el artículo que escribí en 1982 («On the High Wire», en *Collected Prose*), que debía servir de introducción al libro que traduje pero que —por motivos sumamente extraños y divertidos— no llegó a aparecer en el volumen.

El artículo menciona el nombre de Cyrus Vance, que ocupó el cargo de secretario de Estado con Jimmy Carter y que estuvo presente en una de las actuaciones de Philippe a la que yo asistí. Incluí a Vance como elemento retórico; para demostrar que caminar por la cuerda floja es un arte enteramente *democrático*, capaz de suscitar el interés de todo tipo de gente, desde niños pequeños a antiguos secretarios de Estado. Cuando enseñé el artículo a Philippe, sin embargo, me preguntó —primero— «¿Quién es Cyrus Vance?», y cuando se lo expliqué me contestó —segundo— que no quería nombres de políticos en su libro. Me quedé atónito. ¿No lo entiendes?, le dije. Lo he incluido para dar importancia a lo que haces. No, no, replicó Philippe, tienes que suprimir su nombre, no lo pienso consentir. Contrariado y furioso, le dije que era idiota, me negué a borrar el nombre, y retiré mi introducción.

Un pequeño pero desesperante ejemplo de la arrogancia de Philippe, de su presunción, de su decidida y devoradora vanidad. Aunque sin esa personalidad resulta inimaginable que hubiera intentado siquiera hacer lo que hizo. Afortunadamente, la pelea no duró mucho. Seguimos siendo amigos, y unos años después, cuando le encontré una editorial francesa para el mismo libro, estuvo encantado de que se incluyera mi introducción.

Todo esto es secundario, no el motivo de esta carta de hoy. Me interesa mucho más lo que hace Philippe; sobre todo los tres paseos documentados en la película: Nôtre Dame de París, el Harbour Bridge de Sydney, y el World Trade Center. No sé cuál será (o habrá sido) tu reacción ante esas proezas, pero para mí se encuentran entre los logros más extraordinariamente bellos y emocionantes que he presenciado jamás, unos actos de una grandeza tan pasmosa que tiemblo cada vez que pienso en ellos.

En una de tus cartas anteriores hablabas de ver a Federer jugar al tenis: «Acabo de ver algo que es al mismo tiempo humano y más que humano; acabo de ver algo que viene a ser el ideal humano materializado». Luego, un par de párrafos más abajo, refiriéndote a obras maestras del arte: «Pero

estaban hechas por un hombre... como yo; ¡qué honor pertenecer a la especie de la que ese hombre es representante!».

Las hazañas de Philippe me han inspirado esa misma clase de respeto reverencial, y el mismo orgullo de pertenecer a la raza humana.

La cuestión que quiero plantear es por qué.

Estrictamente hablando, lo que hace no es arte, ¿verdad? Tampoco entra en el ámbito de lo deportivo. Desde cierto punto de vista, supongo que podría clasificarse como un acto de locura. Después de todo, ¿por qué arriesgar la vida por algo que en el fondo es absolutamente inútil..., un gesto sin sentido? Y sin embargo, tal como explico en la entrevista del DVD, al ver el metraje del paseo de Nôtre Dame, los ojos se me llenan de lágrimas cuando Philippe empieza a hacer malabarismos con los bolos de madera mientras avanza por la cuerda. Era tan inverosímil, tan absolutamente demencial, estaba tan lejos de lo que por lo general cabe esperar de un ser humano, que algo se quebró en mi interior.

Durante años he venido dando vueltas a una idea para un documental (algo que no haré nunca) titulado *El arte de lo inútil*. Empezaría con un maestro ebanista trabajando en la construcción de un elaborado aparador (artesanía utilitaria) intercalada con imágenes de chicas jóvenes en una clase de ballet esforzándose por perfeccionar su arte (la búsqueda de la belleza, que es fundamentalmente inútil, puesto que no sirve para fines prácticos) para a continuación pasar a entrevistas y actuaciones de diversos profesionales de actividades «artísticas» olvidadas e infravaloradas: Philippe y la cuerda floja, Ricky Jay, artista de la prestidigitación y de la magia «de cerca», y Art Spiegelman, el dibujante que convirtió el tebeo en literatura seria; en otras palabras, artes generalmente asociadas a niños y parques de atracciones, y sin embargo, en el caso de esos tres hombres, practicadas con tal rigor, inteligencia y originalidad que esas formas populares se elevan a unas cotas de gran refinamiento. Hace muchos años que los conozco a los tres, y tienen bastantes rasgos en común: monomanía, disciplina feroz, sentido de perspectiva histórica (cada uno de ellos es un coleccionista obsesivo de material relacionado con su arte), y la capacidad de escribir bien. (Señalaría la historia de la magia de Ricky, *Learned Pigs & Fireproof Women*, como un ejemplo digno de admiración.)

El propósito es, supongo, que actuando al margen de las artes tradicionales (literatura, teatro, música, pintura) puede llegarse a una mejor comprensión del impulso estético en los seres humanos, que el mejor argumento en favor de la importancia del arte radica precisamente en su inutilidad, que somos más profunda y convincentemente humanos cuando hacemos algo por el puro placer de hacerlo: aunque requiera innumerables años de arduo trabajo y entrenamiento (las jóvenes bailarinas) y aun cuando el placer pueda entrañar espantosos riesgos (la cuerda floja)...

Dicho todo esto, espero que disfrutes de la película si todavía no la has visto.

En lo que se refiere a tu carta: no veo ningún fallo en el meollo de *Contra la censura*, que considero un libro excelente, y dudo que el motivo por el que te resbalan las críticas tenga algo que ver con el hecho de que te ganaras la vida como profesor. Crees en tu obra, eso es todo. Crees en ella y sabes que es buena.

Hace unos meses, nos preguntábamos por qué no se habían inventado deportes nuevos en los últimos decenios. Tras echar un par de miraditas a los juegos olímpicos de invierno, creo que quizá desorbitamos un poco la cuestión. ¡Skicross! ¡Snowboarding! ¡Mujeres dando volteretas en el aire

con esquíes plantados en los pies!

Se me puso el corazón en la garganta.

Muchos recuerdos,

Paul

PD: A raíz de la publicación alemana de *La mujer temblorosa* el mes pasado, han invitado a Siri a dar la conferencia anual de la Fundación Freud en Viena. Imagínate. ¿Cómo no estar orgulloso de ella?

Querido Paul:

Muchas gracias por el DVD de Philippe Petit, que viene con el extra de una entrevista filmada contigo. La entrevista me ha encantado. Ha supuesto para mí el placer de que visites nuestra sala de estar y de oír las envidiablemente meditadas y bien formadas frases que pronuncias. También la admirable generosidad con que tratas a Petit, que a mí, mucho me temo, me parece un personaje bastante engreído. Pero tal vez sea necesario ser un engreído, o por lo menos jamás ponerse en duda a uno mismo, si lo que se quiere es prosperar en el funambulismo o en cualquier otro oficio que requiera la absorción del yo mental por parte del yo físico, una absorción que en nada se distingue — tal como tú señalas en la entrevista— de la concentración intelectual.

La película en sí me ha parecido mal planteada. Los únicos momentos que salvo son las fotografías de Petit en la cuerda floja, tomadas desde tan lejos que el cable no se ve y parece que esté de pie en el vacío. El resto de la película consiste demasiado en Petit promocionándose a sí mismo, contándonos lo «imposibles» que son las hazañas que está a punto de llevar a cabo, aunque ya sabemos que imposibles no eran, porque él las llevó a cabo. También se podrían haber quitado todas las tediosas narraciones de cómo él y sus amigos eludían las patrullas de vigilancia.

Se me ocurre una historia de funambulismo mejor que la que encarna Petit, una historia que podría haber esbozado Kafka en su primera época para descartarla a continuación. Un joven se sube a la cuerda floja por encima de un abismo. No se cae, sino que regresa sano y salvo, pero nunca regresa a la cuerda floja y jamás vuelve a hablar del tema, aunque sus amigos recuerdan su gesta y la comentan a menudo entre ellos. El joven sigue con su vida y se acaba casando, teniendo hijos y prosperando en todos los sentidos externos. Sin embargo, nunca vuelve a ser el que era: sus amigos lo saben y él también. Es como si hubiera conocido a alguien o algo en el vacío, durante el breve tiempo que pasó allí: un mero intercambio de miradas, un reconocimiento, y todo cambió.

Supongo que lo que yo quiero no es al Philippe Petit real sino a un funambulista que esté abierto a lo metafísico. Aunque tal vez estar abierto a lo metafísico sea incompatible con tener una fe inquebrantable en que no te vas a caer.

Lo cual me lleva a un comentario que hiciste en tu última carta, en el que decías que, en tanto que escritor, da la impresión de que yo tengo una sólida fe en lo que hago. (Estabas contestando a mi comentario de que, por mucho que cueste de creer, no me molestó cuando los críticos me dan una tunda.)

Creo que por una vez te equivocas sobre mí. Yo no tengo mucha fe en lo que hago. Para ser más preciso, tengo la fe justa para poder escribir: la fe justa o tal vez la esperanza justa, una esperanza ciega o deslumbrada, en que si le dedico suficiente tiempo y atención al proyecto que tengo entre manos, «funcionará», no será un fracaso palpable. Pero esa fe o esa esperanza solo llegan hasta ahí. No tengo demasiada fe en que mi obra perdure. «Ni el mármol ni los monumentos dorados / de los príncipes sobrevivirán a esta poderosa rima»: así es como suena la esperanza verdadera. Yo no me puedo hacer eco de ella.

Cambiando de tema, he estado revisando algunos comentarios que te hice hace tiempo sobre la llamada crisis financiera global, en los que te decía que no parecía una crisis real, sino lo contrario:

un ejemplo clásico de gente sentada en la caverna de Platón, mirando sombras (en las pantallas de sus ordenadores) que ellos confundían con la realidad. Y te sugería que si nos limitáramos a reiniciar los números, la «crisis» se terminaría.

Se puede plantear la objeción de que esta receta mía se parece mucho a decir que si borramos el contenido de la memoria de todo el mundo y la reemplazamos por un conjunto nuevo de recuerdos, lo que estaríamos haciendo es crear una realidad nueva. Lo que ambas recetas pasan por alto, podría continuar la objeción, es que los recuerdos no son simples configuraciones bioquímicas del cerebro (ni tampoco configuraciones de bits en un ordenador), sino rastros de cosas que sucedieron realmente en un pasado real. Hasta las cifras de los bancos de pantallas de la bolsa de valores tienen tras sí una historia de la que no se pueden separar, lo que podríamos llamar la memoria histórica de la economía. En otras palabras, la solución radical-idealista del problema de cómo fabricar un futuro mejor (reemplazando el pasado por un pasado mejor) no es más ingenua que la solución radical-idealista a la crisis financiera: reemplazar las cifras malas por otras buenas.

Para mí (saltándome varios pasos de la argumentación), la cuestión se reduce a cómo de en serio debemos tomarnos a Jorge Luis Borges. Borges plantea la irrupción en nuestra historia (es decir, en el corpus de memoria histórica que compartimos en un sentido amplio) de una enciclopedia que, cuando se complete, tendrá la posibilidad de suplantar el viejo pasado con un nuevo pasado y por consiguiente un nuevo presente, dotado de potencial para rehacernos. ¿Acaso hay que disfrutar de la fábula de Borges como un simple *jeu d'esprit* filosófico pero no hay que tomarla en serio?, ¿o bien Borges está lanzando una idea provista de verdadera profundidad filosófica? A mí me gustaría pensar esto último.

Aplicada a la crisis financiera, la propuesta de Borges me parece por lo menos factible, en teoría. Comparadas con el peso y la densidad de la historia humana, las cifras de las pantallas de ordenador no me llegan dejando tras sí demasiada estela de carga histórica; por lo menos no tanta como para que no pudiéramos, si quisiéramos de verdad, aceptar librarnos de ellas y empezar de nuevo con unos números nuevos.

El quid de la cuestión es si realmente queremos un régimen numérico nuevo, si somos capaces de ponernos de acuerdo en un nuevo conjunto de números. Las cifras en sí no ofrecen resistencia: la resistencia está en nosotros. Así pues, si nos miramos hoy día a nosotros mismos, vemos justamente lo que cabría esperar: que nosotros, «el mundo», preferimos vivir en la miseria de la realidad que hemos creado (la realidad completamente artificial de la crisis) antes que organizar una nueva realidad negociada.

Cordialmente,

John

Querido John:

Acabo de volver de otro breve viaje... para encontrarme con que tu nuevo fax me estaba esperando. Me alegro mucho de que te gustara la entrevista filmada (que se realizó en un espacio bastante reducido y en muy poco tiempo), y sí, aunque los términos que hemos utilizado sean diferentes —mi «arrogante» en contraposición a tu «engreído»—, no hay duda de que Philippe es de armas tomar. Supongo que eso se da por sentado. Y sin embargo, su misma falta de humildad es, creo yo, lo que le hace tan interesante para mí. Comprendo tus reservas sobre la película, pero las imágenes de ese hombrecillo andando solo por la cuerda floja son inolvidables, y también me gustaron mucho las viejas secuencias de los primeros setenta en las que Philippe y sus amigos hacen piruetas en la campaña francesa mientras él se prepara para el gran paseo. Un conmovedor atisbo del atolondramiento y la energía de la juventud, que me sugiere las tomas eliminadas de una película de Truffaut que jamás se filmó. En cuanto a las entrevistas, verdaderamente se muestra más tranquilo y encantador en persona. Me di cuenta de que se ponía muy tenso al hablar delante de una cámara, resuelto a ofrecer «una buena actuación» al director.

Disculpa si crees que te he juzgado mal. Supongo que mis observaciones eran un reflejo de mi ilimitada fe en tu obra. Por supuesto que vives con dudas, inseguridad y la creencia de que tus libros no perdurarán. Igual que yo. Como todo escritor, cabría añadir, que no esté rematadamente loco. Es un estado interior, que no tiene nada que ver con las cosas buenas o malas que los críticos pudieran decir sobre nosotros, pues siempre parecen expresar alabanzas por motivos caprichosos, lo mismo que condenan por razones infundadas, lo que los descalifica para formular consideraciones serias como árbitros del mérito literario. Todo autor se juzga a sí mismo —con severidad la mayoría de las veces—, lo que probablemente es la causa de que los escritores sigan escribiendo: con la vana esperanza de que lo harán mejor la próxima vez. Pero solo porque tú (J. C.) vives en la duda sobre ti mismo, no significa que yo, como lector tuyo desde hace muchos años, haya de tener duda alguna acerca de tu obra. En cuanto a reacción personal ante las críticas, podría ser una simple cuestión de carácter: los insensibles frente a los sensibles. Puede que tú seas insensible; al menos en lo que respecta a las observaciones de gente desconocida. Yo no me describiría como sensible; pero sí lo bastante como para alegrarme de mi decisión de no leer críticas nunca más.

(Últimas noticias. Acabo de hablar por teléfono con Paola Novarese de Einaudi y tengo que pasarte dos informaciones de última hora. Primera: parece que los dos hemos sido víctimas de una patraña periodística. A lo largo de los últimos años, un tal Tommaso Debenedetti ha venido publicando falsas entrevistas con escritores en diversos periódicos —más de veinte, por lo visto, puede que más—, incluida una contigo que se remonta a 2003 y otra conmigo en fecha tan reciente como enero del presente año. Un escándalo en marcha. Estoy más confuso que enfadado. ¿Por qué se tomaría alguien la molestia de inventar encuentros con escritores, que, como sabemos, son la gente menos importante del mundo? Segunda: en junio estaremos los dos en Italia al mismo tiempo. Siri y yo hemos aceptado dar una charla conjunta en un pequeño festival Mondadori/Einaudi en la Toscana. Una hora de desasosiego a cambio de cuatro días de vacaciones en la región después. Según Paola, tú harás algo en Génova ese mismo fin de semana (12-13). Sería ridículo no hacer un esfuerzo para vernos en ese tiempo, aunque signifique pasar un par de días más en Italia antes de tomar el avión de vuelta a casa.

Estaríamos más que dispuestos a desplazarnos e ir a buscaros si hay posibilidad de reunirnos. ¿Te acompañará Dorothy? Dime qué te parece. Seguro que los de Einaudi estarán encantados de ayudarnos con los preparativos.)

Reflexionando sobre tus comentarios acerca de la crisis económica, Borges y nuevos paradigmas, me llamó mucho la atención la observación final de que «... preferiríamos soportar la miseria de la realidad que hemos creado... antes que organizar una nueva realidad negociada». Lo que se aplica no solo a la economía, sino a la política y a casi todos los problemas sociales que afrontamos. Al azar, permíteme exponer tres ejemplos entre los centenares, sino miles, de problemas de que está plagado el mundo.

1. El conflicto de Oriente Próximo. Se respalde o no el sionismo, se crea o no en la lógica de un Estado laico fundado por los miembros de una sola religión, Israel es un hecho, y su destrucción causaría un daño irreparable a casi todos los habitantes del planeta. La Tercera Guerra Mundial, un sinnúmero de muertos, desastre incalculable. Por otro lado, pese a la histórica relación del pueblo judío con la región, los vecinos árabes de Israel consideran el Estado judío como un cáncer, y desde 1948 han mostrado una implacable determinación de borrarlo del mapa. Hubo un momento (antes del asesinato de Rabin, antes de los atentados del 11 de septiembre y el auge del islam militante) en que sentí cierto optimismo cauteloso sobre la posibilidad de una solución de dos Estados. Ahora ha desaparecido esa esperanza, y cuando considero que el conflicto ya dura el tiempo equivalente al de *mi vida entera*, creo que va siendo hora de pensar en soluciones radicales y hasta el momento inimaginables. A lo largo de los años se me han ido ocurriendo diversas ideas quijotescas, pero creo que mi último plan es el mejor. Evacuar a toda la población israelí y darle el estado de Wyoming. Es un territorio inmenso y escasamente poblado, y en interés de la paz mundial, el Gobierno estadounidense podría simplemente comprar ranchos y granjas y reasentar a la población de Wyoming en otros estados de la región. ¿Por qué no? La mayor amenaza para la humanidad quedaría eliminada, Dick Cheney se convertiría en un sin techo, y en poco tiempo los israelíes habrían establecido un país próspero. Una solución totalmente racional, me parece a mí, que sin embargo nunca se pondrá en práctica, como es natural. ¿Por qué? Porque, para emplear tus términos, «... preferiríamos soportar la miseria de la realidad que hemos creado».

2. El fallo fundamental de la constitución norteamericana. Estados Unidos afirma ser una democracia (regla de la mayoría) pero en realidad es un país regido por unos pocos. No me refiero a grandes empresas, intereses creados y la élite económica, hablo del sistema federal en sí mismo, del hecho de que cada uno de los cincuenta estados tiene dos senadores, lo que significa que el poco poblado Wyoming (medio millón de habitantes, aproximadamente) tiene la misma voz en el país que la superpoblada California (más de treinta millones de personas). Injusto y antidemocrático, lo que significa que tenemos un gobierno que no expresa la voluntad de sus ciudadanos. Hay razones históricas para ese fallo (el compromiso del decenio de 1780, que unió a los trece estados originales en un solo país), pero eso no fue buena idea, y ahora, más de dos siglos después, amenaza con desgarrarnos. ¿Cómo cambiar el sistema? Solo mediante votación en el Congreso, lo que exigiría a los senadores de los estados pequeños a votar su propia salida del poder, a erradicarse a sí mismos. Pero ¿cuándo ha votado un político su propia salida del poder? Y por tanto seguimos viviendo en la miseria que hemos creado.

3. La crisis en el sistema educativo norteamericano. Todo el mundo reconoce el problema, todos sabemos que la mayoría de nuestros estudiantes fracasa, todo el mundo entiende que una población

culta es la única esperanza para el futuro de la democracia (aunque no seamos, estrictamente hablando, una democracia), y sin embargo cada reforma solo sirve para empeorar las cosas. Mi solución: mejor profesorado. ¿Cómo conseguir mejores profesores? Pagándoles el mismo sueldo que a los abogados, médicos y directivos de bancos de inversiones, y enseguida los escolares más brillantes optarán por una carrera en la enseñanza. Se podría financiar fácilmente suprimiendo una cantidad X de inútiles proyectos armamentistas, reduciendo el presupuesto militar, pero eso nunca se hará, al menos en un mundo que se parezca a este en el que hoy vivimos. Y así seguimos revolcándonos en nuestra miseria.

No sé con qué dureza habrá golpeado la crisis a Australia, pero aquí sus efectos están siendo devastadores. No es exactamente la Gran Depresión a ultranza para la que nos preparábamos hace dieciocho meses, pero igualmente aterradora, horrorosa para las innumerables personas castigadas por ella. Pérdida de empleo, del hogar, desintegración de ciudades y comunidades enteras. Al igual que en los derrumbes económicos del pasado, todas las burbujas que han estallado desde los albores del capitalismo, creo que la causa ha sido la ceguera histórica, la ignorante creencia de que lo que sube jamás bajará, por muchas veces que la dinámica arriba-abajo se haya manifestado en el pasado. En el presente caso, la errónea suposición de que el precio de la vivienda continuaría creciendo para siempre. Por tanto, había que vender casas a personas sin medios para pagarlas, porque al final ellas también saldrían ganando. Y luego, aún peor, agrupar esas hipotecas frágiles e insostenibles en garantías (gran palabra: garantías), porque todo el mundo está destinado a ganar en un mundo en que todo sube y nada baja. Presuntos sabios suscribieron esa idiotez, y fíjate ahora. Lo que da más miedo —al menos aquí— es que en el mundo financiero nadie parece escarmentado.

He estado leyendo a Kleist últimamente, en particular sus cuentos y su correspondencia. Recuerdo la profunda impresión que me causó cuando lo leí por primera vez a los veintipocos años, pero ahora me deja abrumado. Sus frases son extraordinarias: pensamientos como hachazos, una implacable rapidez narrativa, un sentido de lo inevitable que te deja hecho polvo. No me extraña que le gustara tanto a Kafka...

Dime qué planes tenéis para Italia en junio. Siri y yo nos alegraríamos de volver a veros. Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Gracias por tu carta del 7 de abril. He estado en contacto con la gente de Einaudi y espero veros a ti y a Siri en junio en Pietrasanta.

Desde que me escribiste se han producido novedades en el caso Debenedetti, tal como estoy seguro de que sabrás. Resulta que tú y yo no somos más que dos de sus muchas víctimas. Yo apenas entiendo italiano, pero echando un vistazo a la entrevista inventada que me hizo deduzco que me usa como portavoz de ciertas ideas que tiene él sobre África y Sudáfrica, de la misma manera que usa a Philip Roth como portavoz de sus ideas sobre Barack Obama.

No he conseguido encontrar su entrevista contigo.

Si este es su *modus operandi*, entonces su meta global parece ser reunir a una hueste de celebridades literarias para promover la visión Debenedetti del mundo.

Vivimos en una época en la que solo las leyes contra el libelo impiden a aspirantes a escritores como Debenedetti convertirnos a nosotros —y aquí «nosotros» se refiere a cualquiera cuyo nombre sea más o menos conocido— en personajes de sus ficciones, haciéndonos articular sentimientos y llevar a cabo acciones que nos pueden hacer gracia, molestar, ofender, repeler o hasta horrorizar. Si florecen proyectos como el suyo, entonces las seudoidentidades que esos tipos han creado para nosotros, con sus opiniones felizmente simplistas, acabarán imponiéndose en la conciencia del público, mientras que nuestras identidades «reales» y nuestras opiniones «verdaderas» (y tediosamente embarulladas) solo las conocerán unos cuantos amigos. El triunfo de los simulacros.

Sacas el tema de Israel. A mí me cuesta mucho hablar de Israel, pero si a ti no te importa, intentaré poner un poco de orden en mis confusos pensamientos.

Sigo las noticias de Israel/Palestina con tales sentimientos de consternación y desagrado que a veces me cuesta horrores no emitir una maldición sobre ambas estirpes y largarme a otro lado. Sobre los palestinos se ha cometido una enorme injusticia, eso lo reconocemos todos. Se les ha hecho pagar las consecuencias de lo que sucedió en Europa, algo que no era culpa de ellos para nada, y que —tal como tú señalas en tu fantasía de un Wyoming para los judíos— se podría haber resuelto de otra media docena de maneras que no habrían requerido expulsar de su tierra a los palestinos.

Pero lo hecho, hecho está, y no se puede deshacer. Israel existe y va a existir durante mucho tiempo. Sé que a los políticos israelíes les gusta conjurar imágenes de ejércitos árabes apelotonándose en sus fronteras, matando a los hombres, violando a las mujeres y orinando sobre el arca del templo, pero lo cierto es que en medio siglo de intentarlo, los árabes no han recuperado ni un metro cuadrado de tierra palestina, y no hay observador desinteresado alguno que crea que les vaya a ir mejor en absoluto si vuelven a intentar otra invasión.

La derrota es algo que existe, y los palestinos han sido derrotados. Por amargo que sea ese destino, tienen que aceptarlo, llamarlo por su nombre y tragárselo. Tienen que aceptar la derrota y aceptarla de forma constructiva. La vía alternativa y no constructiva es seguir alimentándose de sueños revanchistas en que todas las injusticias son reparadas de forma milagrosa. Si quieren ver una forma constructiva de aceptar la derrota, que miren a Alemania después de 1945.

A esos que yo llamo sueños de venganza final, los palestinos los deben de llamar sueños de justicia final. Pero la derrota no tiene que ver con la justicia, tiene que ver con la fuerza, la fuerza mayor. Mientras los israelíes puedan ver que bajo la superficie de las peticiones palestinas de justicia sigue bullendo el sueño de que se vuelvan las tornas, continuarán mostrándose ambivalentes, o ni siquiera ambivalentes, ante los asentamientos negociados.

Lo que necesitan los palestinos es que alguien lo bastante grande diga: «Nosotros hemos perdido y ellos han ganado, dejemos las armas y negociemos los mejores términos de rendición que podamos, teniendo en cuenta, por si sirve de consuelo, que el mundo entero está mirando». En otras palabras, necesitan a un gran hombre, un hombre con visión y coraje, que surja de entre ellos y ocupe la palestra. Por desgracia, en términos de visión y coraje, los líderes que han salido hasta ahora de entre los palestinos me parecen enanos. Y si por casualidad saliera de allí un salvador, yo imagino que muy pronto se lo cargarían de un tiro.

Tal vez haya llegado el momento de que cojan las riendas las mujeres de Palestina.

Después de decir lo que he dicho de los palestinos, debo continuar diciendo que hay algo tan asqueroso en la manera en que se han comportado los sucesivos gobiernos israelíes —gobiernos elegidos democráticamente, operando bajo una constitución espantosa que solo se podrá cambiar por medio de acciones extraconstitucionales— que a uno se le revuelve el estómago. Solo hay una palabra que describa lo que se ha hecho últimamente en Líbano y Gaza, y esa palabra es *schrecklich*. *Schrecklichkeit*: una palabra fea y dura, una palabra hitleriana que describe una forma asquerosa, dura e inclemente de tratar a la gente. Para cualquiera que se sienta inclinado a adoptar esa idea esencialmente progresista de que la historia de la humanidad enseña lecciones a las que tenemos que hacer caso si queremos convertirnos en mejores personas, la cuestión a la que hemos de atender es: ¿qué clase de lección le ha enseñado la Historia a Israel?

Yo he vivido la mayor parte de mi vida en Sudáfrica, donde había muchos blancos que hablaban de los negros con la misma gama de actitudes que van de la condescendencia amistosa al puro desprecio y el odio visceral que uno oye en boca de ciertos israelíes —muchísimos israelíes— cuando hablan de los árabes. Hay israelíes «buenos» (yo he conocido a muchos, son la sal de la tierra), igual que había blancos «buenos» en la Sudáfrica de antaño. Sin embargo, aquí no se esconde ninguna lección reconfortante. Si se derrotó a los sudafricanos blancos «malos» no fue porque los blancos «buenos» los convencieran de que se estaban portando mal y los llevaran a arrepentirse. Si alguna vez se derrota a los israelíes «malos» no será porque los israelíes «buenos» les hagan avergonzarse. Será por razones del todo distintas y que todavía nos resultan invisibles.

Debido a que a mí se me considera de izquierdas, se me pide a menudo que firme peticiones en defensa de los palestinos y que apoye en general su causa. A veces hago lo que me piden y a veces no; la decisión siempre me requiere cierta introspección. En este sentido estoy seguro de no ser el único. Igual que muchos otros intelectuales de Occidente, incluyendo a muchos intelectuales no judíos de Occidente, tengo los sentimientos divididos sobre Israel y Palestina.

Es por dos razones en particular que tengo esos sentimientos divididos. La primera es que el elemento judío de la cultura occidental ha tenido un efecto formativo en mí. Yo no sería el que soy sin Freud o Kafka, por no hablar de ese profeta judío aberrante que fue Jesús de Nazaret. En cambio, la cultura árabe y el pensamiento religioso musulmán no han tenido influencia alguna en mí.

Por supuesto, Freud y Kafka no significan nada para Benjamin Netanyahu, que no es el heredero de lo

mejor del pasado judío, sino de lo peor. No tengo reparos en ansiar fervientemente la caída de Netanyahu y su cohorte, y la llegada de un nuevo líder que tenga arrestos para plantar cara a la derecha judía.

Pero hay una segunda consideración. Tengo amigos judíos para los que el destino del Estado de Israel es muy importante. Si he de elegir entre mis amigos y el principio de la justicia histórica, me temo que elijo a mis amigos; no solo porque sean mis amigos, sino porque creo que su compromiso con Israel (que no implica necesariamente el apoyo a ningún gobierno israelí en particular) está muy meditado y es muy hondo y en ciertos momentos conlleva una gran angustia. Yo no comparto ese compromiso, pero con la amistad pasa lo mismo que con el amor, donde la amada tiene razón aun cuando está equivocada.

En cuanto a Kleist, estoy de acuerdo con todo lo que dices. Leer una página de Kleist es enfrentarte al hecho de que existe una Primera División de escritores, que tiene muy pocos miembros y en la que se juega a algo muy distinto a lo que se juega en la mucho más cómoda Segunda División a la que estamos acostumbrados: un juego mucho más difícil, más rápido, más inteligente y donde hay mucho más en liza.

(Por cierto, hace poco volví a ver la adaptación que hizo Rohmer de *La marquesa de O.* de Kleist. Esa película me parece un tributo por parte de la civilización —Rohmer tenía una sensibilidad tan civilizada que me sorprende que pudiera progresar en el mundo del cine— al misterio de la genialidad.)

Cordialmente,

John

Querido John:

Siento mucho que el fax estuviera desenchufado. Estamos arreglando los escalones de entrada a la casa, y por lo visto uno de los obreros utilizó la toma de corriente para una herramienta eléctrica y luego se olvidó de volver a conectarlo en su sitio. Entonces, cuando ayer llegó tu carta, descubrí que el cartucho de tinta casi se había acabado. Las dos primeras páginas están perfectamente claras, pero hay zonas borrosas en las páginas 3 y 4. Creo que he logrado descifrar todo lo que escribiste, pero solo para asegurarme, me pregunto si podrías volver a enviarme esas páginas cuando tengas tiempo.

Ni que decir tiene, Siri y yo estamos encantados de que nuestros caminos se crucen en junio. Si no me equivoco, será nuestro quinto encuentro en aproximadamente dos años y medio. No está mal si se considera la distancia entre Adelaida y Nueva York. Además (y esto debe de ser un récord de alguna clase), cada reunión se ha producido en un país diferente. Australia, Francia, Portugal, Estados Unidos, y ahora Italia.

En cuanto al asunto Debenedetti, no, no he seguido las últimas novedades. ¿Hay un sitio en internet que dé nueva información? Sería curioso echar una mirada. La falsa entrevista conmigo se publicó en un periódico llamado (creo) *Il Nazionale*. Por lo visto, presentó una segunda entrevista en otro sitio, pero el director desconfió y se negó a publicarla. Eché una ojeada a la que se publicó, y cuando vi que me ponía a comparar la ciudad de Nueva York con una mujer, supe sin ningún género de duda que era inventada. He dicho muchas estupideces en mi vida, pero ninguna de ese calibre.

Por razones que tienen todo que ver con el motivo por el que nos hemos estado escribiendo, por el que seguimos en ello, me animó tu respuesta a mis comentarios sobre Kleist. Sí. Y sí. Y sí a todo lo que has añadido.

Resulta que Siri y yo nos vamos a Jerusalén el 30 de abril para pasar allí ocho o nueve días. Así que tus observaciones sobre Israel llegan en el momento justo. (Te adjunto un artículo del *New York Times* de esta mañana, leído mientras desayunaba hace una hora. No es muy profundo que digamos, pero parece captar algo de lo que allí pasa; junto con las deprimentes y lamentablemente exactas palabras: «la menguante izquierda política».)

Hablas de *pensamientos confusos*. Dado lo embrollada que está la situación, lo enredada que ha estado siempre, no veo qué otra clase de pensamientos sea posible. Mi jocosa solución de repatriar a los israelíes a Wyoming es otro ejemplo de idea confusa; y también una expresión de absoluta desesperación, la convicción de que las dos partes nunca llegarán a entenderse. Como ha dicho Amos Oz: «Haz la paz, no el amor». Pero ni siquiera eso parece ya posible.

Confusos, y también, como dices, *divididos*. Incluso yo, judío nacido un año después de la fundación del Estado de Israel, me encuentro tan dividido como tú.

Todos sabemos por qué se creó Israel, todos podemos imaginar (o recordar) fácilmente el clima inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial y comprender por qué muchos creían necesario un Estado judío. Pero eso no significa que fuera buena idea. Lamentablemente, no hay vuelta atrás, lo hecho, hecho está y no puede deshacerse.

No cabe duda de que ambas partes se han comportado mal. La expansión israelí en la Orilla Oeste a

raíz de la guerra de 1967 ha creado una situación intolerable, que con el paso de los años solo parece volverse aún más insoportable. El sufrimiento y la degradación de los palestinos es una atrocidad. Y mientras la derecha se hace cada vez más fuerte en Israel, lo que más me indigna es que muchos de los colonos son *norteamericanos*: jóvenes en su mayor parte, judíos ortodoxos, fanáticamente religiosos y procedentes de Brooklyn, que se han trasladado allí para vivir la fantasía de indios y vaqueros de su infancia. Son gente enloquecida, más allá del influjo de la razón, y su presencia misma entra en absoluta contradicción con la clase de país que Israel tenía que ser cuando se fundó: laico, socialista, tolerante.

Hace años que vengo diciendo más o menos lo mismo que expones en tu carta sobre el liderazgo palestino. Si, en lugar de Arafat, hubiera formulado el discurso político un Gandhi de Oriente Próximo, estoy convencido de que los palestinos habrían tenido un país propio desde hace veinte o treinta años. Luego está, también, la repulsiva hipocresía de los países árabes circundantes, tan ricos por sus rentas del petróleo que fácilmente podrían haber enviado astronómicas sumas de dinero para contribuir a la construcción de una sociedad viable y próspera en el territorio. Pero se mantienen al margen y no hacen nada, prefiriendo dejar que el sufrimiento de los palestinos sirva de instrumento de propaganda contra Israel.

Debido a mis embrolladas ideas, a mis sentimientos confusos, me resistí a ir a Israel hasta casi cumplidos los cincuenta. Entonces recibí una invitación de la Jerusalem Foundation (dirigida por Teddy Kollek) para pasar tres o cuatro semanas como «escritor residente» en el Mishkenot Sha'ananim, y decidí aceptar. Así que para allá fui, con Siri y Sophie, que tenía nueve años, en enero de 1997. El espantoso Netanyahu era primer ministro, y como di una entrevista en la que le llamaba «estúpido y funesto», me vi atacado con bastante dureza por la prensa derechista, en particular el *The Jerusalem Post*. Pero no importa. Sigo manteniendo lo que dije, y lo cierto es que durante nuestra visita solo encontramos la clase de gente que tú llamarías «buenos israelíes», y sí, nos parecieron la sal de la tierra, personas sumamente receptivas, amables, simpáticas.

No obstante, la impresión que me llevé fue que la mayor amenaza para Israel no eran los palestinos, sino los propios israelíes, que el país estaba tan dividido (unos catorce meses después del asesinato de Rabin) que había posibilidad de guerra civil. Ahora, según me dicen, una sensación de apatía general se ha instalado entre la población, casi todo el mundo está harto de política, y los jóvenes se muestran totalmente indiferentes. Dentro de poco más de una semana, tendré ocasión de juzgar por mí mismo.

Continuará...

Muchos recuerdos,

Paul

Querido John:

Hemos vuelto de la Tierra del Suplicio. Todos los temores que albergaba sobre volver a Israel al cabo de trece años se han confirmado por lo que he visto, oído y sentido en ese país. Por mala que fuese la situación en 1997, ahora es mucho peor. Los «buenos israelíes» (como los denominabas en tu última carta) viven en un estado de desesperación. Los otros están encerrados en un feroz y contumaz rechazo.

La tragedia es tanto más terrible en cuanto que se desarrolla en una de las ciudades más bellas de la tierra. Jerusalén en flor, a la luz de mayo, con la gravedad de las piedras, colores resplandecientes por todas partes. Y sin embargo, bajo todo ello, locura y odio, la muerte de la esperanza. Tal como lo expresó un amigo que vive en Tel Aviv: «Jerusalén ya no es una ciudad. Es una epidemia, una enfermedad».

No obstante, en la superficie, la vida continúa. El festival literario estuvo bien organizado, asistieron escritores de todo el mundo, los actos atrajeron a grandes multitudes. Los intelectuales y artistas parece que prosperan, y tanto a Siri como a mí nos causaron impresión muchas de las personas que conocimos. Pero nadie —salvo algunas excepciones— tenía ya interés alguno en hablar de la «Situación». En su mayor parte parecen cansados, más que hartos de todo el asunto.

Hubo, inevitablemente, algunos encuentros con periodistas. La primera pregunta que hicieron todos fue: «¿Ha dudado o se ha arrepentido de venir a Israel?». Y luego, en cierto momento, te pedían algún comentario sobre la «Situación», el mismo tema del que ya pocos israelíes tenían ganas de hablar. Es el único país que conozco en el que es posible esa cuestión. A un escritor extranjero de visita en Francia o Italia no le solicitan opiniones sobre la política francesa o italiana. Todo lo más, se le pide que comente las circunstancias de su propio país. Pero a los periodistas israelíes que conocí no les interesaba oírme hablar de Estados Unidos; solo de las relaciones de Estados Unidos con Israel. Una y otra vez, tuve que insistir en que Obama no está contra Israel, que las exigencias que está planteando a los israelíes de que dejen de construir nuevos asentamientos solo son para evitar que el país prosiga su política nacionalista suicida.

Todos los países tienen sus problemas, claro está. Pero ningún otro siente que su existencia misma está amenazada, que la aniquilación es una posibilidad. El miedo ciega a los israelíes, y les hace olvidar que son la única superpotencia militar de la región. El miedo hace que vivan obsesionados consigo mismos, aislados del resto del mundo.

Dejando a un lado la cuestión más amplia de Palestina, la solución de dos Estados y el punto muerto que ha persistido a lo largo de los últimos cuarenta y tres años, lo que más me afligió fue la actitud de los israelíes judíos hacia los israelíes árabes, que ya conforman, según creo, el dieciocho por ciento de la población. Cuando se considera que Estados Unidos solo es un doce por ciento negro y que ese porcentaje ejerce una función significativa en la vida del país, resulta chocante ver la poca interacción que existe entre la mayoría y la minoría en Israel. Los árabes son *ciudadanos*, pero sus conciudadanos no quieren saber nada de ellos. En el mejor de los casos, los judíos apoyan la vieja idea de «separados pero iguales» que, a mis oídos norteamericanos, suena grotescamente familiar. No iría tan lejos como para decir que Israel es un Estado que practica el *apartheid*, pero está muy

cerca de una sociedad racista, lo que ya es bastante deprimente.

Lo peor de todo: las alambradas, las llamadas barreras de seguridad. Se me cayó el alma a los pies la primera vez que las vi, y entonces me dije a mí mismo: este país es un invento de Jonathan Swift.

El principal motivo del viaje fue el de pasar un tiempo con nuestro amigo, David Grossman. Su mujer y él siguen llorando la pérdida de su hijo (muerto hace casi cuatro años), pero las comidas y conversaciones que mantuvimos con ellos hicieron que, a pesar de todo, la visita mereciera la pena en cierto modo. Por un giro de la fortuna, resulta que David asistirá al fin de semana de Mondadori/Einaudi en Italia el mes que viene. Imposible decirte lo mucho que estoy deseando verte allí, para pasar unos días juntos de nuevo. Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Gracias por tu carta del 11 de mayo, en la que me informas de tu visita a la que llamas la Tierra del Suplicio. No simpatizo mucho con los israelíes de hoy día, o por lo menos con los que votaron a Netanyahu, pero después de vivir en Sudáfrica durante los años setenta y ochenta me resulta perfectamente familiar esa mezcla de paranoia, beligerancia y pesimismo que describes.

Últimamente se han publicado bastantes obras de historiadores sudafricanos que explican cómo el gobierno sudafricano pasó, o vio cómo lo pasaban, de una intransigencia de tipo israelí a una entrega del poder sin apenas derramamiento de sangre. Da la impresión de que tanto en el gobierno como en las fuerzas armadas había gente inteligente que ya en 1980 se dio cuenta de que los blancos no podían mantener para siempre su monopolio del poder. Lo que les impedía hablar era el miedo justificado a ser arrojados al ostracismo político o profesional.

Así es como se desarrolló una situación paradójica en la que la élite gobernante llegó a incluir a un número cada vez mayor de gente que sabía que el *apartheid* era un callejón sin salida pero que se resignaba a estar atrapada en el silencio, mientras que el ejercicio real del poder se iba poniendo cada vez más en las manos de los últimos creyentes verdaderos en el sistema, los extremistas de la derecha.

Si ahora mismo está teniendo lugar algo análogo entre bastidores en Israel, entonces tal vez haya esperanza al fin y al cabo. Un escenario posible: el poder pasa de la gente tipo Netanyahu a la gente tipo Lieberman, y a modo de reacción se produce una especie de revolución palaciega extraconstitucional.

Poner firmes a los generales del ejército fue el gran logro de F. W. de Klerk. Fue algo que hizo entre bastidores antes de llevar a cabo sus radicales maniobras reformadoras. ¿Tal vez algún día en Israel el ejército obligará a los políticos a entrar en razón? ¿Vana ilusión? Tú conoces el país mejor que yo.

Veros a ti y a Siri en Pietrasanta, aunque fuera brevemente, supuso el punto álgido del viaje. La gente de Einaudi fue muy amable de reunirnos.

A estas alturas ya he estado en bastantes eventos culturales en Italia como para no perder los nervios ante el caos que parece rodearlos. Nadie está del todo seguro de dónde ha de celebrarse el evento, al técnico de sonido no lo encuentra nadie, la intérprete está furiosa porque nadie la ha informado del orden de las intervenciones, etcétera, etcétera. Sin embargo, cuando llega la hora, todo sale bien: el público averigua milagrosamente adónde ha de ir, el equipo de sonido funciona y la intérprete lo hace de maravilla. Resulta que todo el caos era espurio: somos capaces de organizar un evento de forma perfectamente eficiente, parecen estar diciendo los italianos, sin convertir la eficiencia en fetiche; de hecho, podemos convertir la organización de un evento en un pequeño drama cómico la mar de entretenido.

Después de despedirme de vosotros en Pietrasanta me fui a Génova. Después de Génova tenía planeado hacer un plácido viajecito en tren hasta Toulouse. Pero la mano de Dios intervino en forma de inundaciones y vías cortadas en el valle del Tarn. Los trenes dejaron de funcionar y yo tuve que encontrar un vuelo en Niza.

Ya en Adelaide, estoy ocho horas desfasado con la vida que me rodea, y entre el frío que hace y el cielo encapotado me cuesta horrores volver a ajustar mi reloj corporal. De manera que me dedico a dormir de día y hacer vida de noche. Una ventaja accidental es que puedo ver la Copa del Mundo de fútbol en directo.

Nunca he sido un verdadero aficionado del deporte rey, y lo que me llega de Sudáfrica no me hace cambiar precisamente de opinión. No se me ocurre otro deporte en que los jugadores se pasen tanto tiempo haciéndose faltas entre ellos e infringiendo las reglas en general cada vez que el árbitro no mira. El hecho de que el ojo omnipresente de la televisión capte sus trampas y las transmita al mundo entero no parece importarles lo más mínimo. El reino de la desvergüenza.

Cordialmente,

John

Querido John:

Muchas gracias por tu carta, que acabo de encontrar en el aparato de fax de la planta baja. Iba a pedirle a Siri que te enviase un correo electrónico con un mensaje de dos palabras —«Fax arreglado»—, pero evidentemente tú ya lo habías adivinado.

Sí, fue un enorme placer verte en Italia. El viaje a Lucca, la deliciosa comida, la charla. Muy poco tiempo, desde luego, pero algo es sin duda mejor que nada. Debemos concertar otro *rendez-vous* en un futuro no muy lejano, aunque me temo que no podrá ser hasta que vayas a Toronto en otoño de 2011. Quizá puedas visitarnos (¿con Dorothy?) después en Nueva York; o, si no es posible, Siri y yo tal vez pudiéramos ir a veros a Canadá, que no está muy lejos de aquí, al menos en comparación con Australia.

Igual que tú, empecé a seguir la Copa del Mundo debido al desfase horario. En Estados Unidos, los partidos se emiten a primera hora de la mañana y de la tarde, y como me suelo levantar *muy* temprano desde que volvimos de Europa, pronto contraí el hábito de cambiar de canal en la tele para verlos. Maníaco de los deportes como soy, me he ido enfrascando en ello cada vez más. Probablemente habrás jugado al fútbol de pequeño. Yo no, y por tanto mi conocimiento del juego es mucho más superficial que el tuyo. Convengo contigo en que las faltas y simulaciones son estúpidas y penosas, enteramente en contradicción con la actitud de «buen deportista» con la que me crié, pero si el «deporte rey» no siempre es bonito, sí procura sus placeres. Las agallas de tal y tal equipo norteamericano que supera una y otra vez su diferencia de goles, la serenidad de los holandeses al derrotar a los brasileños, la velocidad y precisión de los alemanes. Yo voy con Holanda, los brillantes clasificados en otras Copas del pasado, pero me temo que los alemanes serán demasiado fuertes para ellos. (Para cuando te llegue esta carta, sabremos si mi predicción era certera o no.)

Lo que me deja perplejo en ese deporte, sin embargo, es la función del reloj. El juego se precipita hacia delante sin interrupción, los jugadores pierden tiempo, se retrasan, dan vueltas en grupo por el área de juego abrazándose durante dos minutos cuando marcan un gol, y luego, al final de cada mitad, el árbitro agrega caprichosamente un tiempo adicional. En los deportes regidos por reloj que me resultan más conocidos —baloncesto y fútbol americano— la «gestión del cronómetro» es una parte fundamental del juego. Cada vez que la pelota sale fuera de banda, se para el reloj. Un equipo de baloncesto debe lanzar en un espacio de veinticuatro segundos; un equipo de fútbol americano ha de ejecutar su siguiente juego ofensivo en cuarenta y cinco. Todo eso tiene sentido para mí. En el fútbol, sin embargo, hay una especie de letargia o lasitud que parece socavar la importancia del cronómetro; lo que es una contradicción, ya que es un juego regido por reloj. ¿Tiene sentido lo que digo?

* * *

Dudo que conozca o entienda a Israel mejor que tú, ya que solo he estado dos veces allí. La comparación que haces con el final del *apartheid* en Sudáfrica es seductora, atrayente, perversamente optimista, pero... no estoy seguro. En Sudáfrica la situación era fundamentalmente interna: un gobierno racista que oprimía a la mayor parte de sus ciudadanos. Pero Sudáfrica no estaba amenazada por nadie más allá de sus fronteras, como tristemente ocurre en el caso de Israel.

Por mucho que desprecie al gobierno israelí por sus tercas posiciones, fallos de juicio y frecuentes actos de crueldad, no hay duda de que la amenaza es real. El único paso positivo que los israelíes han dado en los últimos años —evacuar asentamientos judíos en Gaza— ha conducido a múltiples catástrofes. La elección de Hamás, miles de cohetes lanzados a través de la frontera, el bloqueo..., por nombrar solo algunos. Uno se pregunta si el ejército israelí podría levantarse algún día contra el gobierno. Quizá sí, pero a mí me parece una posibilidad de lo más remota. Simplemente porque puede mantener a raya a los militares señalando las continuas amenazas —reales o imaginarias— de los vecinos de Israel. A veces pienso que el mejor modo de desbloquear la situación sería la solución de un solo Estado. Abandonar los principios del sionismo, declarar la Orilla Oeste y Gaza parte de Israel, y dar a los árabes igualdad de derechos en calidad de ciudadanos. Pero entonces me digo que ese plan nunca daría buen resultado. Israel se convertiría en Bélgica. En una Bélgica sangrienta, infestada de odio.

* * *

A principios de junio, unos días antes de marcharnos a Europa, la *New York Times Book Review* publicó un artículo del novelista norteamericano Jonathan Franzen sobre el septuagésimo aniversario de la publicación de *El hombre que amaba a los niños*, de Christina Stead. Un artículo nada malo, realmente; en conjunto muy perspicaz y provechoso, pero empezaba con el siguiente párrafo, que encuentro muy extraño: «Existe una serie de razones por las cuales este verano no debe leerse *El hombre que amaba a los niños*. Es una novela, en primer lugar; ¿y acaso no hemos llegado muy en secreto a una especie de acuerdo, hace uno, dos o tres años, de que las novelas pertenecen a la era de los periódicos y van por el mismo camino que la prensa solo que a mayor velocidad? Como suele decir un viejo amigo mío, profesor de inglés, las novelas constituyen una curiosa cuestión moral, en el sentido de que nos sentimos culpables por no leer más pero también por hacer algo tan frívolo como leerlas; ¿y no nos sentiríamos todos mejor si cargáramos con una culpa menos en este mundo?».

Franzen ha tenido un éxito enorme por aquí; tanto de crítica como desde el punto de vista comercial. Es un hombre que se ha pasado la vida escribiendo novelas, lo que implicaría, supongo, que cree en la práctica de la lectura de novelas. ¿Por qué lanzar entonces ese ataque contra... sí mismo? El artículo, al fin y al cabo, estaba escrito para una revista semanal dedicada solo a los libros, lo que significa que cualquiera que se moleste en leerlo tiene que estar interesada en la literatura, es necesariamente lectora de libros, no solo de no ficción sino también de novelas: precisamente lo que Franzen le está diciendo es que debe perder ese interés. Me rasco la cabeza, perplejo.

* * *

La madre de Siri, de ochenta y siete años, está hoy con nosotros, y pasado mañana la llevamos a Noruega para una reunión familiar. Me da pavor la idea de ir otra vez en avión, pero tenemos que hacerlo. Bien podría ser el último viaje de la madre de Siri a su tierra, y el deber nos llama. Volvemos el 15, día en que pienso encerrarme en una habitación y mantener los pies en el suelo durante el resto del verano.

Con sudorosos recuerdos en este día de 37 grados,

Paul

Querido Paul:

En el comienzo de la reciente Copa del Mundo (de fútbol) he estado rumiando sobre la cuestión de por qué tú y yo —tú que ya no eres tan joven y yo que ya soy senecto— nos pasamos tanto tiempo viendo deportes a los que ya no podemos jugar.

Supongo que la respuesta es que los dos vemos en el deporte organizado, y en el hecho de que tanta gente devore el espectáculo del deporte, uno de los principales fenómenos sociales de nuestra época. Nos damos cuenta de ese hecho y tal vez también lo aprobamos: aprobamos el deporte en sí mismo y también esa forma indirecta de participar en él.

Así pues, el deporte nos parece bueno. Pero ¿por qué? Está claro que los deportes viriles no lo vuelven a uno mejor persona: hay demasiados ejemplos de individuos que destacan en los deportes pero no son precisamente seres humanos excepcionales. Aun así, tal vez haya cierto elefante en la sala que estamos fingiendo no ver. Teniendo en cuenta que no hace tanto que yo escribí que tal vez sería bueno que los palestinos aprendieran a tragarse la derrota, me gustaría transmitirme algunas ideas que se me han ocurrido sobre la derrota en el deporte.

Piensa en el tenis profesional. En un torneo participan treinta y dos hombres. La mitad pierden en la primera ronda y se van a casa sin haber probado para nada las mieles de la victoria. De los dieciséis que siguen, otros ocho se vuelven a casa tras probar una sola victoria seguida de la derrota y la expulsión. Hablando en términos humanos, la experiencia que predomina en el torneo es la derrota.

O piensa en el boxeo. Un boxeador llega al Caesar's Palace con un registro de treinta y dos victorias y tres derrotas a sus espaldas. Pero ¿qué pasa con los treinta y dos tipos a los que ha derrotado, y que nunca van a llegar ni al Caesars Palace ni a ningún otro local lleno de glamour? ¿Qué pasa con los tipos que nunca ganan ni un solo combate, los perdedores profesionales, unos hombres que solo son empujados al ring porque no puede haber un ganador a menos que también haya un perdedor?

En el deporte hay ganadores y hay perdedores; lo que nadie se molesta en decir (¿acaso es demasiado obvio?) es que hay muchos más perdedores que ganadores. En el Tour de Francia, que se está disputando mientras escribo esto, empiezan la carrera unos doscientos ciclistas, de los cuales solo uno se proclamará el vencedor en el tiempo global, mientras que ciento noventa y nueve serán no ganadores, es decir —y no importa qué historias se cuenten a sí mismos para consolarse—, perdedores.

El deporte nos enseña más sobre la derrota que sobre la victoria, simplemente porque somos mayoría los que no ganamos. Lo que nos enseña por encima de todo es que perder no es malo. Perder no es lo peor que hay en el mundo, puesto que en los deportes, a diferencia de en la guerra, el ganador no degüella al perdedor.

Piensa en ese momento profundamente interesante de la vida del niño en que se gradúa del deporte de mentira, en el que los adultos o los chicos mayores lo dejaban ganar todo el tiempo y le permitían sentir en líneas generales que era el rey, para entrar en la realidad, donde si no le das a la pelota estás eliminado, le tienes que entregar el bate a alguien mejor que tú y retirarte sin ninguna gloria. Para la psique del niño es todo un shock. Le da ganas de berrear, de tener una pataleta y de probar

todos los trucos que funcionan con sus padres. Quiere someter la realidad a su ego. Pero eso no lo lleva a ninguna parte. «¡Deja de lloriquear, chaval!» Pero también: «¡Deja de lloriquear, chaval, ya tendrás otra oportunidad!».

Porque esa es la gran lección del deporte. La mayor parte del tiempo pierdes, pero *mientras sigas en el juego*, siempre habrá un mañana, una nueva oportunidad para redimirse.

En esta gran escuela de la derrota no sales suspendido a menos que te niegues a aceptar que has perdido, a menos que rechaces el veredicto del juego y te retires a un estado de aislamiento mayestático.

Me gustaría ver a los israelíes y a los palestinos jugar al fútbol entre ellos una vez al mes, con árbitros neutrales. Así los palestinos tendrían la oportunidad de aprender que pueden perder sin perderlo todo (siempre les queda el partido del mes siguiente), mientras que los israelíes podrían aprender que no pasa nada aunque pierdan contra los palestinos.

Gracias por la carta (la del 5 de julio). Una breve nota sobre la historia de Sudáfrica («Sudáfrica no estaba amenazada por nadie de fuera de sus fronteras»). En la década de 1980 el ejército y la fuerza aérea de Sudáfrica libraron una importante campaña bélica contra las fuerzas cubanas en Angola, y la perdieron, o por lo menos sufrieron pérdidas que no se podían permitir. No fue una simple cuestión de inferioridad numérica: los cubanos pilotaban cazas rusos que maniobraban mejor y tenían más potencia de fuego que los Mirage franceses de los sudafricanos. Los generales se fueron a casa y se enfrentaron con los políticos. «Las cosas se nos han puesto en contra —dijeron—. Tenéis que hacer algo al respecto.»

Hay decenas de millares (¿decenas de millares?) de cubanos enterrados en tierra africana. Para los cubanos, su expedición fraternal a Angola fue uno de los puntos álgidos de su historia.

En tu carta citas el primer párrafo de una reseña reciente escrita por Jonathan Franzen, que a su vez cita a cierto académico amigo suyo. Me temo que la actitud que expresa el amigo en cuestión (¡y que encima es profesor de inglés!) es muy típica. Por lo general, los profesores de literatura no están al día de lo que se publica en los campos de la poesía y la narrativa, no lo consideran parte de sus atribuciones. Si quieres encontrarte a gente que lea novedades de narrativa, tienes que ir a los clubes de lectura y los círculos de lectores, donde los lectores suelen ser mujeres con ganas de darle alguna salida a sus licenciaturas de letras. Pero todo esto no hace falta que te lo diga yo.

En cuanto a la posición de Franzen —que a juzgar por el extracto que citas me parece bastante cargada de ironía—, sospecho que yo simpatizo con él más que tú. Si se me plantea la opción de leer una novela del montón o pasar el rastrillo por el jardín, creo que prefiero pasar el rastrillo. No me produce un gran placer consumir novelas; y lo que es más importante, creo que la indiferencia hacia la lectura de narrativa como forma de recreo se está extendiendo por la sociedad. Se ha vuelto muy respetable, por lo menos entre los hombres, decir que uno no lee narrativa. Yo soy un profesional, y tengo un interés profesional en el asunto, de manera que no me puedo usar a mí mismo como patrón. Pero confieso que no tengo paciencia para la narrativa que no intenta algo que no se haya intentado ya, preferiblemente con el medio en sí.

Cordialmente,

John

Querido John:

Una de las razones por las que me mantengo vinculado al béisbol después de tantos años es precisamente eso que mencionas en tu carta: la frecuencia de perder, lo inevitable del fracaso. Una mirada a la clasificación del periódico de esta mañana muestra que el equipo mejor situado suma 58 victorias y 34 derrotas, lo que equivale a un índice de éxito del 63 por ciento, y significa que el equipo más pujante entre treinta se ha ido a casa frustrado el 37 por ciento de las veces.

Las temporadas de béisbol son muy largas —162 partidos— y cada equipo va pasando por toda clase de vicisitudes a lo largo de ese período de seis meses: depresiones y rachas de buena suerte, lesiones, penosas deficiencias que surgen en algún partido crucial, inesperadas victorias en el último segundo. A diferencia del boxeo —que siempre es vencer o morir—, el béisbol es vencer *y morir*, y aunque sea morir, al día siguiente hay que salir a rastras del ataúd y hacer otra vez todo lo que se pueda. Por esa razón se valora tanto en el béisbol la firmeza de carácter. Sobreponerse a la derrota, tomarse la victoria con calma, sin exaltación indebida. La sabiduría popular dice que el béisbol es reflejo de la vida: en el sentido de que te enseña a aceptar tanto lo bueno como lo malo. En su mayor parte, los demás deportes tienden a ser reflejo de la guerra.

Se han producido muchas cosas raras en el universo atlético este verano. El *set* más largo de la historia del tenis, extraños errores de los árbitros en la Copa del Mundo, el regreso oficial del sexo femenino a cargo de esa corredora sudafricana cuyo nombre se me escapa en este momento. La más fascinante de todas fue el incidente que ocurrió hace un par de meses en un partido de béisbol de las ligas mayores: no tanto una historia deportiva como de finura humana. Según mis cálculos aproximados, en los últimos ciento veinte años se habrá jugado un cuarto de millón de partidos de béisbol. En todo ese tiempo, solo veinte partidos perfectos han sido resueltos por lanzadores; es decir, partidos en los que el lanzador ha retirado a todos los bateadores del equipo contrario desde el principio al final del encuentro, veintisiete bateadores seguidos, los tres de cada una de las nueve entradas sucesivas. Un joven lanzador de Detroit llamado Galarraga (muy joven, veintipocos años, justo empezando, alguien de quien nunca había oído hablar) estaba a punto de entrar en el palacio de la inmortalidad. Había eliminado a los primeros veintiséis bateadores, y cuando el vigésimo séptimo quedó *out* en primera base, pareció que las puertas del palacio se habían abierto y él había puesto el pie más allá del umbral. El bateador estaba claramente eliminado (la repetición de la jugada desde todos los ángulos lo demostró sin la menor sombra de duda), pero el árbitro de primera base, un tal Jim Joyce (¡James Joyce!) no acertó a verlo y dijo que el bateador había llegado bien a la base. Era una metedura de pata mayúscula, quizá el peor error arbitral en la historia del deporte, y lo bonito de lo que ocurrió en aquel momento, el instante en que Galarraga comprendió que le habían arrebatado injustamente su partido perfecto, fue que el muchacho sonrió. No con una sonrisa de desprecio ni desdén. Ni siquiera irónica, sino una sonrisa sin reservas, de sabiduría y aceptación; como si dijera: «Por supuesto. Así es la vida, ¿qué otra cosa se puede esperar?». Nunca he visto algo así. En tal situación, cualquier otro jugador habría estallado en una pataleta de ira e indignación, gritando contra aquella absoluta injusticia. Pero ese chico, no. Con calma, sin dar la más breve muestra de disgusto (porque el partido debía continuar), sacó al bateador vigésimo octavo, completando así un juego perfecto más perfecto que cualquiera de los que se habían producido anteriormente, y por el que no

recibirá crédito alguno.

Después, cuando Jim Joyce vio la repetición de la jugada, se sintió muy avergonzado. «He robado a ese chaval su partido perfecto», confesó para luego pedir públicamente perdón a Galarraga, que aceptó con elegancia las disculpas, diciendo que todo el mundo cometía errores y que no le guardaba rencor.

* * *

Disculpa por olvidarme de Angola. Idiota, estúpido. Pero, aun así, ¿estarías de acuerdo conmigo en decir que el *apartheid* era un asunto interno de la política sudafricana, y hasta que las sanciones internacionales no empezaron a entrar ya muy tarde en juego, el mundo se quedó en su mayor parte de brazos cruzados limitándose a mirar durante decenios?

No sé si te acordarás de esto, pero me sigue encendiendo la sangre, aún me llena de ira: en algún momento de los setenta u ochenta, el Congreso de Estados Unidos hizo una declaración simbólica al gobierno sudafricano, pidiéndole que liberase a Nelson Mandela de la cárcel. La votación fue casi unánime. Entre los dos o tres disidentes: Dick Cheney.

* * *

En cuanto a lo de leer novelas, creo que debería excluirse del debate a los propios novelistas. No puedes leer las novelas de otros mientras tú escribes las tuyas. Y cuando las leemos, huelga decir que no queremos leer ficciones mediocres. Rastrillar hojas es seguramente preferible (y yo aborrezco el rastrillo), pero no debemos olvidar la emoción que sentimos al dar con algo realmente bueno. Y entonces —ah, y *entonces*— ¿cómo olvidar la pasión con que leíamos de jóvenes, cuando parecía que nuestra propia vida dependía de ello?

Comprendo que Franzen trataba de ser divertido —o irónico— o provocativo en su párrafo inicial. Sencillamente el chiste no me hizo gracia. El desprecio por todo lo relacionado con empresas artísticas o intelectuales está hoy tan extendido en Estados Unidos, tan profundamente arraigado en el pensamiento derechista, populista, que me aflige ver a F. repitiendo esos tópicos desagradables; incluso en broma. Este es, al fin y al cabo, el país en el que George W. Bush, vástago de la riqueza y los privilegios, puede aparentar que es un «tío normal» —y salirse con la suya—, mientras que a Obama, que se crio en circunstancias difíciles, se le considera un «elitista» porque ha escrito un par de libros, sacó buenas notas en Columbia y Harvard, y fue profesor de Derecho.

* * *

Ya hemos vuelto de Noruega, que tendría que describir como la Tierra Sin Suplicio. Paisajes de una belleza sobrenatural; literalmente, ajena a este mundo, como si hubiéramos aterrizado en otro planeta. La madre de Siri, que solo hace seis semanas parecía estar a las puertas de la muerte, se ha recuperado por completo tras el diagnóstico equivocado de un médico, y allí se erigió en reina de la reunión familiar (cuarenta y nueve personas de todas las edades), como último miembro vivo de su generación, y por tanto la matriarca, si bien una matriarca callada, modesta, que se deleitaba con el cariño de sus hijos, sobrinos e hijos de sus hijos y sobrinos. Algo maravilloso.

* * *

Según una nota que he recibido el otro día de Philip Roth: «Debes saber que Debenedetti ha dicho en la prensa italiana que piensa publicar un libro de sus entrevistas inventadas con una introducción mía».

Por lo visto, la historia continúa.

Muchos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Esta mañana he terminado de leer *Sale el espectro* de Philip Roth y esta tarde he visto *Le temps qui reste* de François Ozon. Un motivo en común: el cáncer. *Sale el espectro* está protagonizada por un septuagenario que, impotente después de una prostatectomía, se enamora perdidamente de una jovencita. La película trata de un joven más bien vanidoso y egoísta que descubre que tiene cáncer terminal y en el curso de sus últimos días se convierte en lo que solo podemos llamar una mejor persona. Así pues: uno es una comedia sobre el cáncer, de esa modalidad de comedias amargas que escribe Roth, y la otra es una elegía de lo más conmovedora.

Sale el espectro no me parece una pieza particularmente notable dentro del canon de Roth. Sé que a Roth le encanta sacar cosas nuevas de situaciones manidas; sin embargo, no hay mucho que sacar del tema del hombre anciano que lucha contra la decadencia para demostrar su virilidad por última vez.

La película de Ozon, en cambio, es otra cosa. ¿Conoces su obra? Se trata de una película perfecta a su manera, que capta muy bien la soledad del que está muriéndose y la mezcla de compasión, indiferencia y nervios con que los demás lo tratamos. También hace un uso delicado de una pequeña historia dentro de la historia que en unas manos distintas habría resultado grotesca: una camarera aborda al joven en un café, elogia su atractivo y lo invita a inseminarla, puesto que su marido — cómplice de la propuesta— es estéril. Hasta le ofrece dinero. Al principio el joven se muestra ofendido, pero luego se lo piensa mejor: es una forma de dejar su huella en el mundo.

Ozon maneja esta historia dentro de la historia dándole una atmósfera casi chejoviana: compasiva pero fría y nítida. La pregunta nerviosa que le hace la pareja al joven mientras se están despidiendo: ¿puedes asegurarnos que lo que tienes (y te está matando) es cáncer y no sida? Está claro que él quiere volver a verlos; ellos no tienen ese deseo para nada.

Doy por sentado que has leído *Sale el espectro* y que sabrás que es un poco un batiburrillo. Incluye una diatriba completamente inmotivada sobre las tendencias del llamado periodismo cultural, puesta en labios del personaje de Roth, Lonoff. Sin duda en esa diatriba hay mucho que yo, que no soy de Nueva York, me pierdo. Pero está claro que Lonoff (¿y también Roth?) no siente nada más que desprecio hacia esa mezcla de moralina y reduccionismo biográfico que pasa por crítica literaria en vuestros órganos culturales (y también en los nuestros). (Cuando hablo de reduccionismo biográfico me refiero a tratar la narrativa como una forma de camuflaje del yo que practican los escritores: la tarea del crítico es deshacer ese camuflaje y revelar la «verdad» que hay detrás.) El villano de *Sale el espectro* es uno de esos críticos que amenaza con publicar una lectura de la narrativa de Lonoff como si fuera la historia camuflada (o tal vez la historia obstruida, no se sabe) de un incesto que el escritor cometió con una hermana mayor.

No me cuesta nada entender por qué Roth, que es una figura muy visible dentro del panorama literario, es tan susceptible hacia esta modalidad de crítica literaria, pese al hecho de ser consciente de que cuanto más despotrique, más se relamerán (¿*Qué está intentando ocultar?*) los Kliman de este mundo (Kliman es el crítico-villano). Estoy seguro de que tú, que nadas en el mismo estanque que Roth y solo eres un poco menos visible, debes de tener tus propias ideas sobre el tema, que me imagino que puedo adivinar. En cuanto a mí, me gusta pensar que, como vivo en los márgenes del

universo conocido, voy a eludir la atención de los Kliman; lo más seguro, sin embargo, es que me esté engañando a mí mismo. Un abrazo,

John

PD: No es mi intención prolongar de forma innecesaria la discusión sobre la historia de Sudáfrica, pero si no hubiera habido Guerra Fría todo el desastre de Sudáfrica se habría solucionado mucho antes. Durante décadas, el régimen sudafricano se representó a sí mismo como un bastión contra la penetración rusa en el África subsahariana rica en minerales, y una administración estadounidense tras otra se tragaron esa historia. No ayudó precisamente que el Congreso Nacional Africano estuviera enredado con el Partido Comunista de Sudáfrica.

El antiguo régimen de Sudáfrica era uno más de los nidos de ratas de dictaduras y oligarquías desperdigadas por el mundo que Estados Unidos apoyó durante la Guerra Fría por razones estratégicas. No es ninguna coincidencia que F. W. de Klerk legalizara el CNA el mismo año que se disolvió la Unión Soviética y cayó el Muro de Berlín.

Querido John:

Lamentablemente, no he leído *Sale el espectro*, ni he visto *Le temps qui reste*. He devorado varias novelas de Roth a lo largo de los años (solo una mínima parte de su producción) y he visto dos o tres películas de Ozon, una de las cuales, *Piscina*, me causó gran impresión.

¿Nado yo en las mismas aguas que Roth? No estoy seguro. Nuestros caminos se han cruzado unas cuantas veces, en dos ocasiones hemos cenado en un grupo de tres con Don DeLillo (íntimo amigo mío desde hace muchos años), y hemos intercambiado un puñado de cartas. En otras palabras, es un conocido, no un camarada. Lo que a él más le interesa de mí, creo yo, es que ambos hemos nacido en Newark. En cuanto a Nueva York, sin embargo, no soy «algo menos visible que él», sino muchísimo, quizá infinitamente menos visible. Roth es un dios cuya obra ha sido universalmente elogiada desde su primer libro, mientras que yo solo soy un simple y esforzado mortal cuya obra ha recibido más coces de las que quisiera recordar. Y además, tiendo a evitar muchedumbres, fiestas y declaraciones públicas, prefiriendo cuidar de mi pequeño jardín en Brooklyn. Por otro lado, Roth ha tenido una enorme presencia literaria durante más de cincuenta años: una trayectoria excepcionalmente prolongada para todo escritor, sin duda la carrera más larga de cualquier autor norteamericano en la historia. Una prueba de su fama: es el único novelista vivo cuya obra se ha publicado en la Library of America.

Como no he leído *Sale el espectro*, no puedo hacer comentarios concretos sobre la diatriba de Lonoff contra el periodismo cultural contemporáneo, pero tal como la describes, yo diría que tiene toda la razón. Parece que los norteamericanos han perdido contacto con la esencia de la ficción —es decir, han perdido la capacidad de comprender la imaginación—, y por tanto encuentran difícil que un novelista pueda «inventarse cosas». Toda novela se convierte en una autobiografía encubierta, en un *roman à clef*. No es preciso extenderse sobre la pobreza de este punto de vista; ni sobre lo desagradable que puede resultar en manos de un periodista malicioso.

Tu fax llegó anoche, mientras yo estaba viendo sufrir a mi desafortunado equipo de béisbol (los New York Mets) a lo largo de otro partido perdido, penoso, con entradas adicionales, y como últimamente hemos escrito mucho sobre deportes, y en tu carta hablabas de un libro y una película, me quedé fascinado al encontrar en el *New York Times* de esta mañana los dos artículos que te adjunto.

Empecemos con «El *e-book* va más allá del texto». Todo el mundo tiene una opinión sobre el libro electrónico, desde luego. Es el tema candente del sector editorial hoy día, y no cabe duda de que estamos asistiendo a una revolución, que parece cobrar fuerza a cada momento que pasa. Aun cuando yo entro en la categoría de tecnófobo, no siento hostilidad hacia Kindles, Nooks o iPads ni veo amenaza en ellos. Todo lo que fomente la lectura debe considerarse como algo bueno, y esos dispositivos son incuestionablemente una gran ayuda para el viajero literario. En vez de llevar auestas una maleta con treinta libros, ahora los puedes cargar en un ligero aparato digital y desplazarte de un sitio a otro libre de peso.

Por otro lado, tengo algunos temores. (Temores, además, justificados por la destrucción de la industria musical. ¡Cómo añoro curiosear en una tienda de discos!) Amazon, que hasta el momento viene copando el mercado, comercializa sus libros a un precio demasiado bajo, de hecho pierde con

cada ejemplar que vende para inducir al público a que compre los aparatos. Pueden preverse funestas consecuencias a largo plazo: quiebra de editoriales, muerte de librerías, un futuro en el que los escritores sean sus propios editores. Tal como Jason Epstein señalaba en un artículo de la *New York Review* hace unos meses, es absolutamente fundamental que continuemos publicando libros tradicionales en papel, que se mantengan nuestras librerías, ya que constituyen los cimientos de la civilización. Si se digitaliza todo, piensa en el eventual daño que podría producirse. Textos borrados, desaparecidos, o, igual de alarmante, textos alterados.

Vale. Esa es mi opinión. Lo que ahora me importa es el artículo del periódico de esta mañana y por qué no logro decidirme sobre lo que he leído. La indecisión parece recaer claramente entre los términos «ficción» y «no ficción». Desde hace meses, vengo haciendo una investigación para una novela que acabo de empezar por fin, parte de la cual se refiere a Estados Unidos en los primeros años cincuenta. En consecuencia, he leído libro tras libro sobre la guerra de Corea, el Terror Rojo, la epidemia de polio, la bomba de hidrógeno, y así sucesivamente, pero también he estado viendo documentales, que pueden ser de gran ayuda. Cuando, en el artículo de hoy, he llegado a la descripción de la versión «ampliada» de *Nixonland*, me quedé intrigado. Qué excelente idea, pensé, combinar texto escrito y documental filmado en un libro de historia. Tan excelente, en realidad, que no le encuentro pega alguna.

Con las novelas, sin embargo, me resisto. Los libros que se mencionan son novelas de misterio dirigidas al mercado popular, pero no dejan de ser obras de ficción, y la idea de añadir fragmentos de una serie de televisión basada en uno de esos libros me enerva. La cuestión es por qué. ¿Tiene algo que ver con la pérdida de creencia en la imaginación que mencionaba antes? ¿Como si los libros fuesen en cierto modo demasiado difíciles de asimilar, y la historia no pudiera percibirse plenamente a simple vista? Pero ¿no es la lectura el arte de ver cosas por uno mismo, de invocar imágenes en la propia mente? ¿Y lo bonito de leer no es acaso el *silencio* que te rodea cuando te sumerges en la historia, el eco de la voz del autor resonando en tu interior hasta excluir todos los demás sonidos?

Quizá me he convertido en un viejo aburrido. Hay ediciones críticas de novelas clásicas que incluyen pasajes suprimidos, finales alternativos, e incluso fotografías. ¿Por qué no películas también? No sé, pero en cierto modo me repugna la idea de leer *Desgracia*, por ejemplo, y en mitad de una frase de la segunda página del cuarto capítulo, estar en condiciones de pasar con un clic a la adaptación cinematográfica. Tengo curiosidad por saber si compartes o no este rechazo.

En lo que se refiere a «¿Cómo llenar un estadio?» me encuentro igualmente confuso. No hay duda de que ahora se «ve» mejor un partido por televisión que en el estadio donde se celebra el juego. Pero, como el aficionado de sesenta y tres años dice sobre ir en persona: «Lo que quiero es palpar el ambiente, ver a los jugadores y sentir a la multitud. Preferiría con mucho que me trajeran a casa la atmósfera del partido, y no a la inversa». El aficionado de treinta y dos años discrepa (no sin justificación), pero no estoy seguro de que la respuesta consista en convertir una vivencia real en una experiencia de vídeo. Sobre todo a ese coste. ¿Cómo no quedarse pasmado ante un gasto de cien millones de dólares en «tecnología de estadio», por no hablar de ciertos «abonos de localidad personal», que llegan a los veinte mil dólares solo por el derecho a comprar una entrada determinada? No es que sea un nostálgico de los viejos tiempos, pero me acuerdo claramente de haber ido al Yankee Stadium con un par de amigos en 1961 (teníamos catorce años) para ver a los Giants contra los Browns y pagar cincuenta centavos por un asiento en las gradas. Tal como venimos diciendo desde el principio, el deporte es ahora un gran negocio, una megaindustria, un leviatán, y la

mayoría de la gente parece encantada con que se la trague la ballena.

En cuanto a Sudáfrica y su papel en la Guerra Fría, tienes, por supuesto, toda la razón. No necesitas que te lo diga yo.

En Nueva York nos seguimos achicharrando: el julio más caluroso que se recuerda. Cuando te escribí la semana pasada y te anuncié que hacía 37 grados, estaba equivocado. Eran 41.

Con afectuosos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

Hace poco me llegó una revista para exalumnos de una universidad de Sudáfrica. Incluía un artículo que celebraba la inauguración de una nueva biblioteca universitaria, con terminales informáticas, cubículos para estudiar, salas para seminarios e incontables espacios de trabajo. Leí el artículo y lo volví a leer para asegurarme. Pero no me equivocaba la primera vez. La palabra «libro» no aparecía ni una sola vez.

No cabe duda de que al diseñar la biblioteca los arquitectos siguieron el consejo de los bibliotecarios, esos bibliotecarios de la nueva generación que consideran que los libros están anticuados, y que sueñan con una biblioteca sin papel.

¿Qué tiene esa gente contra los libros? ¿Por qué no comparten mi idea de la biblioteca como hectáreas y hectáreas de estanterías sumidas en penumbra que sostienen hileras interminables de libros apelotonados extendiéndose hasta el infinito en todas direcciones?

El argumento en contra de la biblioteca borgiana es casi demasiado tedioso como para repetirlo: demasiado tedioso y demasiado concluyente, en una época en que la economía ha sido proclamada reina de las ciencias. Y es que los libros ocupan demasiado espacio. No hay forma de justificar la preservación de un objeto físico que ocupa veinte centímetros por quince por tres de costoso espacio, y que además puede pasarse décadas y hasta centurias cogiendo polvo en una estantería sin que nadie lo toque ni lo lea. Si dejamos a nuestros seres amados difuntos dentro de agujeros en el suelo, o bien los consignamos a las llamas, ¿por qué iba a ser un sacrilegio deshacerse de los libros muertos?

Deshacerse de los libros, reemplazarlos por imágenes de libros, imágenes electrónicas. Deshacerse de los muertos, reemplazarlos por fotografías.

Me llena de aflicción la perspectiva de las bibliotecas del futuro. Y estoy seguro de que muchos comparten ese sentimiento. Pero, sentimentalismos aparte, ¿qué puede justificar esa aflicción? ¿Un ansia de realidad en un mundo de sombras? Los libros no son reales, por lo menos no lo son en ningún sentido importante. Las letras mismas de las páginas son signos, imágenes de sonidos, o sea imágenes de ideas. El hecho de que lo que llamamos libro se pueda coger con las manos y tenga olor y tacto propios es un simple accidente de su producción que no tiene relevancia alguna para lo que transmite el libro.

Cuando yo tenía dieciséis años, y me sobraba un poco de dinero, me compré una decena aproximada de libros que tenían que constituir la base de mi biblioteca personal. Entre ellos estaba *Guerra y paz* en la traducción de Aylmer Maude, publicada por la Oxford University Press, un librito bastante grueso e impreso en fino papel biblia. (Me compré *Guerra y paz* porque la revista *Time* había dicho que era la más grande novela de todos los tiempos.)

La *Guerra y paz* de Aylmer Maude, con su sobrecubierta original de color granate y crema, me ha acompañado en todas mis mudanzas de continente a continente durante medio siglo. Tengo una relación sentimental con ese libro; no con la *Guerra y paz* de Tolstói, ese gigantesco artefacto de palabras e ideas, sino con el objeto que emergió de la imprenta de Richard Clay e hijos en 1952 y fue

enviado desde el almacén de la Oxford University Press situado en algún lugar de Londres a la agencia de distribución de la Press en Ciudad del Cabo y desde allí a la librería Juta y a mis manos.

Esta clase de relación con un autor —extremadamente tenue y muy indirecta, establecida a través de quizá media docena de intermediarios— será cada vez menos posible en el futuro. La pregunta de si esas relaciones tienen algún valor me parece una pregunta abierta, igual que la pregunta de si poseer una copia física de un libro es mejor que tener el poder de descargarse una imagen de ese texto.

Esta duda y esta aflicción que yo manifiesto aquí guardan cierto parentesco con la duda y la aflicción que tú manifiestas en tu carta más reciente sobre las formas en que el deporte está siendo remodelado (o le están dando una nueva presentación) para la televisión. Todavía se da cierta confluencia de intereses entre lo que los medios de comunicación quieren del deporte y lo que quieren los fans que asisten a los partidos —los fans quieren eso que en su ingenuidad llaman la cosa real, no una imagen en movimiento de ella, mientras que los medios de comunicación detestan los estadios vacíos porque un estadio vacío significa la muerte del espectáculo—, pero eso no quiere decir que a los intereses empresariales que son propietarios del deporte les importen un comino los fans, salvo como consumidores. Si pudieran encontrar la forma de llenar asientos con imágenes holográficas, estoy convencido de que lo harían.

Tu aflicción y la mía: la aflicción compartida de dos caballeros de edad avanzada ante el rumbo que está siguiendo el mundo. ¿Cómo se escapa uno del destino completamente risible de convertirse en vejestorio, en el típico abuelo puñetas que, cada vez que se embarca en uno de sus discursos sobre lo que pasaba «en mis tiempos», hace que los chavales pongan los ojos en blanco con expresión de desesperación silenciosa? El mundo se está yendo al infierno en una cesta de mano, me decía mi padre, y antes que él lo decía su padre, y así sucesivamente hasta llegar a Adán. Si el mundo llevara tantos años yéndose al infierno, ¿no debería haber llegado ya? Sin embargo, cuando miro a mi alrededor, lo que veo no se parece al infierno.

Pero ¿cuál es la alternativa a despotricar? ¿Cerrar la boca y aguantar las afrentas en silencio?

Cordialmente,

John

21 de agosto de 2010

Querido abuelito:

Siempre me he preguntado cómo el mundo, que es muy grande, puede caber en algo tan pequeño como una cesta de mano. Para aumentar mi confusión, ni siquiera sé qué es una cesta de mano. ¿Es que no son «de mano» todas las cestas, y en ese caso, no es enteramente innecesario el atributo *de mano*? Quizá bastaría decir: «El mundo se está yendo al infierno en una cesta»; aunque también suena bastante mal, ¿no te parece? ¿Qué debería contener el mundo mientras lo vemos bajar a los infiernos? ¿Una locomotora? ¿Un automóvil? ¿Un sobre de cartulina? O quizá algo tan pequeño que ni siquiera puede verse. ¿Un solo átomo?

Lo cierto es que refunfuñar puede ser divertido, y como caballeros que envejecen rápidamente, avezados observadores de la comedia humana, sabios cabezas grises que lo han visto todo y por nada se sorprenden, creo que nuestra obligación es refunfuñar y reñir, atacar las hipocresías, injusticias y estupideces del mundo en que vivimos. Que los jóvenes pongan los ojos en blanco cuando hablamos. Que los menos jóvenes no hagan caso de lo que decimos. Nosotros, los profetas menospreciados que gritan en el desierto, debemos seguir vigilantes, pues solo porque sepamos que estamos librando una batalla perdida, eso no significa que debemos abandonar la lucha.

Con toda mi amistad,

Paul

Querido Paul:

Dorothy y yo nos vamos esta semana a Francia. Nos reuniremos en Montpellier con unos viejos amigos de rutas ciclistas y nos iremos a hacer una ruta, confiando en que el otoño no esté demasiado avanzado como para encontrar buen tiempo. Tendré acceso intermitente a correo electrónico pero no a fax.

He buscado en un diccionario de frases hechas lo de irse al infierno en un canasto. Ofrecía como variante «irse al infierno en carretilla», pero no explicaba por qué lo del canasto. No todas las cestas son canastos. Hay una cesta para medir que se llama celemín. Y ahora viene lo interesante. En todos los pueblos con mercado de la Francia medieval tenían su propio celemín, y por tanto su propia opinión de lo que constituía un celemín de trigo. Se podía hablar de un celemín de Orleáns y un celemín de Lyon. Para los mercaderes de grano era una pesadilla. Uno de los argumentos para instaurar una autoridad única sobre el país entero fue estandarizar los pesos y medidas. Presumiblemente lo mismo sucedió, *mutatis mutandi*, en otros países. La memoria no retiene nada más que eso. Ni idea de las fechas.

Un abrazo cordial,

John

Querido John:

Envidio tu viaje a Montpellier... y admiro tu valor de abordar nuevamente un avión para otro vuelo de ultralarga distancia. En esta época del año el tiempo debería ser perfecto. Ya desaparecido el intenso calor seco del verano, con el frío del invierno aún muy lejos.

¿Por qué no me escribes una carta sobre eso cuando vuelvas? Los placeres y fatigas de andar en bicicleta. Hemos escrito tanto sobre ver deportes, que no vendría mal tener una historia con uno de los dos haciendo algo.

A propósito: un amigo mío me envió la semana pasada un breve libro publicado en 1955 por un periodista deportivo norteamericano, *A Day in the Bleachers*, donde narra un solo partido de béisbol con escrupuloso detalle, el primer partido de la Serie Mundial de 1954 entre los New York Giants y los Cleveland Indians en el ahora desaparecido Polo Grounds, que por casualidad es el partido en el que Willie Mays realizó su histórico *catch*. Un libro entretenido y encantador, que he disfrutado de principio a fin. Una de las quejas del autor: demasiada gente acudía al estadio con radiotransistores para escuchar la narración jugada a jugada mientras el partido se desarrollaba realmente ante sus ojos. Le indignaba la intrusión de la tecnología en lo que él creía que debía ser una experiencia humana pura, sin mediación alguna. Hace cincuenta y seis años, quejas casi idénticas a las expresadas hoy día contra los televisores gigantes en los estadios.

Muchas gracias por tus observaciones sobre las cestas de *bushel*. En Estados Unidos tenemos de esas cosas, por supuesto, que suelen ser lo bastante pequeñas para que una persona pueda levantar los treinta y cinco litros de capacidad, pero los cestos en que antiguamente se almacenaba el grano, sí, debían de ser bastante grandes. El único diccionario de «slang» de que dispongo (el británico recopilado por Eric Partridge) tiene mucho que decir sobre este término, *basket* (cesta o cesto):

1. En el siglo XVIII, «¡Cesto!» era un grito dirigido, en los reñideros de gallos (*cockpits*), a personas incapaces de pagar sus deudas o poco dispuestas a hacerlo. A dichas personas se las colgaba en un cesto sobre el palenque. (Consultando *cockpit*, encontré: 1. Templo de inconformistas. 2. Hacienda pública, Consejo privado de Su Majestad.)
2. Encestado: dejado al margen, incomprendido, desconcertado.
3. Término cortés para «desgraciado». «Ese “cesto” de Tal y Tal...»
4. Término irrespetuoso para designar a una anciana. «Estúpida “cesta” vieja...»
5. Ir al cesto: ir a la cárcel.
6. Hacer cesta: realizar el coito.
7. «Sonreír como una cesta de patatas fritas»: sonreír ampliamente.
8. Cesta de naranjas: mujer bonita; derivado de la jerga de los mineros australianos, por el hallazgo de pepitas en los yacimientos de oro.
9. Revuelvecestas (*basket-scrambler*): el que vive de la caridad. Y además, claro, está la expresión norteamericana *basket case*, «caso perdido», que ambos conocemos demasiado bien. Que tengáis un

viaje estupendo; y escribe a la vuelta. Con afectuosos recuerdos para Dorothy y para ti,

Paul

Querido Paul:

Dorothy y yo hemos vuelto de Francia y yo estoy en pleno purgatorio de adaptarme al horario australiano de nuevo. Robo un rato de sueño allí donde se me presenta, de día o de noche, pero la mayor parte del tiempo deambulo por la casa sintiéndome hecho un asco.

La ruta ciclista fue un éxito tremendo. El clima era perfecto, los cinco que éramos en el grupo nos llevamos de maravilla y hasta el último palmo del paisaje fue interesante. Te estoy hablando de las Cévennes, no sé si conoces esa región.

Supongo que podría decir que no me importaría volver para hacerlo otra vez, pero a mi edad volver a donde sea y hacer otra vez lo que sea resulta un poco hipotético.

Tendría que haber escrito un diario, pero no lo hice. Subimos muchas colinas, algunas de las cuales me pusieron a prueba hasta llevarme al límite. Subir colinas con bicicleta puede ser una gran escuela de estoicismo, si el estoicismo es lo que buscas. No estoy dispuesto a creer que tanto esfuerzo y tanto sufrimiento no le enseñen a uno nada.

En el montón de correo que me esperaba a mi regreso había una larga carta escrita por una mujer francesa. Es la tercera carta que recibo de ella en los últimos quince años aproximadamente. Sus cartas tienen entre veinte y treinta páginas cada una, escritas con una caligrafía cursiva que fluye con elegancia. Tratan en su mayor parte sobre ella, su soledad, las relaciones conflictivas que tiene con su hijo adulto y las relaciones difíciles que tiene con los hombres, y también sobre mí, es decir, sobre la imagen de mí que ella se ha formado a partir de mis libros.

Ella es muy consciente de que el *vous* a quien ella escribe es un artificio y que es posible que guarde poca relación con la idea también artificial que yo tengo de mí mismo. De vez en cuando deja abierta la posibilidad de que yo le conteste o me ponga en contacto con ella. Le gusta pensar que somos en cierta medida almas gemelas. Pero no fantasea mucho con un encuentro entre nosotros, o por lo menos no escribe sobre ello.

A veces parece decirme que lo que está haciendo es proporcionarme un personaje (ella misma) para usarlo en un futuro libro mío. En otras palabras, parece estar pidiéndome que yo le dé una vida nueva convirtiéndola en heroína.

No es ninguna ilusa. Es capaz de mantener una distancia sensata de la necesidad que tiene de otra vida sin negar la validez de esa necesidad. Pero hay algo que ella no ve, y que no verá nunca, sospecho, a menos que yo se lo diga, que es algo que no pienso hacer (a) porque no quiero abrir la veda a una correspondencia propiamente dicha, y (b) porque sería demasiado cruel, que es que no me interesan mucho sus ideas ni sobre ella misma ni sobre mí ni sobre la vida, y que ella tendría más posibilidades de convertirse en heroína de un libro si me mandara una descripción larga y detallada de un día típico en su vida.

Hay algo que quiero decir aquí sobre los novelistas y sus fuentes de inspiración, que es que la mitad del tiempo (¿la mayor parte del tiempo?) no les interesa explorar la esencia única e individual de su modelo, solamente robarle algún detalle o rasgo peculiar que resulte interesante y se pueda usar: la forma en que el pelo se le riza por encima de la oreja, su forma de pronunciar la palabra «¡Divino!»

o la forma en que mete las puntas de los pies hacia dentro cuando camina.

En cuanto a mí, tengo que decir que prefiero inventarme los personajes de la nada. De esa manera producen la impresión de ser más reales.

Cordialmente,

John

Querido John:

Me alegro de que hayáis vuelto de una pieza, aunque haya sido por los pelos. Subir penosamente una montaña en bicicleta no es una actividad que me entusiasme, y cuando pienso en lo mucho que habrás sufrido, me lleno de compasión por ti. Dudo de que esa clase de dolor pueda enseñarme algo, y te admiro por tener las agallas de ponerte al límite y sentir que todo ese esfuerzo es por algo.

Estoicismo mental, sí. Estoicismo emocional, sí. Pero el suplicio físico que alguien se inflige a sí mismo me resulta absolutamente desconcertante. La idea que tengo de una buena excursión en bicicleta es pedalear por las tierras bajas de Holanda o las llanuras de la región central de Estados Unidos..., con el viento a la espalda.

No he estado en las Cévennes, pero sí en zonas muy cercanas, y he sentido la gran belleza de esos paisajes. Hay pocos sitios mejores en el mundo, creo yo, quizá ninguno. Alguna laboriosa ascensión por algunos cerros difíciles, entonces, pero también el placer de respirar aquel aire en el buen tiempo de después del verano, y de pronto toda la aventura merece la pena...

He recibido varias cartas largas de lectores, pero nunca de veinte o treinta páginas, y desde luego nunca tres misivas extensas de la misma persona. Una y otra vez, sin embargo, me han escrito o me han dicho: debe usted escribir mi historia; o la de mi madre o mi abuelo. Nunca he sabido cómo responder. El hecho de escribir una novela se genera desde dentro, y no me imagino cómo podría un autor apropiarse de la vida de un desconocido en una novela. Estoy contigo: inventarse los personajes desde cero parece más auténtico.

Pero sí tomamos cosas de la vida, de eso no hay duda. Experiencias personales (muchas veces microscópicas) o de gente próxima a nosotros. En uno de mis primeros libros (*La habitación cerrada*), llegué hasta el punto de utilizar como personaje a una persona real y llamarlo por su verdadero nombre: un amigo de mi época de París, Ivan Wyshnegradsky, de ochenta años, compositor ruso de música en la escala de cuartos de tono. Había muerto cuando escribí el libro, y yo quería honrar su memoria trayéndolo a la vida en una obra de ficción, aunque todas las circunstancias que contaba sobre él se basaban en hechos reales. En mi *Sunset Park*, que pronto se publicará, la escena que abre la segunda parte está sacada directamente de la vida real: 31 de diciembre de 2008, cuando Siri y yo asistimos al funeral de la hija de un poeta amigo nuestro que se había suicidado en Venecia aquel mismo mes. Podría citar otros ejemplos también, pero aún más interesante es la utilización de figuras históricas en las novelas. Tú lo hiciste con Dostoievski en *El maestro de Petersburgo*, y a una escala mucho menor también lo hice yo con Tesla (*El palacio de la luna*) y Dizzy Dean (*Mister Vértigo*). Y luego, también, los dos nos hemos utilizado como personajes en novelas (*Verano, Ciudad de cristal*), aunque no sean representaciones exactas de quiénes éramos al margen de las páginas de esos libros.

Por otro lado —y aquí solo puedo hablar de mí mismo—, no hay una sola ocasión en que me haya fijado en una persona real para cambiarle el nombre y luego ponerla en la novela. Me refiero a la persona en su integridad, un personaje con idénticas características físicas, la misma historia y un alma exactamente igual a la del modelo. Muchos novelistas lo han hecho (verbigracia, el consabido *roman à cleft*), pero yo no me cuento entre ellos.

Y sin embargo, tal como acertadamente expones, continuamente robamos «rasgos o peculiaridades interesantes, utilizables». La forma de las cejas de un hombre, el timbre de una risa, el antojo en el cuello de una mujer. Todo lo demás parece surgir espontáneamente de los más profundos recovecos de la imaginación.

Otro aspecto de escribir novelas (y de leerlas) en que a menudo pienso es en la cuestión espacial. Como lector, a veces me cuesta trabajo situar la acción, entender la geografía de una historia. Eso puede que tenga que ver con una pobre imaginación visual. En lugar de proyectarme a los ficticios escenarios que el autor ha descrito (una pequeña ciudad de Misisipí, una calle de Tokio, la habitación de una casa inglesa del siglo XVIII), tiendo a poner a los personajes en lugares que conozco personalmente. No me di cuenta de que era culpable de esa mala costumbre hasta que leí *Orgullo y prejuicio* a los veintipocos años (un libro con apenas descripciones físicas) y me encontré «viendo» a los personajes en la casa donde había vivido de pequeño. Sorprendente revelación. Pero ¿cómo puedes ver una habitación en un libro si el autor no te dice lo que hay en ella? En consecuencia, te inventas la habitación, o implantas la escena en una que recuerdes. Eso explica por qué cada lector de una novela hace una lectura diferente de la de cualquier otro lector de ese mismo libro. Es un compromiso activo, y cada mente produce de continuo sus propias imágenes.

Cuando escribo, sin embargo, parece que el proceso se invierte. En mis novelas, el espacio es algo enteramente concreto para mí. Cada calle, cada casa, cada habitación tiene una vivida existencia real en mi cabeza; aunque diga poco o nada sobre ella. Puedo no mencionar dónde está el sofá, pero sé cuál es su posición exacta en relación con los demás muebles. Se trata de asentar la imaginación en lo concreto, pienso yo, lo que permite creer —o lleva engañosamente a creer— que las cosas sobre las que uno escribe están ocurriendo efectivamente.

Tengo curiosidad por saber si estás de acuerdo con algo de esto; como lector y también como escritor.

Muchos recuerdos de tu amigo

Paul

PD: Hay una película estadounidense sobre ciclismo, muy entretenida, de los últimos años setenta — *El relevo*—, que te gustaría ver. Espléndido sentido del paisaje (Bloomington, en Indiana), lo que es raro en el cine norteamericano.

PPD: Paulo Branco estuvo por aquí la semana pasada y me dijo que le gustaría que volviéramos a formar parte del jurado el año que viene: un jurado compuesto exclusivamente por escritores. Por mí, encantado.

Querido Paul:

Mencionas que Paulo Branco tal vez nos vuelva a necesitar para hacer de jurados en Estoril. Estaría muy bien. Creo recordar que es en noviembre cuando se hace.

Conozco la película *El relevo*; de hecho, creo que tengo una copia. Se vuelve un poco formularia hacia el final —el héroe de clase obrera que desafía en una carrera a los estudiantes pijos—, pero estoy de acuerdo en que el entorno local y social son recreados de forma espléndida.

Cuando se trata de subir colinas en bicicleta, te aseguro que a mí me produce tan poco placer como a ti. En cuanto a la sensación de éxito que se supone que acompaña la llegada a la cima, mi experiencia es que está muy sobrevalorada. A mí me sigue resultando un misterio lo que lleva a la gente a hacer distancias largas corriendo o en bicicleta. Pese a todo, miles de personas lo hacen todos los días, en todo el mundo.

A riesgo de parecer afectado, quiero vincular esto con la pregunta de por qué escribir. Ciertamente, Samuel Johnson dijo que uno es tonto si no espera que le paguen por su trabajo. Pero yo me sorprendo a mí mismo dedicando horas enteras a pulir textos en prosa hasta dejarlos impecables, más allá de lo que se requiere para que los publiquen y por tanto para que me paguen.

Supongo que me puedo excusar diciendo «No soy de esas personas que entregan prosa defectuosa», igual que podría decir: «No soy de esas personas que se bajan de la bicicleta y andan» (que se bajan de la bicicleta y andan *aunque no haya nadie mirando*). Creo que esa es la parte interesante. Pocos lectores tienen idea de lo que cuesta dejar un párrafo perfecto. Si te bajas de la bicicleta y andas no te va a ver nadie, ni tampoco si lo dejas estar todo y bajas la colina sin pedalear. *¡Pero yo no soy así, esa no es la idea que tengo de mí mismo!*

Me escribes que tú sabes exactamente dónde está el sofá ficticio en tu habitación ficticia, por mucho que no haya nadie en tu libro que se vaya a sentar en él o lo vaya a mirar para nada. Creo que yo soy un poco menos concienzudo. La habitación en que se desarrolla mi acción ficticia es un sitio muy desnudo, un cubo vacío, de hecho; solo le incorporo un sofá si va a hacer falta (si alguien va a sentarse en él o mirarlo), y después el mueble con el cajón superior izquierdo donde están los cubiertos, sin el cual no podemos tener el cuchillo con el que la heroína ha de untar la tostada de mantequilla.

Tengo entendido que durante la época en que daba clases de literatura en Cornell, Vladimir Nabokov solía pedirles a sus alumnos que dibujaran planos a partir de la información que proporcionaba la novela que estuvieran leyendo en clase. La tesis débil de Nabokov sería que el novelista no ha de suministrar datos que se contradigan internamente (una alfombra que sea roja en una página y azul en la siguiente). La tesis fuerte sería que en el texto debería haber datos suficientes para que el estudiante trazara planos y diagramas de los movimientos físicos de los personajes, escena a escena.

Veo cierta semejanza entre la tesis fuerte y la idea tradicional en las clases de escritura teatral o cinematográfica de que el escritor tiene que ser capaz de esbozar toda la biografía de cada uno de sus personajes, aunque solo sea como ayuda a los actores, y a pesar del hecho de que esas biografías luego no surjan para nada en la película o en la obra teatral.

Si ese es el estándar de la industria, yo lo suspendo. Porque la verdad es que no tengo mucha idea de cómo es ninguno de los personajes adultos de mis novelas, por ejemplo, de qué clase de infancia tuvieron, igual que no tengo ni la menor idea de lo que les va a pasar después de que se termine el libro.

Desde la última vez que te escribí, habéis tenido elecciones al Congreso de Estados Unidos y los republicanos han resurgido con fuerza. No te voy a pedir que me lo expliques. Pero este está empezando a parecer un momento interesante de la historia (y no me refiero únicamente a la historia americana).

Desde 1970 más o menos, se ha propagado una visión bastante mezquina a la que se le ha permitido tomar el rumbo del planeta, una visión de los seres humanos como máquinas encaminadas al beneficio individual y de la actividad económica como un combate de todos contra todos para quedarse un botín material (economía, que hablando propiamente sería el *nomos* del *oikos*, la regulación del hogar).

En consecuencia, se ha impuesto una noción degenerada de lo que constituye la vida política, y a su vez esa noción ha generado una visión llena de desprecio de lo que constituye la praxis política. Así, los políticos mismos que no han hecho nada para contrarrestar la visión mezquina de la vida social experimentan la furia y el desprecio, el desprecio furioso, de unos votantes que los ven como poco más que máquinas encaminadas al beneficio personal. La palabra «confianza» ha perdido todo su poder. Si hoy día un político pronunciara sobre un estrado público las palabras «os pido que confiéis en mí», se reirían de él, da igual que las dijera con sinceridad.

Cordialmente en tiempos oscuros,

John

Querido John:

Sí, los resultados de las elecciones legislativas de Estados Unidos han sido desfavorables; pero después de un ataque propagandístico en toda regla contra Obama y los demócratas por parte de la derecha y la extrema derecha durante los dos últimos años, no inesperados. Los tiempos son sombríos, desde luego, la noticia es nefasta, ciertamente, pero intento conjurar la irremediable depresión adoptando una perspectiva a largo plazo, la visión histórica, y consolarme con el hecho de que ya hemos pasado antes por esto. No solo en épocas recientes —las campañas electorales de la derecha de 1994 y 1980, por ejemplo—, sino también en las postrimerías de los años cuarenta y principios de los cincuenta, cuando los republicanos, que no pisaban la Casa Blanca desde 1932, empezaron a lanzar ataques cada vez más demenciales a Roosevelt, el New Deal y el pensamiento izquierdista «antinorteamericano», lo que nos trajo la guerra de Corea, McCarthy y la histeria ideológica de la guerra fría. Anteriormente: los horrores de la Segunda Guerra Mundial y los padecimientos de la Gran Depresión. Y antes de todo eso: las feroces batallas, con frecuencia violentas, entre las fuerzas del capital y del trabajo. Podría seguir remontándome en el pasado, hasta llegar a la fundación de la República. Un movimiento extraño, pendular, que oscila entre los partidarios del excepcionalismo norteamericano (nosotros, no los judíos, somos el pueblo elegido, *n'est-ce pas?*), el capitalismo sin restricciones, la mentalidad de la competencia brutal, del sálvese quien pueda, y los demás, que creen en lo que tú y yo llamaríamos una sociedad justa, que creen sinceramente que los seres humanos tienen entre sí una responsabilidad común. Hoy, un grupo posee todas las soluciones; mañana, el otro grupo les da la patada. Desde una perspectiva amplia, ha habido cierto grado de progreso (abolición de la esclavitud, prestaciones de la seguridad social, legislación en materia de derechos civiles, legalización del aborto), pero los avances siempre vienen despacio en este país demasiado grande, demasiado indisciplinado. Siete centímetros hacia delante, cinco hacia atrás; siete centímetros adelante, doce hacia atrás; cinco hacia delante, dos hacia atrás.

Por mucho que me duela admitirlo, sin embargo, no es esta una época especialmente horrible para el mundo occidental. Un período ridículo, tal vez, frustrante, pero no uno de los peores. No se queman brujas en la hoguera; en Francia, católicos y protestantes no se degüellan unos a otros; Estados Unidos no libra una guerra civil; no mueren millones de europeos en trincheras llenas de barro ni en campos de concentración. Hitler ha muerto, Stalin ha muerto, Franco ha muerto. Los monstruos del siglo XX han desaparecido, y si unos pigmeos tienden a ocupar el poder por todo Occidente, mucho mejor reírse de los pigmeos que encogerse de miedo ante tiranos asesinos.

Pero sí, Estados Unidos es un país triste para vivir ahora mismo. Muchos problemas que abordar, y en los próximos dos años nada se hará para arreglarlos, con lo que solo irán a peor. Y luego la batalla empezará de nuevo. Entretanto, yo estoy tranquilamente en Brooklyn, contemplando el gran carnaval de estupidez en que se ha convertido nuestra vida pública y sacudo la cabeza, esperando que el péndulo acabe oscilando en la otra dirección.

Me temo que la «visión mezquina» de que hablas viene imperando entre nosotros desde mucho antes de 1970. Y contrariamente a la opinión que yo mantenía de joven —que la gente vota por puro interés económico—, he llegado ahora a pensar que la elección de muchos votantes es absolutamente irracional; o ideológica, aun si esa ideología va en *contra* de su bienestar económico. En 1984,

durante la campaña de reelección de Reagan, iba yo a algún sitio en un coche de alquiler de Brooklyn. El chófer, que había sido soldador en el Astillero de la Armada de Brooklyn, se había quedado sin trabajo cuando el sindicato al que pertenecía fue desmantelado por la dirección. Le dije: «Eso puede agradecérselo a Reagan, el presidente que más sindicatos ha pulverizado en la historia». Y él contestó: «Puede que sí, pero yo voy a votarle de todos modos». «¿Y por qué demonios va a votarle?», le pregunté. Su respuesta: «Porque no quiero que esos cabrones de comunistas se apoderen de Sudamérica».

Un momento indeleble en mi educación política. Personas como esa, me imagino, fueron quienes votaron a Hitler y lo llevaron al poder en 1933.

Volvamos un momento sobre la lectura y la escritura, en vista de tus muy interesantes observaciones sobre cubos vacíos, planos de Nabokov y «antecedentes» de los personajes de obras dramáticas y cinematográficas. Hablas de tu sentido espacial como escritor, pero también tengo curiosidad por saber lo que «ves» en tu cabeza cuando lees una novela o un relato breve; o mejor aún, un cuento de hadas. Si lees lo siguiente: «Érase una vez una anciana que vivía con su hija en una cabaña en el lindero de un bosque oscuro», ¿qué imágenes te vienen a la mente, si es que te surge alguna? No se dan muchos detalles. Ni nombres, ni edades, ni lugar preciso ni descripciones físicas, y sin embargo, por motivos que me resultan enteramente misteriosos, yo tiendo en cierto modo a rellenar los espacios en blanco. No de forma concienzuda, quizá, pero suficiente para imaginar una mujer voluminosa, de corta estatura, con delantal, y luego una chica adolescente, delgada, con largo cabello castaño y tez pálida, y percibir el humo que se eleva por la chimenea de la cabaña. ¿Acaso la mente aborrece el vacío? ¿Hay necesidad de dar cuerpo a lo que es vago e informe para concretar la acción?, ¿o puedes conformarte con las palabras escritas en la página, por sí mismas?, y en tal caso, ¿qué te ocurre al leerlas?

No, no quería sugerir que *El relevo* sea una obra maestra de la cinematografía. Solo que es la única película que he visto que presta tanta atención al ciclismo; y que me ha parecido entretenida. Por supuesto, la triunfal carrera del final no es más que morralla hollywoodiense. Pero la conclusión, la última toma del film es verdaderamente divertida: cuando el chico, que durante meses se ha hecho pasar por italiano, conoce en la universidad a una francesa preciosa, y grita a su perplejo padre: «*Bonjour, papa!*».

Algo para reflexionar. En las últimas semanas, he hecho una docena de entrevistas con periodistas norteamericanos sobre *Sunset Park*, que acaba de publicarse. Entre ellos, muchas mujeres (solo mujeres, ahora que lo pienso) se mostraron escandalizadas, incluso indignadas, por la relación entre mi personaje de veintiocho años con su enamorada de diecisiete. Las «relaciones sexuales con menores» parecen disparar todas las alarmas en la cultura norteamericana contemporánea. Por otro lado, cuando hablé sobre *Invisible*, casi nadie mencionó el incesto entre hermanos. Con toda franqueza, estoy perplejo.

¿Alguna idea?

Un fuerte abrazo para Dorothy y para ti,

Paul

Querido Paul:

«Dos pasos adelante y un paso atrás», esa es la expresión con que describes el progreso social de tu país, un país que, en la medida en que es una potencia hegemónica mundial, también es en enorme medida mi país, y el de todos los demás habitantes del planeta, aunque con la condición de que el resto no tomemos parte en sus procesos políticos.

La visión algo negativa que tengo, en tanto que miembro vitalicio de la clase de los gobernados, es que resulta ingenuo pedirles a nuestros gobernantes que nos lleven a un futuro mejor. Tienen asuntos más importantes entre manos. Por tanto, mientras resuelvan entre ellos el problema de la sucesión pacífica, yo no les plantearé más demandas. Cuando digo el problema de la sucesión me refiero simplemente a pasarse el poder entre ellos sin someter al populacho a la violencia.

Solo hay que mirar a los estados que todavía no han resuelto el problema de la sucesión para darse cuenta del gran logro que supone, y al revés, de la desgracia que es vivir en un país donde los contendientes recurren a las armas para hacerse con el poder.

De manera que tres hurras por Estados Unidos en ese sentido.

Supongo que la estabilidad de Estados Unidos deriva principalmente de la reverencia con que os han enseñado a los americanos (y lo habéis aprendido) a contemplar vuestros documentos fundacionales. Según tengo entendido, hay gente en tu país que cree que la Constitución y las diez primeras enmiendas significan una sola cosa inamovible, mientras que otra gente cree que estos documentos se tienen que reinterpretar de vez en cuando a la luz de los cambios de circunstancias históricas. Esta diferencia en la cuestión de la interpretación (de lo que significa un texto escrito o lo que se puede decir que significa) refleja fielmente la diferencia teológica entre los fundamentalistas cristianos y sus oponentes progresistas, y también sin duda las diferencias en el seno de otras religiones basadas en el texto, como el judaísmo o el islam.

No sé qué opiniones tienes tú sobre la interpretación y los límites de la interpretación. La sensación que tengo yo es que el espectáculo de los académicos (o los jueces) intentando sacar algo en claro de lo que tienen que decir unos textos de hace dos mil años sobre la investigación con células madre resulta bastante cómico. Cuando llegamos a los tiempos modernos, me da la sensación de que gran parte de la culpa la tiene el hecho de que los padres fundadores de Estados Unidos, en el siglo XVIII, no explicaran con claridad lo que querían decir al afirmar el derecho de los ciudadanos a tener armas. Y teniendo en cuenta los cientos de miles de personas que han muerto a lo largo de los años como consecuencia directa de las interpretaciones literalistas de ese estatuto, también las administraciones políticas sucesivas de Estados Unidos han sido culpables de no tener la resolución de tacharlo y reemplazarlo por un texto más concreto.

Un comentario de Nietzsche (de *El crepúsculo de los ídolos*) con que me he encontrado: «¿Cómo se mide la libertad, tanto en los individuos como en las naciones? Por la resistencia que hay que vencer y por el esfuerzo que cuesta mantenerla sometida. Allí donde hay que vencer constantemente la mayor resistencia, es donde se encuentra el tipo más elevado de hombre libre». Un corolario: aunque uno pueda, en teoría, nacer libre, no tardará en cansarse de la libertad. Otro corolario: es poco probable que pueda existir una tierra de la libertad.

En tu última carta pones sobre la mesa la discusión sobre los espacios ficticios y me preguntas qué veo con la imaginación cuando leo en un libro que había una vez una anciana que vivía con su hija en una cabaña en el lindero del bosque. Comparado contigo, me da la impresión de que tengo una imaginación visual bastante pobre. En el proceso normal de lectura, creo que yo no «veo» nada. Es solo al llegar tú y pedirme un informe cuando reúno retrospectivamente una anciana rudimentaria con la imaginación y luego la hija, la cabaña y el bosque.

Lo que sí parece que tengo, en lugar de imaginación visual, es lo que yo llamo vagamente un aura o una tonalidad. Cuando mi mente regresa a un libro en concreto que conozco, da la impresión de que me evoca un aura única, que por supuesto no puedo expresar con palabras sin reescribir el libro entero.

Confiesas que te quedas perplejo cuando intentas entender por qué los críticos no se quejan del incesto entre hermanos (en *Invisible*) pero se escandalizan con el sexo entre un hombre de veintiocho y una chica (¿una mujer?) de diecisiete (en *Sunset Park*).

Yo también me siento perplejo, sobre todo porque en este último caso la intimidad se narra con mucha discreción. Me resulta fundamentalmente desconcertante la cuestión de en qué clase de época histórica vivimos: una época puritana o una época permisiva. Porque parece que tenemos rasgos de ambas. Por un lado, los padres no ponen objeción alguna cuando su hija de dieciséis años se trae a un chico a casa a pasar la noche. Hasta es posible que a la mañana siguiente le ofrezcan el desayuno a la pareja ya saciada. Por otro lado, a un adulto que le hace una fotografía a un niño en bañador en la playa lo meten en la cárcel.

Mi hipótesis vacilante es que el temperamento de nuestra época es hostil hacia el deseo y lo quiere castigar. Al mismo tiempo, sin embargo, no estamos preparados para castigar a los niños, que por definición carecen de culpa. Por tanto, se le depara un castigo redoblado al adulto que desea a una criatura.

Un freudiano se fijaría sin duda en la cuestión de por qué hemos dejado de castigar a los niños, y en concreto por qué hemos abandonado el castigo corporal, que solía ser la norma pero ahora prácticamente constituye tabú. Sospecho que el freudiano vería cierta conexión entre la sexualización creciente de niños y niñas bastante pequeños y la tonalidad sexual o sexualizada que el castigo corporal de los niños adopta inevitablemente en estas circunstancias. La intolerable lógica de esto diría más o menos así: esta criatura me está intentando seducir. Pero si la castigo por ello, estoy cayendo en su seducción. Así pues, ¿qué hago?

Hace un par de años hubo un caso interesante en Australia. Un fotógrafo respetado hizo una exposición que incluía fotos de una modelo desnuda de doce años (creo). Avisada por grupos de ciudadanos concienciados, la policía cerró la exposición. En el curso de una entrevista al primer ministro, Kevin Rudd, se le preguntó qué pensaba de las fotografías (que por supuesto ya se habían propagado por internet). Por la razón que fuera —probablemente pensó que le haría ganar votos—, declaró que las fotos le parecían «asquerosas» y se preguntó en voz alta por qué no podíamos dejar en paz a los niños para que fueran niños.

Se podría decir muchas cosas sobre esa respuesta, la clase de respuesta que puede esperarse de un político actual que presta atención a la opinión pública. Una sería que la respuesta da por sentado que si estamos desnudos somos sexuales, es decir, que el desnudo, la desnudez y lo sexual vienen a ser lo mismo.

Me acuerdo que hace unos años escribí un ensayo sobre la pornografía en el que, llevando a cabo lo que me pareció una maniobra retórica magistral, una *reductio ad absurdum*, me pregunté en voz alta si íbamos a pedirles a los cineastas que certificaran que los actores que usaban en las escenas de sexo no eran en ningún caso menores de edad. Y oh, maravilla, hoy día a los cineastas se les exige que firmen exactamente esa clase de documento.

Un abrazo,

John

Querido John:

Preguntas si tengo alguna opinión sobre la interpretación o los límites de la interpretación, y la primera idea que se me pasa por la mente (pánfila, asociativa, hiperactiva) es un pasaje que leí hace muchos años en una traducción inglesa de partes selectas del Talmud. Varios rabinos discuten las posibles circunstancias que pueden impedir que una persona rece sus oraciones diarias. Uno de ellos menciona la mierda como un impedimento. Si te encuentras al lado de un montón de mierda, invocar el nombre de Dios sería una blasfemia, ¿no? Los demás rabinos están de acuerdo. Pero ¿qué se puede hacer? Irse a otra parte, desde luego. Pero ¿y si no puedes irte a otro sitio? Un rabino sugiere tapar la mierda con un trapo o un papel. Mientras esté fuera de la vista, se podrá proceder como si no existiera. Los demás rabinos lo aprueban. Entonces, el más joven suscita una cuestión desconcertante. ¿Qué pasa si tienes la mierda en la suela del zapato... y no lo sabes? ¿Te está permitido rezar o no? La siguiente frase, según recuerdo, era esta: *Para eso no tenían respuesta.*

Lo que significaba, supongo, que la interpretación no puede ir más lejos, y antes o después llegarás a una cuestión que no puede resolverse. Si te ves forzado a dar una respuesta (como los jueces están obligados a dar), será necesariamente arbitraria, es decir, personal, fruto de quién y qué eres, un reflejo de tus convicciones particulares sobre cómo debe regirse el mundo. En el caso de los mencionados rabinos, cabe imaginar fácilmente cómo habría seguido la conversación; aunque por suerte, y de un modo maravilloso, no continúa. Un rabino tolerante diría a su colega que siguiera adelante con sus oraciones. Mientras no sepa que tiene mierda en la suela del zapato, ¿cómo puede imputársele responsabilidad alguna? Dios lo entenderá y lo perdonará. Pero un rabino fundamentalista diría justo lo contrario. La mierda es mierda, argumentaría, la ley es la ley, y como está prohibido rezar donde haya excrementos, cometerías una ofensa contra Dios si dijeras tus oraciones con la suela del zapato llena de mierda.

Para seguir un poco más con esto, ya que hablas de la transición pacífica del poder en Estados Unidos y la veneración de los norteamericanos hacia sus «documentos fundacionales»... Tú has vivido aquí el tiempo suficiente y has venido con bastante frecuencia como para entender la vida norteamericana tan bien como yo, pero al mismo tiempo estás distanciado de este país (¿y por qué no deberías estarlo?) de una forma que a mí no me sería posible. Te consideras como uno de los «gobernados», y habida cuenta de los estragos que Norteamérica viene causando en todo el mundo desde hace muchísimos años, no está injustificada cierta dosis de escepticismo sobre el proyecto norteamericano, en realidad es perfectamente comprensible. Yo también siento ese escepticismo, pero además soy de este país y estoy muy apegado a él, y siempre que Estados Unidos mete la pata (con demasiada frecuencia), me duele en el alma. Nunca tan tremendamente (ya que estamos con los temas de la sucesión gubernamental, la interpretación de textos, el fundamentalismo y los documentos fundacionales) como con la resolución del Tribunal Supremo a raíz de las elecciones presidenciales de 2000, la derrota de Gore ante Bush. Seguro que recuerdas lo que pasó. Para mí, lo extraordinario de todo ello fue la rapidez —y entusiasmo— con que unos intérpretes supuestamente fundamentalistas de la ley se aprestaron a traicionar sus presuntas creencias y convicciones para poner a su hombre en el cargo. Rara vez se tiene ocasión de ver en la práctica fraudes intelectuales a tan gran escala, y la hipocresía de lo que presencié durante aquellas semanas me dejó mal sabor de

boca, un amargor que aún perdura diez años después de los hechos. Ahí tienes nuestra veneración por los documentos fundacionales de Estados Unidos. En el fondo, las ideas cuentan poco o nada cuando se trata de la lucha por el poder político. El Tribunal Supremo dio un *coup d'état* en favor del Partido Republicano bajo capa de una perfecta legalidad.

Ganó Gore. Pero su victoria no fue lo bastante decisiva para evitar que se la robaran, y una de las razones por las que no obtuvo un número abrumador de votos, quizá la única, fue que habían pillado a Bill Clinton con los pantalones bajados. (Un chiste de la época: ¿Para qué lleva Bill Clinton calzoncillos? Respuesta: Para calentarse los tobillos.) Una vez más, no hay necesidad de volver a examinar los hechos, pero llegamos a la última parte de tu carta y a la aseveración (tu correcta afirmación) de que vivimos una época punitiva en materia sexual. Tremenda libertad por un lado, sí, pero al mismo tiempo los viejos juicios puritanos que nos acompañan desde que los primeros colonos pusieron pie en Nueva Inglaterra. Sin el escándalo sexual de Clinton, probablemente no habríamos tenido a Bush. Y sin Bush, quizá tampoco el 11 de septiembre, lo que significaría nada de Irak, ni Afganistán ni tortura ilegal. Por un clavo se perdió...

Todas las cuestiones que suscitas en tu carta parecen agruparse en esta deprimente historia.

Tengo prisa, pero quisiera añadir unas palabras antes de salir corriendo. Estaré de vuelta en Nueva York el día 16. Entretanto, te ofrezco una expresión militar estadounidense de la Segunda Guerra Mundial con que hace poco me he topado por primera vez: FUBAR (*traducción: fucked up beyond all recognition*)^[5]. No está mal, ¿eh? Con todo cariño,

Paul

Querido Paul:

El otro día llevé a cabo un pequeño experimento intelectual que a ratos me ha divertido y a ratos me ha preocupado.

Estaba reflexionando sobre mi situación en la vida, sobre cómo he llegado a estar donde estoy (es decir, en los barrios residenciales de una pequeña ciudad de Australia), y en los distintos accidentes, incluyendo el accidente de mi nacimiento —nacer de unos padres concretos en un día concreto— que me han llevado no solo al hecho de estar aquí ahora, sino también de ser quien soy. Me encontré con que resultaba muy fácil imaginar un mundo en el que este tal John Maxwell Coetzee, nacido el 9 de febrero de 1940, no estuviera presente ni lo hubiera estado nunca, o bien hubiera tenido una vida completamente distinta, tal vez incluso una vida no humana; sin embargo, un momento más tarde se me ocurrió también que era imposible contemplar un mundo en el que *yo* no estuviera presente y no lo hubiera estado nunca.

Volví a intentar el truco, planteándome primero una cosa (el mundo sin JMC) y luego la otra (el mundo sin mí), y volvió a pasar lo mismo. Lo primero era fácil de imaginar y lo segundo imposible.

Da la impresión de que la conclusión lógica y simple sería que la ecuación «yo = JMC» es falsa. Y ciertamente, la intuición apoya esta conclusión. Me imagino que a ti también te resulta falsa la ecuación «yo = PA».

Pero ¿acaso habías visto alguna vez la falsedad de la ecuación demostrada de forma tan efectiva?

Dorothy y yo salimos hacia la India mañana por la mañana, la primera vez que visitamos ese país. Los preparativos de la visita han requerido un montón sorprendente de cosas de mierda; literalmente. Nos hemos tenido que vacunar contra enfermedades que se transmiten por la mierda (la hepatitis, el cólera), nos ha avisado todo el mundo que nos lavemos las manos con frecuencia y que no nos metamos en la boca comida que haya pasado por las manos (sucias de mierda) de desconocidos, y ahora leo en el *NY Review of Books* que aunque en la India los hombres pueden cagar en público sin vergüenza, resulta inaceptable que las mujeres indias vayan de vientre durante las horas del día. De ahí que exista una amplia gama de enfermedades intestinales y de tracto urinario entre las mujeres.

Siempre me resulta asombroso lo elemental que es la base de los tabúes. Por ejemplo, tanto llevar zapatos en una mezquita como sentarse en ella son tabú. ¿Por qué? Pues porque lo más seguro es que las suelas de tus zapatos hayan pisado mierda (obvio), y porque el trasero de tus pantalones probablemente también esté sucio (menos obvio).

Gracias por tu última carta (del 3 de diciembre), en la que también hablas de mierda en los zapatos.

Cordialmente,

John

28 de enero de 2011

Querido John:

Tras meses de trabajo y cien páginas escritas, he decidido abandonar —o dejar de lado— la novela que empecé en primavera. En vez de centrarse, el libro parecía extenderse en todas direcciones y no se me ha ocurrido el modo de arreglarlo. Nunca he dejado un proyecto en fase tan avanzada; pero a pesar del desengaño, estoy convencido de haber tomado la decisión acertada. Me pregunto si te habrá pasado a ti algo parecido; y en caso afirmativo, cómo resolviste la cuestión.

Cuéntame cosas de la India. Un país en el que nunca he estado, y del que sé muy poco.

Quince centímetros de nieve en Nueva York el mes pasado; una tormenta tras otra. Es uno de *esos* inviernos.

Cariñosos recuerdos, y un fuerte abrazo para los dos,

Paul

Querido Paul:

Hacía días que quería escribirte sobre la India, pero pensé que tenía que dejar pasar el tiempo suficiente para que mis pensamientos se asentaran y tal vez maduraran un poco y se volvieran más interesantes. Ahora me doy cuenta de que no están madurando, solo se están asentando, de manera que no veo razón para seguir postergando la cosa.

Me invitaron al Festival Literario de Jaipur, tal como ya te conté, y me pareció que podía intentar usar ese evento como inicio de un tour, si no de la India entera por lo menos sí del Rajastán. Si salía bien lo del Rajastán, pensé, tal vez en algún momento futuro podía explorar otra parte del país, quizá Kerala, con un poco más de confianza.

El Festival Literario de Jaipur me provocó sentimientos encontrados. Había oído que era grande y bullicioso, lo cual no lo hacía nada recomendable para mí. Por otro lado, lo más seguro era que me encontrara almas compasivas, tanto indias como extranjeras, y tendría la oportunidad de consultarles sobre cuáles eran las formas buenas y malas, aconsejables y desaconsejables, de ver el país.

Creo que no me distinguí mucho en el festival. Estaba decidido a no someterme a esas rondas de preguntas del público que hoy día se han convertido en un elemento estándar de los festivales. El interrogatorio es un medio que no se me da bien. Soy demasiado breve en mis respuestas, y esa brevedad (sequedad) se malinterpreta muy a menudo como signo de irritación o de enfado. De manera que anuncié que me iba a limitar a leer un texto de ficción. Y eso es lo que hice. El texto no era divertido (trataba de la vida, la muerte y el alma), de manera que probablemente estuviera mal elegido para la ocasión. La respuesta del público: respetuosa pero perpleja.

En cualquier caso, el festival se terminó al cabo de cinco días y no había obtenido ninguna información concreta de mis conversaciones esporádicas sobre cómo abordar la India. Y lo que es peor, había contraído un poco de fiebre que me tenía aletargado la mayor parte del tiempo.

De manera que Dorothy y yo emprendimos un tour en coche de siete días y precio fijo por el Rajastán, con un chófer llamado Rakesh. Rakesh nos llevó de Jaipur a Pushkar, a continuación a Jodhpur, a Udaipur, a Bundi y de vuelta a Jaipur, y cuando el tour se terminó nos puso en un avión que salía del país.

Supongo que llegado este punto podría hacer una lista de los paisajes que me impresionaron. Pero sospecho que tú le pides más que eso a una carta. De manera que me limitaré a hacer dos observaciones sobre lo que vi, y luego tal vez a reflexionar sobre la cuestión de por qué soy tan mal reportero, no solo de la India, sino de todo en la vida.

Mi primera observación fue que aquel era el primer país que yo visitaba donde los seres humanos y los animales parecían haber negociado un *modus vivendi* decente. La gama de especies animales que observé fue limitada —vacas, cerdos, perros y monos—, pero no tengo razón para pensar que solo se acepte a esos animales en la esfera humana. No vi ninguna señal de crueldad en el trato y tampoco ninguna señal de impaciencia con los animales, pese a que las vacas deambulan por entre el tráfico abundante y obligan a la gente a pararse.

Lo de que las vacas son veneradas en la India es un lugar común. Sin embargo, veneración no me

parece el término preciso. Las relaciones entre la gente y los animales parecen ser mucho más mundanas: una simple tolerancia y aceptación de la forma de ser del animal, aunque obstaculice la del hombre.

Detrás de esta observación está mi experiencia en África, donde los animales también son omnipresentes pero es común mostrar una crueldad irreflexiva hacia ellos, una actitud de desprecio por ser formas más bajas de vida.

Mi otra observación tiene que ver con la pobreza, y nuevamente me rondaba por la cabeza el contraste con África. Ciertamente «los pobres» de la India parecen estar viviendo peligrosamente cerca del nivel de subsistencia, sobreviviendo día a día de forma muy precaria. Pero cuanto más vi de aquella existencia precaria, más impresionado me quedé con la reserva de habilidades prácticas que la gente ponía en juego, así como con su pura laboriosidad. Daba igual que uno mirara a los hombres que tallaban bloques de piedra caliza para la construcción o a los vendedores que preparaban la comida en los tenderetes de la calle, se trataba de gente diestra y provista de lo que solo puedo llamar unas manos inteligentes, que, en otra clase de marco económico, podrían ser prósperos artesanos. En otras palabras, me pareció ver unos recursos humanos gigantescos que en el presente solo están aprovechados en parte.

Y por fin llegamos al observador en sí, el hombre que emerge de una inmersión de dos semanas en una cultura extranjera (y una civilización extranjera) sin haber obtenido nada más que un puñado de observaciones manidas y más bien abstractas. ¿Por qué soy incapaz de escribir sobre viajes con todo el esplendor que eso implica, con la colorida evocación de imágenes y sonidos extraños? Sé lo que me vas a decir: «Pero no estás solo en eso: ¿dónde están las coloridas evocaciones de imágenes y sonidos extraños de Kafka? ¿Dónde están las de Beckett?». Pero ¿acaso basta con entregarse a esa clase de consuelo? ¿Acaso lo que uno está mostrando no es incompetencia pura y simple, una respuesta inadecuada a la belleza y la generosidad del mundo? ¿Qué tiene de admirable el intentar convertir un defecto de nacimiento en virtud?

Preguntas, preguntas.

Un abrazo,

John

7 de marzo de 2011

Querido Paul:

Me he enterado por los organizadores de los eventos de Canadá que incluso nos han hecho ya reservas de hotel. Excelente. Tengo muchas ganas de coincidir unos días contigo. Qué lástima que no pueda venir Siri.

Dorothy también vendrá; tiene que presentar una ponencia en un simposio académico en la Queen's University más o menos por las mismas fechas.

Siento mucho oír que te viste obligado (en enero) a abandonar un proyecto en el que obviamente habías invertido mucho trabajo. Pero esas inversiones nunca se pierden del todo, ¿verdad? Seguramente se pueden rescatar un par de páginas, o alguna que otra idea, que (pasando a una metáfora hortícola) con el tiempo tal vez puedan echar raíz.

Yo he abandonado proyectos en el pasado, aunque mi tendencia natural es a insistir demasiado, tal vez, y demasiado obstinadamente, incluso cuando ya no hay esperanza.

Lo que me interesa en la situación presente es la cuestión de cómo y cuándo se anunciará el agotamiento de las energías. No se puede seguir escribiendo eternamente; y tampoco quiere uno despedirse con un producto vergonzosamente malo de la chochez. ¿Cómo detecta uno que simplemente ha perdido la capacidad para hacerle justicia a un tema?

Cordialmente,

John

Querido John:

Me alegro de haber recibido tu última —tus dos últimas— y de saber que habéis vuelto de una pieza.

El caso es que la literatura de viajes me aburre, e incluso las películas sobre lugares exóticos —que en teoría deben atraparte desde el primer momento— siempre me dejan frío. Recuerdo los documentales sobre viajes de cuando era pequeño, que solían emitir entre los dibujos animados y la película: obras de un tedio indescriptible que al cabo de dos minutos me enviaban al puesto de golosinas.

No es que no haya disfrutado con ciertos clásicos del género —Herodoto, Marco Polo, sir John Mandeville, Saint Brendan, Colón, Cabeza de Vaca—, en su mayoría trufados de embustes y descabelladas invenciones, junto con algunos libros del siglo XIX de verdadero mérito literario: *Arabia Deserta*, de Doughty, *El camino de Oregón*, de Parkman, y *Exploration of the Colorado River and Its Canyons*, de Powel; pero el boom de la literatura de viajes de los años ochenta nunca me dijo gran cosa, y bien mirado prefiero con mucho las antropologías imaginarias de *Las ciudades invisibles* de Calvino, el poema en prosa de Henri Michaux «Le escribo desde un país lejano», o incluso el relato del viaje a la luna de Cyrano de Bergerac, del siglo XVII; obras de fantasía pura que parecen decir más sobre la vida humana que cualquier libro, artículo o reportaje realista.

Lamentas la pobreza de tus aptitudes como observador de «imágenes y sonidos extraños», pero no eres periodista —ni por formación ni por temperamento—, y la clase de atención que prestas a tus experiencias es de diferente orden que la de un reportero. El cronista y el escritor de viajes se centran en la superficie de las cosas. Su trabajo es crear imágenes en palabras para sus lectores, observar detenidamente cada hecho visual que se les presenta y convertirlo en una frase o locución cautivadora, pero tú miras varias cosas a la vez, todo a la vez, tratando al mismo tiempo de sacar sentido a lo que ves; es decir, intentando sintetizar los diversos detalles en una observación que abarque más que la mera superficie de las cosas, que penetre en ella para llegar a lo más profundo. Te agradezco, por tanto, tus comentarios sobre las relaciones entre seres humanos y animales en India (que nadie me había formulado nunca) y la industria de lo que denominas «manos inteligentes». Prefiero con mucho leer esas cosas a que me digan el color de los vasos en los que bebe la gente necesitada.

10 de marzo

Jornadas fragmentadas, atareadas..., que me han impedido seguir el día 8...

Unas palabras sobre Canadá en septiembre. Sé lo incómodo que te sientes ante un «interrogatorio público», pero eso parece precisamente lo que quieren que hagamos. Los dos solos en el escenario, sin intermediario, para hacer primero breves lecturas de nuestra obra y luego mantener una especie de conversación. Probablemente tendremos que decidir antes de qué queremos hablar (en términos muy generales, unos cuantos puntos importantes) y después ya veremos sobre la marcha. Algunas de nuestras reflexiones adoptarán necesariamente la forma de preguntas —del uno al otro—, pero no la clase de interrogatorio que se asocia con las entrevistas tradicionales. Nos arreglaremos bien,

supongo, y si tus afirmaciones son cortantes, ¿qué más da? Yo también tiendo a ser bastante brusco.

La dificultad de entender los actuales acontecimientos en lejanas partes del mundo. Salvo lo que ocurre delante de mis narices aquí, en Estados Unidos, todo lo que sé viene filtrado por los medios de comunicación (especialmente el *NY Times* y la *NY Review of Books*, pero también un poco por la televisión y la radio), y cuanto más alejado me encuentro de los acontecimientos en cuestión, menos seguro estoy de lo que sé. Puedo entender la escabrosa farsa de los recientes escándalos en Italia (la política europea no me resulta desconocida), pero cuando se trata de lo que sucede en Oriente Próximo, piso terreno menos sólido. Lo que nos han contado en la prensa norteamericana es que se han producido revoluciones espontáneas en Túnez y Egipto, que han surgido movimientos de protesta en otros países de la región, y que en Libia el conflicto está degenerando rápidamente en una sangrienta guerra civil. Centrémonos en Egipto, de momento: parece que el levantamiento pacífico tenía un carácter laico, dirigido en su mayor parte por jóvenes de veinte y treinta años —jóvenes cultos que en buena parte están sin empleo o tienen un trabajo precario debido al mal funcionamiento de una sociedad creada por años de corrupción y dictadura...— y apoyado por mujeres, funcionarios, obreros empobrecidos y hasta por el ejército. Todo el mundo alababa el extraordinario fervor y la entrega de los rebeldes, y sin embargo ahora, solo semanas después, parece que vuelven a formarse grietas, han aumentado los enfrentamientos violentos (entre cristianos y musulmanes, últimamente), y en conjunto la situación me parece peligrosamente inestable. Decenios sin verdadera vida política, sin partidos políticos organizados, sin posibilidad de oposición política articulada, han conducido a una especie de ansia generalizada de cambio social, pero ante la inexistencia de instrumentos políticos para llevarlo a la práctica, el ejército se ha hecho con el control del país, al menos de momento. Noto ahí un vacío de poder, y cuando pienso en las revoluciones del pasado, veo que esa especie de vacío tiende a producir un Napoleón o un Lenin, el brillante oportunista que llena el hueco y toma el control por la fuerza. Eso es lo que temo; pero ¿qué sé yo en realidad de lo que está pasando, y qué sé realmente de la gente que interviene en todo eso? Casi nada. Entretanto, Estados Unidos debate si debemos empezar a lanzar bombas sobre Libia. Me estremezco solo de pensarlo...

Con mis más afectuosos recuerdos,

Paul

Querido Paul:

No usas el correo electrónico y estoy bastante seguro de que tampoco tienes teléfono móvil. Doy por sentado que son decisiones que has tomado guiado por tus principios. A mí no me interesa en absoluto lo que esas decisiones dicen a un nivel personal. Lo que me intriga es lo que va a representar ser una persona del siglo XXI que escribe una narrativa de la que están ausentes las herramientas de comunicación del siglo XXI como el móvil.

Antes de decir nada más, te aseguro que mis simpatías están de tu lado. Yo también me he convertido, a trancas y barrancas, en una persona del siglo XXI, y sin embargo escribo libros en los que la gente escribe (y manda) cartas de papel, libros en los que el medio de comunicación más moderno que se usa (muy de vez en cuando) es el teléfono, que resulta que es un invento del siglo XIX.

Sospecho que a partir de ahora la presencia/ausencia de teléfonos móviles en el mundo narrativo de uno no va a ser una cuestión trivial. ¿Por qué? Pues porque gran parte de la mecánica de la escritura de novelas, tanto en el pasado como en el presente, consiste en poner información a disposición de los personajes o bien en ocultársela, en reunir a gente en la misma habitación o mantenerla separada. Si de repente todo el mundo tiene acceso a todo el mundo —es decir, acceso electrónico—, ¿qué pasa entonces con toda esa trama? En las películas ya estamos acostumbrados a ver cómo se invoca toda clase de pequeñas estrategias argumentales para explicar por qué el personaje *A no puede* hablar con el personaje B (se ha dejado el móvil en un taxi, las montañas lo han dejado sin cobertura). Pero la situación por defecto ya es que, salvo en circunstancias extraordinarias, A siempre puede contactar con B.

¿Acaso el hecho de que todo el mundo siempre tenga acceso a todo el mundo se va a convertir en la norma de la narrativa del mañana (qué digo, de hoy), con el corolario de que si en un mundo narrativo concreto todo el mundo no tiene acceso a todo el mundo entonces ese mundo narrativo pertenece al pasado?

Antes uno podía escribir páginas y más páginas gracias a la no existencia del telégrafo y el teléfono (todavía sin inventar) y a la consiguiente necesidad de que los mensajes fueran llevados a mano o incluso memorizados en una punta y recitados en la otra (ejemplo: el hombre que tuvo que correr desde Maratón hasta Atenas). ¿Acaso muchas de las historias que escribimos tú y yo y la gente como nosotros están condenadas a ser consideradas ficciones basadas en la premisa de la no existencia del teléfono móvil, y por tanto puramente pintorescas?

Piensa un poco en el efecto que ha tenido el móvil sobre la práctica del adulterio (los ajustes que han tenido que llevar a cabo los adúlteros) y sobre la práctica del engaño en general. Una novela contemporánea sobre el adulterio (o una novela sobre el adulterio contemporáneo) tendría una mecánica completamente distinta.

Sin hacer una montaña de un grano de arena, déjame también que te recuerde la lista cada vez más extensa de bienes y servicios que no están disponibles para la gente sin teléfono móvil (no tan largas ni por asomo como la lista de bienes y servicios no disponibles para la gente sin acceso a internet, pero aun así...). Se nos somete a una presión constante para que tengamos un móvil cada uno; a una presión, de hecho, para que tengamos un número y un código, en el que se nos pueda localizar a todas

horas del día y de la noche. Cuando todos los ciudadanos tengamos ese número, ¿qué falta hará ya tener un documento de identidad físico?

Ya hay narraciones en las que se usan los móviles como dispositivos de rastreo. Un pobre desgraciado con turbante enciende su móvil y al cabo de un instante le cae un misil disparado por un avión no tripulado.

* * *

22 de marzo de 2011

Recordando en todo momento tus elogios a William Wyler, he estado viendo todas sus películas que he podido conseguir: en el último par de semanas *La señora Miniver*, *Horas desesperadas*, *La calumnia* y una película basada en un relato de Somerset Maugham y protagonizada por Bette Davis cuyo título no recuerdo.

Lo hace todo con una eficacia y una discreción tales que uno apenas ve la mano del autor. Me gustaría hablar contigo de él un día y oír eso que, como persona que trabaja en la industria, admiras.

Tus comentarios sobre la situación actual de Egipto me parecen completamente precisos. Uno ve a esos inteligentes, saludables y entusiastas jóvenes en las calles de El Cairo diciéndoles a las cámaras de televisión lo genial que es ser libre y las ganas que tienen de que llegue un Egipto nuevo y a continuación se pregunta cómo hablarán dentro de dos o tres años, cuando una nueva élite gobernante se haya afianzado en el poder.

No paro de pensar que es únicamente durante esos interregnos demasiado breves, entre que un poder se ha visto derrocado y el siguiente todavía no se ha instalado, cuando la gente puede probar realmente la libertad: Europa entre el eclipse de los nazis y la llegada de la Nueva Austeridad, por ejemplo. ¡Qué poco frecuente es esa oportunidad de que las masas bailen en las calles! ¡Y qué pintoresco es ese término, las masas!

Cordialmente,

John

Querido John:

Otro amigo mío me ha regalado una vieja máquina de escribir manual, en este caso una Olivetti Lettera 22 (*circa* 1958-1960), que acabo de traer de Manhattan, donde ha pasado las dos últimas semanas en manos de un hombre llamado Paul Schweitzer, cuya Gramercy Office Equipment Co. es *el último taller de Nueva York* que sigue reparando máquinas de escribir. Por 275 dólares, mi nuevo juguete ha recibido una completa puesta a punto, y ahora lo estoy utilizando por primera vez, disfrutando enormemente con el tacto del teclado y la elegancia de su diseño. Un artilugio bonito y compacto, lo bastante pequeño y ligero como para que en el futuro me sirva como máquina de escribir de viaje, algo de lo que he estado desprovisto durante años.

Muy oportuno (o extrañamente oportuno) en vista de tus últimas observaciones sobre teléfonos móviles y otras formas de tecnología digital. Sí, todos esos instrumentos son ahora parte integrante de la vida cotidiana, y los novelistas no podemos hablar del mundo contemporáneo sin reconocer la existencia de esos inventos. Aunque ya no tengo móvil (tuve uno durante un breve período, y como rara vez lo utilizaba, se lo regalé a mi entonces adolescente hija, que había perdido tres teléfonos en los nueve meses anteriores), no soy tan ignorante ni obstinado como para obligar a los personajes de mis libros a que compartan mis disidentes puntos de vista. En mi última novela, que es una historia ambientada en el Ahora, los teléfonos móviles intervienen en la acción, y aunque también haya regalado mi ordenador portátil (que utilicé para trabajar en un guión cinematográfico), los ordenadores e internet aparecen en otras novelas que he escrito en el siglo XXI. ¡Soy realista! Quizá añore los viejos tiempos (tiendas de discos, palacios del cine, posibilidad de fumar en cualquier parte), puede que me deprima al darme cuenta de que mis compañeros de mesa han dejado de hablar de pronto para mirar su teléfono móvil, pero por muchos sentimientos encontrados que tenga acerca de esos maravillosos chismes —concebidos con objeto de acercar a la gente pero que en realidad la separan a menudo—, soy consciente de que así es como vive el mundo ahora, y no hay nada que yo pueda hacer salvo poner buena cara y tratar de aceptarlo.

También se podría, por supuesto, escribir novelas históricas. Es decir, si uno estuviera interesado en esa clase de literatura, y yo no lo estoy.

La novela sobre el adulterio: término encantador, que suscita una sonrisa en mi rostro. Sin duda será más difícil ocultarlo a la esposa si ambos tienen teléfonos móviles. Pero la gente a veces apaga sus dispositivos, y en ocasiones reciben una llamada, miran a ver quién llama y no se molestan en responder (eso lo he observado). Por otro lado, el dejar de responder repetidas veces a las llamadas de tu mujer puede no ser buena idea si quieres mantener intacto tu matrimonio; lo que, supongo, constituye el propósito de los adúlteros. Y sin embargo no creo que el adulterio sea menos frecuente hoy de lo que era antes de que todo el mundo llevara un móvil en el bolsillo. Tal vez exija nuevas formas de tortuosidad; pero eso supondría una tarea que los novelistas asumirían con agrado.

Hablas de que todo el mundo puede comunicar con todo el mundo, y en cierto sentido es verdad; pero solo de una forma fragmentada, *ad hoc*. No hay guías de teléfono para móviles. Los gruesos volúmenes que incluyen los números de las líneas terrestres tradicionales todavía existen (en una ciudad grande como Nueva York, esos volúmenes son verdaderamente obesos), pero la difusión de

números de teléfonos móviles es un asunto privado. Yo tengo tu número porque me lo diste, pero no puedo buscarlo en ninguna parte, no hay acceso público a tu número particular. Pero una vez que lo tengo, claro está, puedo ponerme en contacto contigo en cualquier parte, en cualquier momento, porque el teléfono móvil (término mucho más adecuado que el norteamericano *teléfono celular*) va contigo adondequiera que vayas. Ese nuevo sistema tiene muchas ventajas (sobre todo cuando se trata de emergencias y accidentes), pero también muchos inconvenientes (como en el caso de aventuras clandestinas, adúlteras). En general, probablemente es un objeto inútil. En lo que se refiere al cine, sin embargo, los móviles me parecen un auténtico paso hacia delante. Ahora que ya no se permite fumar a nadie, proporcionan a los actores algo que hacer con las manos.

Sobre el tema del cine, me impresiona que te tomes la molestia de estudiar a William Wyler. No puedo decir que me cause tanta admiración como tú crees (o yo podría haberte inducido a creer). Siempre que hago una lista imaginaria de mis directores predilectos del mundo entero, o incluso de mis directores preferidos norteamericanos, jamás aparece su nombre; en realidad nunca entra siquiera en consideración. Es cierto que siento una enorme debilidad por *Los mejores años de nuestra vida*, que está catalogada como su mejor película y uno de los más importantes films de Hollywood jamás realizados, pero ninguna otra obra suya puede compararse con ella. Hay otras que me gustan, desde luego, pero no necesariamente las que has visto últimamente; aunque, si el título de la de Bette Davis es *La carta*, entonces has visto la que probablemente sea una de sus mejores películas después de *Los mejores*... Los otros dos films que considero sumamente buenos son dos adaptaciones de novelas norteamericanas: *Rivales*, 1936 (Sinclair Lewis) y *La heredera*, 1949 (Henry James, *Washington Square*). Es un espléndido estilista, un director de actores de enorme talento (muchas interpretaciones impresionantes), visualmente estimulante (sobre todo en las películas fotografiadas por Gregg Toland: un genio que murió de un ataque al corazón a los cuarenta y cuatro años), pero tan bueno en su oficio que rara vez encuentro esa marca de algo personal, ese algo indefinible que separa a los grandes de los muy buenos. André Bazin, el famoso crítico cinematográfico francés, armó un gran revuelo sobre la importancia de Wyler en *Cahiers du Cinéma* a finales de los años cincuenta, pero en el fondo Wyler no es un director ante quien uno esté muy dispuesto a quitarse el sombrero. Te adjunto una fotocopia de la entrada de Wyler de mi enciclopedia del cine, que da una cronología de todas sus películas así como algunos detalles interesantes, en particular el hecho de que en sus primeros dos años como director filmó más de cuarenta largometrajes del Oeste. Por entonces no había escuelas de cinematografía, pero ¿qué mejor escuela que la intensidad de esa formación práctica? Hoy a los directores jóvenes no se les da una sola oportunidad de fracaso, de ir mejorando continuamente de película en película. Un solo revés, y sanseacabó.

Adjunto asimismo: fotocopia de fotografía que me tomaron a los cinco años con uniforme de fútbol americano. Me la encontré ayer por casualidad —buscando otra cosa en una caja— y recordé haberte escrito sobre ese equipo en una carta anterior. Fíjate en el impoluto estado del uniforme. Jamás había tocado una brizna de hierba ni un dedal de tierra. Y la seriedad de la expresión en mi rostro. Me pregunto quién demonios era aquel niño.

Con todo afecto,

Paul

PD: Me he apuntado a participar en septiembre en dos de las mesas redondas universitarias de Canadá. La primera conferencia académica que doy en mi vida. No, no te culpo. Lo que sea por un amigo.

Querido Paul:

Gracias por las observaciones y el material sobre William Wyler. ¿Has visto *La calumnia* (1962), basada en una obra de Lillian Hellman? Yo la vi hace poco por primera vez —te lo mencionaba en mi última carta— y me pareció una película valiente. O para ser más exactos, me pareció valiente que Wyler les colara una película así a los guardianes de Hollywood. (Aunque supongo que habría sido más valiente hacerla en los años cincuenta).

Hay un placer añadido en el hecho de ver versiones restauradas en blanco y negro de películas que uno vio de joven (o hasta en la infancia) en cines destartalados con proyccionistas descuidados y proyectores de mala calidad. Solo pasa muy raras veces en las películas a color que uno vea usar el negro con todas las gradaciones tonales de que dispone. Es triste pensar que no hay público para más películas en blanco y negro.

Tu nueva Olivetti, ¿es uno de esos trastitos planos que vienen dentro de un estuche de lona con cremallera? Mi mujer trajo una a nuestro matrimonio como parte de su dote. Yo la usé para escribir mi tesis de máster. Luego en 1972 me compré una Adler, una máquina suiza, demasiado pesada para transportarla, y la estuve usando hasta que llegaron los ordenadores y las impresoras. No volveré a usarlas jamás, ni la Olivetti ni la Adler, pero sí que me producen nostalgia. Las sigo teniendo en algún armario. Dios sabe dónde se compran las cintas hoy día, ya no digamos el papel carbón.

Me dices que no te importa demasiado escribir novelas en las que la gente vaya por ahí con artilugios electrónicos personales. Tengo que admitir que no es mi caso. A lo más que llego en un libro es al teléfono, y porque no me queda más remedio. ¿Y por qué? No solo porque no me gusta en qué se ha convertido el mundo, sino porque si la gente (los «personajes») van a estar todo el tiempo hablando entre ellos a distancia, eso quiere decir que hay que renunciar a toda una gama de signos y señales interpersonales, tanto verbales como no verbales, tanto voluntarios como involuntarios. El diálogo, en el sentido pleno del término, simplemente no es posible por teléfono.

Nunca se me había ocurrido que no hay ningún listín disponible al público donde figuren los números de teléfono móvil de la gente. Hoy día confiarle a alguien tu número se ha cargado de peso.

Piensa en todas aquellas películas antiguas del género negro en las que el detective usa el listín telefónico para encontrar a su presa. Corte al primer plano de una página del listín, con un nombre y un número rodeados de un círculo negro.

* * *

18 de abril

Hace años que duermo mal. Me considero afortunado si consigo dormir cuatro horas una noche; si esas cuatro horas son consecutivas, ya me parece un éxtasis.

Una consecuencia es que me quedo dormido durante el día, a veces sentado a mi mesa; pequeñas

fugas del mundo que no suelen durar más que unos pocos segundos, pero que a veces se prolongan hasta los cinco o los diez minutos.

Durante esas fugas me he acostumbrado a tener unos sueños realmente interesantes: episodios con pequeños argumentos de lo más creíble e intensamente realistas en sus situaciones, sus diálogos y el aspecto de las cosas. No parecen estar basados en recuerdos para nada, sino más bien ser puras invenciones. No hay nada fantástico en ellos y tampoco nada amenazador. Los considero simples ejercicios dactilares de la imaginación, improvisaciones de una mente que ya tiene algo así como cuarenta años de práctica en inventarse situaciones. No me sirven para nada, no tienen cabida en lo que estoy escribiendo, de manera que no tiene sentido apuntarlos. Estoy contento con ellos, hasta los disfruto mientras duran, pero también me dejan un poso de tristeza. Parece una lástima haber desarrollado a lo largo de las décadas este pequeño talento y pensar que se va a perder, que va a quedar eclipsado, cuando me vaya. No es algo que pueda legarse a nadie. Cordialmente,

John

Querido John:

Ya habrás recibido mi breve nota en la que te comunicaba que Siri y yo nos vamos a Europa de nuevo y no volveremos hasta el 30 de mayo. Cuánto me alegro, entonces, de haber recibido tu última: justo a tiempo.

Para empezar, una última palabra sobre William Wyler. En realidad, sí hizo una versión anterior de *La calumnia*, que se remonta a 1936. Esa adaptación lleva el título de *Esos tres*. La vi en cierto momento del pasado remoto pero ahora no me acuerdo de nada salvo que me pareció buena. (Te adjunto una breve descripción, extraída de una guía de vídeos que a veces consultamos cuando vemos cine.) A la vuelta intentaré dar con ella. Si por casualidad la encuentras antes, dime qué te parece. Sería interesante ver la diferencia que hay entre las dos versiones.

No quiero inmiscuirme en tus asuntos particulares, pero lo que cuentas sobre tus problemas de sueño me inquieta. Si estuviera en tu lugar, seguramente me habría vuelto loco. ¿Qué me dices de pastillas, una clínica del sueño o cualquier otro remedio? Sencillamente no se puede vivir en un estado de agotamiento permanente. Se me ocurre que quizá tenga algo que ver con los viajes, tus frecuentes visitas a Europa y la devastadora confusión de tener que acomodarse a zonas horarias cambiantes; sobre todo porque vives en Australia, que está diabólicamente lejos de todo. ¿Tenías ese problema cuando aún vivías en Sudáfrica, o solo surgió cuando te mudaste? He mencionado tu trastorno a Siri, debido al gran afecto que te tiene, pero también porque ha estudiado el sueño y ha escrito sobre ello y sabe de eso mucho más que yo, y se alarmó. Me ha dicho que quería escribirte y ofrecerte algunas sugerencias. ¿Te parece bien?

Por otro lado, los pequeños sueños de que hablas son fascinantes, y, en mi opinión, muy poco corrientes. Al dormirse, la gente tiende a entrar en un reino entre la vigilia y el sueño en el que se encuentra con un caótico conjunto de imágenes desenfrenadas, en technicolor. Parece que tus pequeñas historias están en blanco y negro (ese mismo blanco y negro que ambos echamos de menos en el cine contemporáneo), y la circunstancia de que no sean grotescas ni aterradoras hace que me resulten conmovedoras. Es una lástima desperdiciar esa cualidad —esa capacidad única—, y aunque pienses que no puedes «utilizar» esas historias oníricas en el libro en que trabajas ahora, tal vez llegue el día en que abordes ese fenómeno directamente en una obra de ficción, un ensayo o, mejor todavía, una película. Yo, por mi parte, la veré (o leeré) embelesado.

Hace un par de días tuve una sorprendente revelación sobre el efecto que nuestra correspondencia ha tenido sobre mí. Ya llevamos con ella cerca de tres años, y en ese tiempo te has convertido en lo que denominaría el «otro ausente», una especie de primo adulto de los amigos imaginarios que los niños se inventan. He descubierto que muchas veces voy por ahí hablando contigo en mi cabeza, deseando que estuvieras a mi lado para señalarte a esa extraña persona con la que acabo de cruzarme por la acera, hacer un comentario sobre un retazo de conversación que acabo de oír por casualidad, o llevarte a la pequeña tienda de sándwiches donde muchas veces me compro el almuerzo, para que escucharas conmigo la charla que allí se desarrolla. Me encanta ese sitio, un local nada original, absolutamente sin pretensiones, con una heterogénea clientela de polis y bomberos, trabajadores del hospital de la acera de enfrente, madres con sus hijos, estudiantes, camioneros, secretarias, y lo que

hace especial a ese sitio son los hombres que están detrás del mostrador, tipos jóvenes de buen humor con voces proletarias de Brooklyn, que por lo visto conocen a todo el mundo que va por allí («Ayer hablé con tu madre», «Me han dicho que su hijo lo está haciendo bien en su equipo de la Pequeña Liga», «Me alegro de que haya vuelto. ¿Qué tal el viaje?»), como si viviera en una pequeña ciudad de provincias y no en una gigantesca metrópolis, y estoy seguro de que apreciarías el espíritu y el ambiente de ese establecimiento y comprenderías (si no lo has entendido ya) lo que encuentro tan interesante de vivir en Nueva York. Así que ahí estás, John, dentro de mi cabeza mientras hablo contigo, y jamás me había ocurrido algo así —probablemente porque nunca he mantenido con alguien una correspondencia tan seguida—, y el efecto, te lo puedo asegurar, es enteramente agradable.

Una frase me ha estado rondando por la cabeza durante estas últimas semanas: *New Hope for the Dead*^[6]. Es el título de una novela policiaca popular que leí hace muchos años (buena, de un norteamericano llamado Charles Willeford), y la tengo muy presente después de enterarme de que Doctorow acaba de publicar un nuevo libro de relatos a los ochenta años, de hablar con Coover (79) acerca de la conferencia sobre Beckett que dará en Irlanda este otoño, de cenar con Roth (78) y DeLillo (74), y al encontrar a todos esos presuntos ancianos en un increíble estado físico, llenos de proyectos, contando chistes, comiendo con saludable apetito, me sentí animado por lo que vi y oí. «Nueva esperanza para los muertos.» Lo que significa: «Nueva esperanza para nosotros».

Hasta la vuelta. Muchos recuerdos,

Paul

PD: Sí, la Olivetti es exactamente como la recuerdas. Un chisme pequeño y plano con un estuche de lona provisto de cremallera; en este caso, azul con una franja negra en medio.

Querido John:

Te escribo desde Italia con mi nueva-vieja máquina de escribir italiana, sentado en la terraza del castillo en el que Siri y yo nos alojamos desde hace una semana, contemplando un paisaje extraordinariamente bello de viñedos y colinas. ¿Qué hemos hecho para merecer esto? Los organizadores del pequeño festival en el que vamos a participar el viernes y el sábado nos ofrecieron este respiro, que aceptamos ciegamente, sin saber en qué nos íbamos a meter, y todo ha resultado mejor, mucho mejor, de lo que podíamos haber imaginado. Somos los únicos huéspedes del hotel, que en efecto es un castillo, aunque nuevo por esta parte (*circa* 1880), un capricho arquitectónico que sin embargo no deja de ser un auténtico *faux* castillo, y al cabo de tres semanas de patearnos ciudades del norte de Europa, la tranquilidad de este sitio (Novello, en las colinas Langhe del Piamonte) nos ha procurado un grato período de extasiado reposo sin precedentes. Nada de obligaciones, ninguna preocupación. Escribimos, leemos y comemos, y siempre hay sol; cada día es más cálido y soleado que el anterior.

Empezamos con diez días en París, donde no tenía nada que hacer salvo trabajar en mi libro y ver a viejos amigos, mientras que Siri estaba sumamente atareada con los periodistas (su novela acaba de salir en Francia) y diversos actos públicos. La he visto pronunciar una conferencia en la Sociedad Psicoanalítica de París, dirigir un seminario polémico, totalmente estimulante, sobre trauma y literatura en la Sorbona (en un momento dado, se remangó y dijo: «Me encanta pelear por las ideas»), mantener un debate desde la tarima en la Bibliothèque Nationale, tomar parte con otra escritora en un diálogo en Shakespeare and Company que se anunciaba como: «Yo no leo ficción, pero mi mujer sí. ¿Podría dedicarle este libro a ella?», y finalmente, una lectura doble, bilingüe, con la actriz Marthe Keller. Luego, a Viena, donde leyó su muy esperada conferencia sobre Sigmund Freud ante una sala repleta. Una disertación espléndida, brillante, producto de dos o tres meses de romperse la cabeza trabajando, y allí estaba yo, sentado entre el público, con los ojos llenándoseme de lágrimas mientras los aplausos llovían sobre ella. Luego nos fuimos en direcciones opuestas durante cuatro días, Siri a Alemania para dar lecturas en Berlín, Hamburgo y Heidelberg, y yo a Estocolmo, donde por mi parte también empecé a ganarme el sustento. Después de eso unimos fuerzas en Copenhague, pues habíamos prometido que asistiríamos a un festival organizado por nuestro editor danés, que lucha por abrirse paso y cuya empresa está pendiente de un hilo, esperando que nuestra presencia le diera un espaldarazo, y durante cinco días trabajamos mucho, demasiado, y al final nos caíamos de agotamiento. Llevé la cuenta de las intervenciones públicas de Siri: catorce actos en diecinueve días; un programa inhumano, y la he hecho prometer que jamás volverá a repetirlo.

Extrañamente, parece que ya he terminado mi libro. Tras darme contra la pared el noviembre pasado con la novela que trataba de escribir (de lo que ya te he hablado anteriormente), hice una pausa, y un par de días después de Año Nuevo empecé a escribir otra cosa: una obra autobiográfica, una serie de fragmentos y recuerdos, un curioso proyecto que gira en torno a la historia de mi cuerpo, al yo físico que ya arrastro sesenta y cuatro años conmigo. Doscientas páginas después, me parece que ya he dicho bastante, y cuando Siri lo leyó ayer de cabo a rabo y dio su aprobación, de pronto me encuentro otra vez desocupado. Por eso te escribo esta carta adicional; porque estoy viviendo en un

faux castillo en Italia y no sé lo que hacer hoy. Otra carta, entonces, con objeto de llenar estas tranquilas horas de la mañana y transmitirte dos pequeñas anécdotas, dos frases que desde algún tiempo vienen resonando en mi cabeza.

1. «Se creen que esto no va a acabar nunca.» En Deauville (Francia) se celebra en septiembre un festival de cine norteamericano: las nuevas películas que aparecerán en otoño en ambos países. No sé cómo ni por qué empezó ese festival, pero todos los años se entrega un premio (o solía otorgarse) a un escritor estadounidense por el conjunto de su obra. En 1994, yo resulté ser el afortunado, y cuando me dijeron que Mailer y Styron lo habían ganado en años anteriores, decidí que era un honor y que valía la pena cruzar el Atlántico por él, de modo que para allá fuimos Siri y yo, a Deauville, un centro de veraneo en Normandía. Fue un buen año para estar allí: el quincuagésimo aniversario del Desembarco. Para señalar la ocasión, el Festival había invitado a diversos hijos y nietos de los generales aliados, entre ellos a uno de los descendientes de Leclerc y a la nieta de Eisenhower, Susan. Siri y yo acabamos pasando un rato con Susan Eisenhower (nos cayó muy simpática), y cuando nos enteramos de que era una «experta en Rusia», casada con un científico de una de las repúblicas de la antigua Unión Soviética, los dos comprendimos que la guerra fría había terminado efectivamente. ¡La nieta de Eisenhower casada con un científico soviético!

También para celebrar el aniversario, el Festival había programado proyecciones de películas sobre la Segunda Guerra Mundial y había enviado invitaciones a algunos de los viejos actores norteamericanos que habían intervenido en ellas. Y así llegamos a conocer a personajes como Van Johnson (sordo como una tapia), Maureen O'Hara (aún preciosa) y Roddy McDowell. Durante la cena a que asistimos con esas estrellas cinematográficas desaparecidas, O'Hara se inclinó en cierto momento hacia McDowell y le preguntó: «¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Roddy?». A lo que McDowell contestó: «Cincuenta y cuatro años, Maureen». Habían actuado juntos en *Qué verde era mi valle*, de John Ford. Asombroso haber estado allí, haber presenciado ese cruce de palabras.

Otra de las personalidades que asistió aquel año fue Budd Schulberg. Lo había visto un par de veces en Estados Unidos, y su relación con el cine de Hollywood probablemente se remontaba en el tiempo más que la de cualquier otro que aún estuviera en el reino de los vivos, ya que su padre había sido B. R. Schulberg, director de la Paramount en los años veinte y treinta, y cuando tenía diecinueve años, Budd había colaborado en un guión con F. Scott Fitzgerald. El hombre que escribió *La ley del silencio*, autor de una de las mejores novelas sobre Hollywood, *¿Por qué corre Sammy?*, así como el guión de la última película de Bogart, *Más dura será la caída*, un excelente film ambientado en el mundo del boxeo; un individuo complejo, antiguo miembro del partido comunista que mencionó nombres ante el Comité de Actividades Estadounidenses en los últimos años cuarenta y primeros cincuenta, y por lo que he leído se volvió contra el Partido con gran violencia cuando intentaron interferir en su trabajo, declarando que eran unos cabrones del primero al último. De todos modos, no llegué a tratarlo mucho, éramos simples conocidos en el mejor de los casos, pero había disfrutado conversando con él en Estados Unidos, siempre impresionado por lo bien que hablaba a pesar de tener un doble defecto (tartamudeo y ceceo), y entonces, en Deauville, en 1994, nos encontramos por casualidad en el vestíbulo del hotel en el que ambos nos hospedábamos, donde se alojaba todo el mundo relacionado con el Festival (estrellas de cine, directores, productores, jóvenes actores y actrices), y como los dos esperábamos a que nuestras mujeres bajaran para la cena, nos sentamos juntos en un banco del vestíbulo y observamos en silencio las ajetreadas idas y venidas de los ricos, bellos y famosos. Entró apresurado Tom Hanks (era el año de *Forrest Gump*: atroz película, por si estás tentado de verla), pasó a todo correr una fascinante *starlet* con su séquito, circularon

precipitadamente muchos otros, todos ellos con aire confiado, henchidos con la sensación de su propia importancia, de *haber llegado a la cima*, como si cada uno de ellos fuera efectivamente *el dueño del mundo*, y al cabo del rato Budd se volvió hacia mí, el octogenario Budd, que llevaba viendo a esa gente desde que era niño, que había llegado a lo más alto y a lo más bajo, el sabio anciano que tartamudeaba y ceceaba a la vez se volvió hacia mí y me dijo: «Se creen que esto no va a acabar nunca».

2. «Estaban todos muertos.»

La tercera hermana Hustvedt está casada con un escultor llamado Jon Kessler, y desde hace veinticinco años Jon y yo somos buenos amigos: cuñados que se tratan más como hermanos que como cuñados. El tío abuelo de Jon, Bernie Kamber, que murió hace unos años ya cumplidos los noventa, era un personaje maravilloso que trabajó como agente de prensa de películas de Hollywood en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, una figura atávica de la época de Damon Runyon, que hablaba un neoyorquino ya desaparecido de la faz de la tierra y a quien, en su senectud, nada le gustaba tanto como contarnos historias sobre sus aventuras juveniles. Parecía haber conocido a todo el mundo, desde Rita Hayworth a Joe DiMaggio y Marilyn Monroe, George Burns (que era su más íntimo amigo) y sobre todo a Burt Lancaster, para quien trabajó en diversos proyectos. «Burt era un tío serio —nos contó una vez—, y leía un montón de libros profundos. Ya sabéis, de gente como Pluto y Aristóteles.» (Pluto, el perro de los febeos, no Platón.) Una de mis historias favoritas de Bernie se remonta a la guerra, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética eran aliados. Le encargaron promocionar un film mediocre titulado *Three Russian Girls*, y se le ocurrió un plan para atraer una gran cantidad de gente al cine la noche del estreno en Kansas City: todo el que estuviera dispuesto a donar medio litro de sangre a nuestros amigos rusos entraría gratis. Según contaba Bernie, llegó a la sala un poco tarde, después de empezada la película, y cuando se acercaba a la entrada, vio al dueño del cine enzarzado en una escandalosa discusión con un hombre. Bernie preguntó qué pasaba y el contrariado dueño dijo: «Usted y sus maravillosas ideas. ¡Este individuo quiere que le devuelvan su sangre!».

Así era el tío de Jon, Bernie. Un par de años antes de morir, Bernie nos contó una noche que había leído una nueva biografía de John F. Kennedy. En el libro, se alegró y se sorprendió a la vez de encontrarse con ciertas referencias a un famoso burdel de los años cincuenta, un local que por lo visto frecuentaba Kennedy y que Bernie y muchos de sus amigos también conocían. Entusiasmado por citar esos pasajes a sus antiguos colegas, Bernie se dirigió al teléfono para llamarlos a todos, pero según iba repasando la lista en su cabeza, vio que ninguno de ellos estaba en condiciones de contestar a su llamada. «Estaban todos muertos», nos dijo. Bernie había sobrevivido a sus amigos, y ahora que era el último que quedaba, no tenía a nadie con quien hablar del pasado. Me recordó esas singularidades antropológicas que he leído de vez en cuando: el último miembro vivo de la tribu, la última persona que habla una lengua... que se extinguirá cuando él muera. Muchos recuerdos desde el País de Nunca Jamás,

Paul

Querido Paul:

Gracias por tu carta del 22 de abril. Confío en que te esté yendo bien el viaje por Europa.

Te refieres a mí como a ese «otro ausente» con el que te sorprendes a ti mismo hablando en tu imaginación. Permíteme que admita algo distinto, aunque parecido. Yo he estado en tu casa pero, como bien sabes, no he visto el apartamento —equipado de forma muy simple, según lo describes— donde trabajas. Pues bueno, de vez en cuando tengo visiones de ti en ese apartamento, que en mi imaginación está pintado de blanco, bien iluminado y no tiene ventanas, un poco como los espacios de confinamiento que salen en tu narrativa. Estás sentado a tu mesa, con los dedos sobre la máquina de escribir, que en mis visiones es una Remington bastante vetusta y voluminosa (a veces la cinta se engancha y hay que soltarla: ya tienes una mancha negra en el pulgar que no se va). Y allí estás tú sentado, hora tras hora, día tras día, enfrascado en tus pensamientos.

Cuando te veo así, siento cierto cariño fraternal hacia tu valentía testaruda y no apreciada. Por supuesto, sé que en otras ocasiones te pones otra cara para el público, la del admirado hombre de letras. Pero estoy convencido de que mi visión de ti como prisionero voluntario de la Musa es más cierta. El mundo se ha rendido a sus pies, pienso para mí mismo, y sin embargo ahí está, a las ocho y media de la mañana, abriendo la puerta de su celda y fichando para el castigo de la nueva jornada.

Sé que se dicen muchas chorradas románticas sobre la vida del escritor, sobre la desesperación de enfrentarse a la página en blanco, sobre la angustia de la inspiración que no llega, sobre las rachas impredecibles —y no fiables— de creación febril e insomne, sobre la inseguridad agobiante e inquebrantable, etcétera. Pero no son del todo chorradas, ¿verdad? Escribir es una cuestión de dar y dar sin parar, sin respiro. Pienso en el pelícano que tanto le gusta a Shakespeare, que se abre el pecho para alimentar a sus vástagos con su sangre (¡qué grotesca leyenda popular!). Y luego pienso en ti en ese sitio solitario, ofreciéndote a la boca abierta de la Remington.

Confieso que me cuesta un poco encajar la tienda de bocadillos que describes dentro de esta imagen de privaciones monásticas. Pero luego pienso: tal vez cuando Paul visita la tienda de bocadillos se sienta en un rincón, en silencio y sin que nadie lo reconozca, y en cuanto ha terminado de comer se escabulle como un fantasma.

Esperanza nueva para los muertos: qué gran título. Qué lástima que ya esté cogido.

Gracias por tu amable preocupación por mi insomnio. No me atrevo a darte permiso para que le pidas a Siri que me escriba, no porque no me creo que ella tenga un conocimiento especializado, sino porque me temo que ya nadie me puede ayudar. Hace un par de años tuve una larga serie de visitas con una especialista en sueño. Estaba muy al día, o eso me pareció, y me prescribió un régimen que tal vez me habría funcionado de vivir una vida más regular y de tener un carácter más fuerte. Al final, sin embargo, no pude hacer frente al sufrimiento de obligarme a levantarme de la cama a las tres de la madrugada para a continuación luchar para mantenerme despierto todo el día hasta acostarme a las nueve o las diez de la noche. Y además —tal como la terapeuta se vio obligada a admitir—, todo lo ganado se perdía de inmediato en cuanto yo viajaba al extranjero cruzando varios husos horarios, y se subvertía de nuevo al regresar.

Es curioso pero me resulta más fácil dormir en Europa occidental, que se da la casualidad de que está en el mismo huso horario que mi Sudáfrica natal, que en Australia. Tal vez, aunque ya han pasado nueve años, mi organismo no se haya adaptado a las Antípodas.

* * *

31 de mayo de 2011

Gracias por esa carta tan larga y de tono tan feliz que me has mandado desde tu castillo en Italia (24 de mayo). Te preguntas qué has hecho para merecer tan buena suerte. Respuesta: este episodio concreto de buena suerte compensa un episodio equivalente de mala suerte que te cayó encima en el pasado, un episodio que ya has olvidado porque no eres de esas personas que le guardan rencor al destino.

De manera que has completado una historia de tu cuerpo en doscientas páginas. Qué idea tan interesante, y cómo te envidio no solo por haber tenido la idea sino también por materializarla, que siempre es la parte más difícil. Me esperaré a ver si tratas con tu cuerpo por partes o si lo tratas de forma integral.

Siempre me ha resultado interesante que, mientras que los humanos pensamos que nuestro cuerpo tiene partes, los animales no. De hecho, dudo que los animales piensen que tienen cuerpo. Simplemente ellos son su cuerpo.

El mes que viene voy a asistir a un simposio que se celebra en el Reino Unido sobre Samuel Beckett. Cometí la tontería de conceder una entrevista por correo electrónico por adelantado con uno de los organizadores, sobre el tema de mi relación con Beckett. Tal como él y yo estamos descubriendo, no tengo nada nuevo que decir sobre Beckett y tal vez ni siquiera tengo relación alguna con él. Está claro que yo no sería la clase de escritor que soy si Beckett no hubiera nacido, pero se trata de una clase de deuda —lo llamo deuda a falta de una palabra mejor— que es mejor no examinar. Prefiero limitarme a presentar mis respetos en silencio ante la capilla de SB del templo de SB (nunca he visitado la tumba de SB). Muy cordialmente,

John

Querido John:

Cuánto me alegro de tener noticias tuyas.

Solo para que te quedes tranquilo: No me como el almuerzo en la tienda de sándwiches. Casi todas las mañanas paso por allí de camino al trabajo y pido algo para llevar; que consumo varias horas después en mi pequeño apartamento, siempre en la más absoluta soledad. En el establecimiento estoy aproximadamente entre cuatro y siete minutos y, salvo para pedir al que atiende el mostrador la clase de sándwich que quiero, rara vez hablo con alguien. ¡Pero cuánto se puede ver y oír entre cuatro y siete minutos!

Me conocen, sin embargo (al menos un par de empleados de allí), porque mencioné el local por su nombre en *Brooklyn Follies* y hace unos diez años alcancé a oír un comentario que hacía a Siri uno de los que despachan. Del libro: «Iba a pedir una rosquilla con canela y pasas, pero se me trabó la lengua y me salió *una rosquilla con qué pasa*. Sin inmutarse, el joven que estaba detrás del mostrador contestó: “Lo siento, de esas no nos quedan. ¿Qué le parece *una rosquilla con guasa?*”».

El lugar donde trabajo tiene en realidad varias ventanas y mucha luz. La máquina de escribir no es una Remington sino una Olympia; pero no importa, me mancho los pulgares de tinta cada vez que pongo una cinta nueva, y el espíritu del lugar —si no el ambiente físico— se parece mucho a como lo imaginas. Y no, lo que dices no es una completa tontería, y me llega al alma, me emociona en realidad, que ya me entiendas lo bastante para saber que la parte más valiosa de mi vida transcurre en el silencio de esas cuatro paredes. La palabra «valentía» podría resultar un tanto excesiva (jamás me he considerado valiente), pero eso no quiere decir que no te agradezca el haberlo pensado.

Me han seguido preocupando tus problemas de sueño, y ahora que han pasado dos semanas desde que volví y aún me esfuerzo por adaptarme de nuevo al horario de Nueva York (todos los días me despierto a las cinco), estoy convencido de que lo que padeces es un prolongado desfase horario: sufres un episodio de *jet lag* que ya te dura nueve años, el peor caso de que se tiene conocimiento en la historia. La única forma de curarlo sería dejar de viajar durante un par de años, quedarte tranquilo en Australia y permitir que tu organismo se adapte finalmente a las exigencias de vivir en ese remoto país. ¡Pero ahora te vas a Inglaterra a dar una conferencia sobre Beckett! (Casi todas las veces que nos escribimos, parece que alguno de los dos está a punto de marcharse a otro país.) Si no puedes dominar tu impulso de viajar a Europa varias veces al año, entonces la solución quizá sea (¿me atreveré a decirlo?: parece tan sencillo y evidente) volver a levantar el campamento y mudarse a Europa. Una solución lógica, tal vez; pero claro, la vida no es lógica, y hay que vivir donde uno se sienta más a gusto. Por otro lado: tienes que dormir. Debes dormir, no cabe la menor duda.

En cuanto al nuevo libro sobre mi cuerpo, no, no es una avería anatómica de una parte de mí tras otra. Son disquisiciones sobre placeres y dolores (relaciones sexuales y comida, por ejemplo, así como enfermedad y huesos rotos), unos largos pasajes sobre mi madre (en cuyo cuerpo empezó mi propio cuerpo), una lista de todos los sitios donde he vivido (los domicilios donde mi cuerpo ha estado resguardado), reflexiones sobre la deformación, la muerte y las experiencias que pudieron haberme conducido a la muerte pero no lo hicieron...

Pensando en el libro, de pronto se me ocurre que podría ser buena idea leer algo de él en Canadá,

cuando hagamos nuestro acto conjunto. Y en cuanto menciono Canadá me pongo a pensar en Portugal en noviembre. Acabo de desayunar con Paulo Branco —que ha estado un par de días en Nueva York—, y me ha dicho que va a enviarte una invitación formal para que de nuevo formes parte del jurado. Debido a la crisis financiera en Portugal, había ciertas dudas sobre si este año se celebraría o no el Festival, pero Paulo me ha asegurado que se han resuelto los problemas y que todo está bien. Siri va, nuestra hija Sophie va (a cantar), yo voy, y espero que Dorothy y tú vayáis también. ¡Mal rayo parta al desfase horario! Sería estupendo pasar allí unos días con vosotros.

Otro capítulo de la historia en curso sobre «Nueva esperanza para los muertos»:

La madre de mi primera mujer vivió hasta cumplir los cien, quizá hasta los ciento uno. Nacida en 1903, la menor de seis o siete hermanos, me enseñó una vez una fotografía que le habían tomado en su primer cumpleaños, un retrato de familia que incluía a sus padres, sus hermanos, sus tíos, sus primos, sus abuelos y ella misma, una pequeña criatura sentada en las piernas de alguien. De pie al extremo izquierdo de la fila de atrás había un anciano de barba blanca. Me dijo que era su tío abuelo y que tenía noventa y nueve años cuando se tomó la fotografía. Hice unos rápidos cálculos en mi cabeza y concluí que había nacido en 1805. Cuatro años antes que Abraham Lincoln. Fue en 1967 cuando tuve aquella fotografía en las manos, y todavía recuerdo el abrumador efecto que me causó. Me dije a mí mismo: «Estoy hablando con una persona que conoció a alguien que nació antes que Abraham Lincoln». Ciento sesenta y dos años: ¡un abrir y cerrar de ojos!

Ahora, cuarenta y cuatro años después, me digo a mí mismo: Doscientos seis años..., ¡un abrir y cerrar de ojos! Como siempre,

Paul

Querido Paul:

Hace poco me encontré con un poema publicado póstumamente de A. R. Ammons: hasta el hecho de envejecer envejece, escribe; hasta el hecho mismo de tratar de encontrar algo nuevo que decir sobre el hecho de envejecer envejece. Yo no me siento así para nada, aunque casi tengo la edad que tenía Ammons cuando escribió el poema. No paro de tener revelaciones, o por lo menos de ver las cosas con más claridad. Lo que veo, lo veo con más claridad que cuando era joven. ¿Acaso me engaño?

Por ejemplo, Libia. ¿Quién habría pensado que nuestra atención se vería centrada por un intervalo en ese rincón olvidado del mundo? Y qué reconfortante resulta para la noción que tiene uno de las cosas el contemplar cómo es barrido uno de los peores dictadores del mundo. Casi parece que los dioses hayan organizado una obra de teatro para nuestro regocijo, para garantizarnos que al fin y al cabo existe justicia en el universo, que si uno espera lo bastante, la rueda de la fortuna girará y los poderosos serán derrocados.

Por supuesto (y aquí entra el espíritu del pesimismo de Ammons), la euforia de las calles de Trípoli, igual que la euforia de las calles de El Cairo, morirá en cuanto la gente se tope con la realidad de los sueldos sin pagar, los cortes de electricidad y las basuras sin recoger. Y no hay duda de que el régimen que sustituya a Gaddafi será venal y corrupto y tal vez incluso dictatorial. Pero por lo menos esos jóvenes que ahora van a toda velocidad en sus camionetas Toyota, disparando sus Kalashnikov al aire, tendrán algo que recordar durante el resto de su vida, algo que contarles a sus nietos. ¡Días de gloria! Tal vez ese sea el sentido de las revoluciones, tal vez eso sea lo único que hay que esperar de ellas: un par de semanas de libertad, de regocijarse en la propia fuerza y belleza (y en el hecho de que te amen todas las chicas), antes de que los viejos canosos reafirmen su control y la vida regrese a la normalidad.

El mundo sigue enviándonos sorpresas. Y nosotros seguimos aprendiendo.

Fraternalmente,

John

Notas

[1] E-mail a Siri Hustvedt (esposa de Auster). <<

[2] E-mail a Siri Hustvedt. <<

[3] Carta que se perdió y no llegó a Auster, lo cual explica el hecho de que este no la contestara. (*N. del E.*) <<

[4] Ernst Pawel, *The Nightmare of Reason: A Life of Franz Kafka*, Farrar Strauss Giroux, Nueva York, 1984, p. 209. <<

[5] Literalmente, «jodido hasta quedar irreconocible». (*N. del T.*) <<

[6] «Nueva esperanza para los muertos.» (*N. del T.*) <<